La crisis del MAS

De la pérdida de las clases medias al inicio de la crisis económica (2018-2023)

FERNANDO MOLINA



Libros Nómadas

"Escribí estos análisis con el mismo espíritu con que redacto noticias: tratando de reflejar lo mejor posible lo que creía que estaba pasando. No tiene caso entrar aquí en el debate sobre la objetividad de un ensayo o un artículo, pero los periodistas solemos producirlos confiando en que esta es factible. Es más, sería imposible para nosotros escribirlos sin esta confianza.

Dado que el público continúa polarizado en torno a algunos de los temas aquí tratados, no espero que todos estén de acuerdo conmigo, pero sí encontrar suficientes lectores desapasionados como para establecer un diálogo con ellos".

F. M.

LA CRISIS DEL MAS

De la pérdida de las clases medias al inicio
de la crisis económica (2018-2023)

FERNANDO MOLINA

Molina Monasterios, Fernando
La crisis del MAS, Fernando Molina / La Paz, Libros Nómadas, 2023
210p.: 13 x 21.5 cm

Depósito legal: 4-1-2707-2023
ISBN: 978-9917-0-2835-2

<HISTORIA DE BOLIVIA> <MOVIMIENTO AL SOCIALISMO>



Primera edición 2023

Impreso en Impresión Digital SRL
La Paz

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

Sumario

Prólogo 7

El desplazamiento "Anti Evo" de las clases medias bolivianas 11

Tendencias socioelectorales en la Bolivia del caudillismo 21

La rebelión de la élite 37

¿Golpe o (contra)revolución? 53

Analogías históricas 63

Bolivia, país de insurrecciones 73

La formación de un nuevo bloque de poder 79

Las reconfiguraciones políticas tras la caída de Evo 91

Las dinámicas políticas en torno a la elecciones de octubre de 2020 109

Ocho tesis sobre la reconfiguración del MAS (2019-2020) 125

Gobernar sin dirigir (el asedio cultural al MAS) 133

La escisión 143

Comienza la crisis cambiaria 157

Epílogo
La crisis del MAS 171

Perspectivas de conjunto del MAS 177

Las antinomias del MAS 179

¿Qué se recordará del MAS en 50 años? El "proceso de cambio" desde el punto de vista de la Historia 195

Prólogo

Los ensayos aquí reunidos fueron publicándose conforme ocurrían los hechos a los que hacen referencia en libros colectivos y, la mayoría, en la revista latinoamericana *Nueva Sociedad*, a cuyo jefe de redacción, Pablo Stefanoni, agradezco su interés por ellos.

Los vuelvo a publicar aquí porque creo que, ensamblados, forman un análisis válido y original del proceso que podemos denominar "crisis del MAS", que comienza en la derrota de este partido en el referendo de 2016 —las causas de la misma— y acaba en la incipiente crisis económica que vive hoy el país. Los dos momentos críticos de este trayecto son la "insurrección de la élite" en 2019 y la división del Movimiento al Socialismo en dos alas en 2021.

Esta no es una colección de notas de prensa (he escrito muchas sobre este periodo en diferentes medios de comunicación, pero no las incluyo), sino una serie de análisis de mayor calado y erudición que conservan su valor pese al transcurso del tiempo. Además, los he corregido de modo que su lectura tenga pertinencia y fluidez en cualquier momento posterior

a los sucesos que estudian; mi propósito aquí, como en otros libros míos, es hacer la *historia del presente*.

Sin embargo, escribí estos análisis con el mismo espíritu con que redactaba las noticias: tratando de reflejar lo mejor posible lo que creía que estaba pasando. No tiene caso entrar aquí en el debate sobre la objetividad de un ensayo o un artículo, pero los periodistas solemos producirlos confiando en que esta es factible. Es más, sería imposible para nosotros escribirlos sin esta confianza.

La actitud que traslucen estas piezas, entonces, es cognoscitiva (conocer al mundo) y no instrumental (cambiar al mundo). Esto las diferencia radicalmente de la mayor parte de la vasta literatura que la crisis de 2019 ha inspirado. Además, como ya he mencionado, el arco histórico que aquí se aborda es mayor: el de descomposición de la hegemonía del MAS e incluso, en los capítulos finales, todo el periodo del llamado "proceso de cambio". Tanto el análisis de la crisis económica como el artículo "Gobernar sin dirigir" son inéditos. El epílogo "La crisis del MAS" sintetiza y cierra la interpretación histórica que se realiza en el volumen.

En unos pocos capítulos se ve al autor pensando sobre sus temas al mismo tiempo que sintiendo emociones como la indignación o el asombro. No creo que la emoción sea incompatible con la lucidez, si la primera está embridada por el respeto a los hechos. Dado que el público continúa polarizado en torno a algunos de los temas aquí tratados, no espero que todos estén de acuerdo con lo que acabo de decir, pero sí encontrar suficientes lectores desapasionados como para establecer un diálogo con ellos.

La publicación de algunos de estos artículos en noviembre de 2019 y comienzos de 2020 me trajo bastantes sinsabores

y preocupaciones, porque su contenido no correspondía con el estado de ánimo de las clases dominantes (sobre todo en el terreno cultural) bolivianas. Aun así los redacté y publiqué, aunque sabía que eso me iba a perjudicar prácticamente, porque consideraba que contenían algo verdadero. Pienso que el compromiso de un intelectual crítico tiene que ser, primero que nada, con la verdad. Si actúa con cierto valor cívico, debe hacerlo, sobre todo, en nombre de ella. A estos artículos les tengo particular afecto y deseaba que tuvieran un espacio —el que este libro les confiere— en mi bibliografía.

F.M.
Julio de 2023

El desplazamiento "Anti Evo" de las clases medias bolivianas[1]

2018. El tema del momento en el debate político boliviano "de fondo" son las clases medias. Publicaciones y seminarios auspiciados por el gobierno y por *think tanks* locales tratan de entender por qué estas clases han cambiado de humor político y se han tornado virulentamente contrarias al presidente Evo Morales y su partido, el Movimiento al Socialismo (MAS). Este nuevo posicionamiento explica, se cree, la derrota del MAS en el referendo del 21 de febrero de 2016, en el cual el 51% de la población había votado en contra de una reforma constitucional que habría permitido que Morales volviera a candidatear una vez más en 2019. Dicho porcentaje había estado íntegramente compuesto por electores de las clases medias, que son las mayoritarias; al mismo tiempo, la "clase baja" o popular había expresado su respaldo a Morales y su proyecto de continuidad.

En realidad, los sucesos no ocurrieron de forma lineal ni son sencillos de entender. No ayudaba a aclararlos el nominar,

1 Publicado en *Le Monde Diplomatique,* edición argentina, junio de 2018.

como solía hacerse, "clases medias" a dos tercios de la población, esto es, a seis millones de personas (siendo los cuatro millones restantes "pobres").[2] Un estudio más profundo[3] dividía estas "clases medias" en dos grandes grupos: por un lado, la clase media *tradicional*, la que siempre había existido y estaba compuesta por quienes ganaban de 10 a 50 dólares por día; y, por otro lado, la clase media nueva o "vulnerable", creada por la prosperidad económica de la década previa, cuyos miembros ganaban entre 4,5 y 10 dólares al día.

Antes estos grupos fueron más pequeños, en se fueron nutriendo de una gran cantidad de trayectorias ascendentes y por eso entonces reunían, cada uno, a un tercio de la población (tres millones de personas) y a un tercio del electorado (dos millones de electores). Eran, entonces, demográfica y electoralmente equivalentes.

Distinguir entre estas dos clases medias no era una exquisitez teórica. La clase media tradicional, con ingresos individuales de entre 300 y 1.500 dólares al mes, no había cambiado de posición ideológico-política en los años previos, solo había extremado la posición que siempre había tenido, y que se caracterizaba por el escepticismo, la oposición y a momentos hasta la resistencia ante Evo Morales. Si vemos los resultados electorales obtenidos por los políticos que se enfrentaron al líder indígena a lo largo del tiempo observaremos que coinciden con el tamaño de este grupo social –fuente de apoyo de los disidentes– que marcó el límite de la expansión de los mismos. No es casual a este respecto que esta clase media fuera

2 Ministerio de Comunicación, *Mensaje presidencial. Informe 12 años de gestión, 22 de enero de 2018 (*separata de prensa). La Paz, enero de 2018.

3 PNUD, *Progreso multidimensional: bienestar más allá del ingreso*, Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2016.

predominantemente urbana, educada y –un dato muy relevante en Bolivia– no indígena o “blanca”. La misma constituía el grueso de la élite nacional, ya que la clase “alta” como tal era muy pequeña (apenas 250.000 individuos que ganaban más de 50 dólares diarios).[4]

Históricamente hablando, la clase alta y la clase media tradicional han ocupado las mejores situaciones económicas y han manejado la mayor parte de los capitales educativos y simbólicos del país. Esta coalición social es la que el vicepresidente del país, Álvaro García Linera, calificaba entonces como “decadente”, aunque sin aislarla de las clases medias “extendidas”, lo que le traería críticas incluso dentro de su propia corriente.[5]

Una clase derrotada

La clase media tradicional –“decadente” o quizá haya más bien que decir “insurgente”– era la principal perdedora del proceso político liderado desde 2006 por Morales y García Linera. La clase alta, encargada de las actividades financieras, agropecuarias e industriales, ensimismada en la labor económica, no había sufrido tanto como aquella. Por el contrario, la burguesía boliviana había podido celebrar una alianza con Morales desde el momento en que este decidiera respetar las grandes haciendas del oriente del país (2008-2009); a cambio,

4 El citado estudio del PNUD la llama, por eso, “residual”.

5 Á. García Linera, “Asonada de la clase media decadente”, en *La Razón* del 17 de enero de 2018. Entre las críticas, véase por ejemplo A. Villanueva, “Las clases medias en disputa”, en *Portal Oxígeno.bo*, 25 de enero de 2018.

el gobierno le había exigido que se abstuviera de hacer política.[6] Durante el tiempo de Evo, esta clase hizo muy buenos negocios gracias al crecimiento del mercado interno al que indujo la política redistributiva del MAS. En cambio, la clase media tradicional, armada únicamente de sus capitales educativos y simbólicos, se fue distanciando más y más del gobierno mientras perdía los espacios de reproducción de su dominio, el acceso privilegiado al Estado, que antes se le franqueaba por la suposición de que debían gobernar al país "los mejor preparados", y porque ser blanco y hablar bien español constituían condiciones implícitas del ejercicio del poder, especialmente en los puestos tecnocráticos. Morales y su movimiento acabaron con esta correspondencia, creando unas élites políticas mucho más indígenas[7] y reduciendo la meritocracia, lo que, como es fácil de comprender, constituyó un verdadero acto de desposesión de la clase media tradicional.

Esta herida social permaneció abierta durante el tiempo, con una leve cicatrización en el periodo 2009-2014, durante el cual el boom económico y desarrollista que vivió el país consiguió que este sector de clase silenciara su rechazo al gobierno, e incluso llevó a una parte de él a votar por Morales, que por eso arrasó en las elecciones que se dieron en ese momento (con 64% de los votos en 2009 y con 61% en 2014; este último año, además, el MAS ganó hasta en Santa Cruz, la región más rica y blanca del país). Sin embargo, aun durante este lapso la clase media tradicional fue más proclive a la oposición y estuvo dispuesta a escuchar las críticas al gobierno, inclusive

6 Ver F. Molina, "La oposición boliviana, entre la 'política de la fe' y la 'política del escepticismo'", en *Nueva Sociedad 254*, diciembre de 2014.

7 X. Soruco (coord.), D. Franco Pinto, M. Durán Azurduy, *Composición social del Estado. Hacia la descolonización de la burocracia*, La Paz, Fondo Editorial de la Vicepresidencia, 2014.

las de índole racista (las cuales no eran tantas entonces como lo serían después).

La inflexión

Fuera tenue o fuerte, no importa, inicialmente la oposición de este nivel socioeconómico de la población no bastaba para quitarle al MAS la mayoría electoral. Primero porque se dividía en varias opciones partidarias divergentes. Segundo, porque en general estas opciones no eran capaces de cruzar las fronteras étnicas y económicas que dividen a Bolivia y lograr una adhesión –siquiera parcial– de los sectores populares. Estos sectores, que son predominantemente indígenas, se identificaban casi por completo con el presidente Morales y su discurso nacionalista y polarizador, estatista y redistribuidor. Eran una suerte de votantes "de largo plazo" de él.

Sin embargo, por alguna razón, en 2016 una parte de ellos se volcó en contra de la reelección de Morales, lo que le dio mayoría a la oposición en el referendo y desestabilizó política, ideológica y anímicamente al oficialismo. A partir de ahí y, gracias a estos "refuerzos" populares, los resquemores y odios *clasemedieros* en contra de Morales se hicieron clamorosos, lo que convirtió un fenómeno estructural, un problema congénito de la transformación social impulsada por el MAS, en el problema político de la hora. Un problema desafiante para el MAS, por dos razones: porque el desalineamiento de sus bases le dio mayoría electoral a la oposición y también porque la clase media tradicional posee el dominio cultural, por ejemplo el control de Internet, que así se convirtió en un territorio adverso para el oficialismo; o el de las universidades, que se

volvieron rivales del gobierno; o el de los gremios profesionales más sofisticados, como el de los médicos, cuya huelga en 2017 obligó al Presidente a anular una ley que aumentaba las penas de la mala práctica profesional.

Este "clamor antievista" tendía a consolidar y aun a agravar la correlación de fuerzas que existía desde el referendo de 2016, por lo que las encuestas de los años inmediatamente posteriores registraban un encierro del MAS en su electorado histórico, es decir, en el original, el cual está compuesto por el campesinado y, en las ciudades, por los pobres y una parte de la clase media "vulnerable".

Causas de oposición

Una de las posibles explicaciones de estos fenómenos sociales es económica. Aunque el modelo nacionalizador y estatista implantado por el gobierno había sido exitoso, pues había logrado un crecimiento del 5% anual promedio durante 12 años, tenía su talón de Aquiles en su dependencia de la extracción de recursos naturales no renovables, gas y minerales, y la consiguiente dependencia de los precios de estos *commodities*. Los ingentes ingresos obtenidos por Bolivia en la "década ganada" 2004-2014, que se tradujeron en gastos también muy grandes, decayeron después de este periodo por la disminución de los precios, con lo que había menos dinero para repartir y proyectar. Este hecho podía estar detrás del alejamiento de una de las regiones más pobres del país, Potosí, antiguamente oficialista, que no obtuvo del gobierno todas las concesiones que demandaba y comenzó a votar mayoritariamente en contra suyo. Lo mismo podía decirse de otros grupos "decepcionados",

como ciertos indígenas de los llanos orientales o los universitarios de la ciudad plebeya de El Alto.

Sin embargo, la economía seguía moviéndose con gran dinamismo, de modo que esta causa explicaba poco. Había que sumarle otras, como el "contagio" del malestar antievista, de los sectores sociales elevados a los inferiores, a causa del mayor prestigio social que tienen los primeros; o la aparición de casos de corrupción gubernamental; o los fiascos en la redistribución de la riqueza nacional, sobre todo a causa de la construcción de infraestructura poco útil; o los efectos asfixiantes de la falta de movilidad y de frescura de la élite política, que hacía más de una década se repetía monótonamente a sí misma; o el desprestigio paulatino pero continuo de ciertas políticas, como la creación de empresas estatales que no siempre eran necesarias ni arrojaban los resultados esperados.

Sin embargo, nada molestaba tanto como el deseo de Morales de reelegirse pasando por encima de la prohibición constitucional de volver a hacerlo. Ya vimos que este deseo no fue aceptado por la mayor parte de las clases medias (tradicional y vulnerable) cuando quiso satisfacerse a través del mecanismo constitucional regular, esto es, el referendo de 2016. Mucho menos lo sería después, cuando se recurriría al Tribunal Constitucional para que habilitara a Morales a través de una figura jurídica *ad hoc*. Esta maniobra tuvo importantes efectos sobre la opinión pública. En un año, de comienzos de 2017 a comienzos de 2018, la aceptación al Gobierno cayó 24 puntos porcentuales, de 59 a 35%.[8]

Esto significaba que las clases medias –las más ricas, primero que nada, pero también las más pobres– tenían una clara

8 P. Ortiz, "Aprobación de Evo es ahora del 34%" en *El Deber*, 21 de enero de 2018, Santa Cruz.

inclinación hacia la democracia como "respeto de reglas", al mismo tiempo que rechazaban el caudillismo de Evo, que aparecía ante ellas como un retorno a un pasado premoderno, aunque todavía muy vigente en Bolivia. Así al menos lo mostraba el carácter "indispensable" que había adquirido el presidente para el MAS y la consiguiente "personalización" de la política nacional. En particular, el culto a la personalidad de Morales, que elevaba al presidente a la condición de "liberador de los pueblos indígenas", que difundía por todos los medios su imagen y su biografía, que enaltecía a sus padres y a su pueblo natal, que consideraba su palabra la última de cualquier debate en el seno del oficialismo, que eliminaba políticamente a quienes alguna vez se atrevían a enfrentársele. Para García Linera, Evo era el "poder constituyente" en sí mismo, es decir, la síntesis personal de la revolución boliviana; la expresión corporal, física, de un irrepetible momento de insubordinación de los subalternos en contra de los opresores, y por eso prescindir de él, de este elemento catalizador de la unidad del pueblo y de la izquierda, sería "un suicidio político".[9]

Sin reparar en las implicaciones ideológicas de estas afirmaciones, las cuales están en sintonía con las ideas postmarxistas sobre populismo y líder populista –por ejemplo las de Ernesto Laclau–,[10] lo que quedaba era el siguiente dato concreto: Sin la candidatura de Evo, el MAS, a la vez el partido oficial y un archipiélago de "movimientos sociales" que median entre el gobierno y la sociedad, tendría dificultades para mantenerse unido. Su argamasa, su sabia vivificante, no era otra que el

9 F. Molina, "García Linera: 'Perder a Evo Morales sería un suicidio político'" en *El País*, 7 de enero de 2018.

10 E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

caudillo, el cual también constituía su mejor carta para ganar las elecciones de 2019.

Aun aceptando esto había que preguntarse, a la luz del análisis de clases realizado, si la insistencia en un camino como el de la reelección, que a lo largo de la historia latinoamericana –y boliviana– estuvo siempre tendido al borde del abismo, no equivalía también a un suicidio político, aunque a uno más lento.

Tendencias socioelectorales en la Bolivia del caudillismo[1]

El 28 de noviembre de 2017, el Tribunal Constitucional Plurinacional de Bolivia falló a favor de un recurso presentado por un grupo de legisladores del Movimiento al Socialismo (MAS) para declarar improcedentes las restricciones que aparecen en la Constitución a la reelección de las autoridades bolivianas, lo que habilitó la repostulación sin limitaciones del presidente Evo Morales. El hecho marcó una inflexión histórica por varios motivos: por primera vez en la historia boliviana, se autorizó la reelección indefinida, en contra de una tradición jurídica muy antigua; por primera vez, se usó el Tribunal Constitucional (que solo existe desde 1999) para alterar un aspecto de la Constitución, lo que los juristas de oposición consideraron "aberrante", ya que por su naturaleza el Tribunal debía limitarse a compatibilizar las leyes con la Constitución; por primera vez, finalmente, el MAS recurrió al poder de las instituciones estatales en contra de las expresiones de masas en las que había confiado prioritariamente durante

1 Publicado en *Nueva Sociedad* 273, enero y febrero de 2018.

su existencia. En efecto, el trámite realizado por el oficialismo para habilitar a su candidato contradecía directamente el resultado del referéndum constitucional del 21 de febrero de 2016: entonces el 51% de los votantes había rechazado la reforma de la Carta Magna aprobada en 2009 para levantar las limitaciones a la reelección de Morales, las mismas que el Tribunal Constitucional suspendía mediante una "interpretación" del texto constitucional.

Solía decirse que la democracia boliviana bajo el MAS era "plebiscitaria", ya que apelaba directamente a los electores para definir las disputas de poder.[2] Y así fue hasta que este partido perdió la mayoría, por lo menos en lo concerniente a la cuestión –para él crucial– de la reelección, que en las encuestas era rechazada por más del 60% de la población.[3] Por esta razón, Morales no pensó en organizar un nuevo referéndum para "enmendar" los resultados adversos de 2016 y acudió en cambio a expediente de mucha menor legitimidad pero más seguro: la consulta a unos magistrados a punto de terminar su mandato y en su momento elegidos, entre otras razones, por su proximidad al partido de gobierno. Ante estos jueces, el MAS argumentó que el derecho de un ciudadano a elegir y ser elegido, consagrado por la Convención Americana sobre Derechos Humanos (también conocida como Pacto de San José de Costa Rica), no podía ser menoscabado por las restricciones consagradas por la Constitución que en su momento el oficialismo no había objetado. El Tribunal aceptó este alegato.

Ulteriormente, la presidenta del Tribunal Supremo Electoral, Katia Uriona, planteó ciertas dudas sobre la salida preparada

---

2 S. Pachano, "Democracias plebiscitarias", en *El Universo*, 25 de noviembre de 2011.

3 Agencia de Noticias Fides (ANF), "Encuesta de 'Poder y Placer': casi el 60% de los bolivianos rechaza la reelección indefinida del Presidente", 9 de junio de 2015.

por el oficialismo, pero lo cierto es que entonces nadie poseía la fuerza institucional o política para impedir que Morales fuera candidato en las elecciones de 2019.

La oposición tradicional, es decir, la de los partidos políticos, se limitó a condenar la evolución de los acontecimientos en los tonos más agudos posibles. Un fenómeno más nuevo e interesante fue el estallido de protestas callejeras, protagonizadas especialmente por jóvenes de clase media de la región más rica y menos izquierdista del país, Santa Cruz. Uno de los objetivos de estas acciones no muy numerosas (de varios cientos de participantes), pero sí fervorosas, fue presionar a los dirigentes tradicionales de la región, llamados dirigentes "cívicos", para que actuaran, dejando la pasividad frente al gobierno que los había caracterizado desde que, en 2008-2009, Morales se impusiera a la resistencia de las clases dominantes y los sectores políticos desplazados por la revolución política que conducía. Desde entonces, los líderes cruceños habían mostrado un perfil poco aguerrido, condicionado por el acuerdo que poco después los empresarios de la región alcanzaron con el gobierno y que garantizó la abstención política de los primeros a cambio de la colaboración económica del segundo.[4].

Las protestas fueron interrumpidas por las fiestas de fin de año y por un conflicto sectorial entre el gobierno y los médicos, pero su espontaneidad mostró que el malestar de las clases medias, principales adversarias al dominio de Morales, había llegado a un punto en el que superaban el "intelectualismo" que normalmente las investía, aunque como "fuerza física" de la movilización siguieran siendo muy inferiores a los campesinos y los sectores populares de "clase baja" –para usar

4 G. Pedraza, "Los cambios políticos que reconfiguraron Santa Cruz", en *Página 7*, 23 de julio de 2017.

la estratificación propia de las estadísticas electorales– que en gran medida seguían apoyando al MAS y que, se pensaba, este partido podía poner rápidamente y con gran efectividad en las calles.

No hubo, pues, fuerza política suficiente para impedir que la maniobra reeleccionaria del oficialismo se llevara adelante, por lo menos en las condiciones de fondo, que eran de estabilidad social y crecimiento económico moderado. Por eso, la proclamación de Evo Morales como candidato, escenificada en Cochabamba el 16 de diciembre de 2017 frente a una multitud de cientos de miles de adherentes, inició una campaña electoral a la que la oposición tendría que sumarse, a pesar de los "peros" estratégicos e ideológicos que se oponían a una participación que terminaría por avalar esa alteración constitucional.

¿"Gobierno totalitario"?, ¿"dictadura"?

Los políticos bolivianos venían discutiendo la caracterización del gobierno de Morales desde su inauguración. Al comienzo, la confusión era mayor, inducida por críticas como la de Gabriel Dabdoub, el principal líder empresarial durante el primer periodo del MAS (2006-2009), que deploró la anticuada y peligrosa ideología "socialista" de los adherentes de Morales, cuando estos se oponían a los acuerdos de libre comercio.[5]

A la incertidumbre de los observadores contribuyeron las afirmaciones contradictorias de Morales y del vicepresidente Álvaro García Linera sobre el objetivo del proceso que dirigían.

5 ANF, "IBCE: Caudillos socialistas desplazados evitan tratar ingreso al TLC", 24 de marzo de 2005.

En 2006, Morales desautorizó una de las primeras definiciones realizadas por el vicepresidente como teórico del proceso. Este planteó que, si bien el socialismo constituía el norte de la revolución, en una primera etapa la misma se abocaría a la construcción del "capitalismo andino-amazónico", una plataforma nacionalista de posteriores y más avanzadas transformaciones.[6] Es probable que esta nomenclatura molestara a Morales por la tradición "anticapitalista" del MAS y la suya propia, aunque sin duda era la que mejor representaba lo que quería hacer el gobierno.

Capitalismo nacional, sí, pero de Estado, pues se basaría en la nacionalización de la principal industria nacional, la del gas, y de varias empresas importantes que fueron estatales antes de su privatización de los años 90. En verdad se trataría, como en ese momento señalamos,[7] de un regreso al modelo económico y al método polarizador de hacer política que habían inventado los movimientos nacional-populares latinoamericanos, en concreto, al "nacionalismo revolucionario", el cual había irrumpido a fines de los años 30 e imperado sobre el país hasta 1985. Entre 2006 y 2008 este proyecto fue resistido por las clases dominantes, las cuales apoyaban a la antigua y desplazada elite política neoliberal. Pero, en 2008, el MAS finalmente se impuso y el año siguiente celebró un acuerdo con el empresariado, en particular el cruceño, que le concedió la completa gobernabilidad del país.

---

6 A. García Linera, "El 'capitalismo andino-amazónico'", en *Le Monde Diplomatique*, ed. chilena, enero de 2006.

7 F. Molina, *Evo Morales y el retorno de la izquierda nacionalista: trayectoria de las ideologías antiliberales a través de la historia contemporánea de Bolivia*, Eureka, La Paz, 2006. Ver también P. Stefanoni y H. Do Alto, *La revolución de Evo Morales. De la coca al Palacio*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2007.

El 22 de enero de 2010 se produjo la ceremonia de arranque de la segunda gestión de gobierno del MAS y, en otra salida algo desconcertante, García Linera dijo que el "horizonte" de la revolución boliviana era "el socialismo". Frente a lo cual el ya mencionado Dabdoub, quien hasta entonces ya se había convertido en aliado del oficialismo, declaró que el sector que representaba no temía al socialismo gubernamental, pues "el empresario no tiene ideología (…) Si (…) el socialismo que se nos plantea (…) reconoce a la propiedad privada (y) facilita la generación de empleo".[8] Al final, la ideología oficial se estabilizó en una orientación sintetizada por dos fórmulas: la "economía plural" o coexistencia de la gran propiedad con los emprendimientos populares y las formas productivas colectivistas que se dan en el campo, y el "socialismo comunitario", que con su apelación a un crecimiento más armónico e igualitario tiene más un valor ético y retórico que económico.

El contraste entre las teorías revolucionarias de García Linera y del grupo Comuna (1998-2005), por un lado, y la práctica democrática que el MAS realizaba desde su fundación en los años 90, por el otro, dio pábulo también a debates sobre la calidad de la adhesión del MAS a la democracia. Y, finalmente, la ideología oficial en este campo se estabilizó en la aprobación, en 2009, de una Constitución con elementos liberales, iliberales e innovaciones "posliberales", la cual complementaba la democracia representativa con derechos y modos de organización colectivos, pero mantenía a esta como la columna vertebral del sistema político.

Desde el principio, la oposición liberal asignó al gobierno una condición "autoritaria", ya que este usaba su mayoría de

8 "Patronal boliviana no teme al socialismo planteado por Gobierno de Morales", en *HoyBolivia.com*, 1 de febrero de 2010.

más de dos tercios en la Asamblea Legislativa y sus grandes números electorales para saltarse las salvaguardas que hasta entonces se habían considerado imprescindibles para la preservación del pluralismo, tales como enjuiciar lo menos posible a los líderes opositores, no acosar a la prensa privada, no monopolizar la comunicación pública, no usar con descaro los recursos estatales en las campañas oficialistas, no esconder o tergiversar la información estatal, etc. Pero la suposición de que la poliarquía boliviana no era pluralista[9] respondía entonces, en particular, a la tendencia del MAS a redactar o interpretar las leyes de manera que favorecieran su propio poder. Por ejemplo, el oficialismo impuso normas electorales que valoraban más el voto rural que el urbano, que es lo que le convenía; por la misma razón se prohibió el financiamiento estatal a los partidos; se puso obstáculos legales a la crítica a los candidatos oficiales en el periodo de campaña electoral, etc. Al mismo tiempo, los medios de comunicación críticos del gobierno perdieron la publicidad oficial, que en cambio favoreció abundantemente a los medios que sí mostraron voluntad de acercamiento al oficialismo.

Intelectuales vinculados al gobierno defendían estas y otras medidas como propias de una democracia no procedimental sino sustantiva, una democracia con proyecto que, mirándose en el espejo del jacobinismo, dejaba de lado las limitaciones legales formalistas (Estado de derecho) y desplegaba su genuina fuerza motora, que no era otra que el logro de la igualdad socioeconómica. Para esta visión, lo importante no era el cumplimiento de reglas, sino que accedan al escenario público y a la toma de decisiones sobre la suerte colectiva unas

9 R. Dahl, *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, 1992.

masas indígenas y trabajadoras que hasta entonces habían sido simple "carne de cañón electoral" de los partidos oligárquicos.

> No hay democracia por seguir unos procedimientos establecidos sino, precisamente, porque cualesquiera que sean esos procedimientos (…) hay personas y colectividades que ahora buscan participar en la dirección de esos procedimientos, buscan responsabilizarse de la producción de dirección de la sociedad, modificando las normas y procedimientos de la práctica política legítima.[10]

Por tanto, "(los) procedimientos e instituciones (democráticas) son medios transitorios, simples efectos revocables del hecho democrático". De esta forma,

> Las normas, reglas, instituciones, saberes y legitimidades que regulan la vida política de una sociedad democrática son circunstanciales, cristalizaciones provisionales de la estructura de resolución del desacuerdo anterior, que habrán de dar paso a una nueva estructura de poderes resultante de los nuevos desacuerdos que dan inicio a la acción democrática de una sociedad. La democracia no es la ausencia de reglas, sino la contingencia necesaria de esas reglas y el consenso acordado de esa contingencia…"[11]

10 Á. García Linera, *Democracia, Estado, Nación*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, La Paz, 2013.

11 *Ibídem*.

Aunque la apelación a la épica de la participación democrática había ido menguando con el tiempo, conforme los movimientos sociales que se insurreccionaron en 2003 y 2005 se fueron retirando de la escena política y fueron dejando la gestión de la transformación exclusivamente en manos del Estado,[12] nunca hasta este momento la hegemonía política había dejado de legitimarse con una mayoría electoral indisputable. Por ejemplo, la última vez que el mandato de Morales había sido testeado en las urnas, en las elecciones del 12 octubre de 2014, había recibido un respaldo del 62% de los votos y había obtenido una mayoría legislativa de más de dos tercios. Sin embargo, el referéndum de 2016 había terminado con la posibilidad del MAS de apelar al poder mayoritario. Con su decisión de recurrir al Tribunal Constitucional para "voltear" la voluntad de la mayoría (por más que esa mayoría fuera estrecha),[13] impuso su hegemonía de una manera legal, pero ilegítima.

¿Cómo afectó esto a la crítica de la oposición liberal al "autoritarismo" del régimen boliviano? Como es lógico, hubo una general percepción de "ruptura" del consenso político que en los años 80 y 90 había dado fundamento al periodo democrático más prolongado de la historia de Bolivia, y que consistía sobre todo en cierta resignación democrática de los actores políticos que permitía la alternancia en el poder. En un tuit, el dirigente opositor Samuel Doria Medina comparó el fallo con un "golpe de Estado", enfoque que luego repitieron otros. Por otro lado, algunos líderes de la oposición, el más estridente de los cuales fue el derechista Jorge Quiroga, comenzaron a

12 "Álvaro García Linera: Las clases altas no tragan que gobierne un indígena", entrevista de F. Molina, en *El País*, 16 de noviembre de 2016.

13 El "Sí" obtuvo el 48,7%.

considerar al gobierno boliviano como una "tiranía totalitaria". A su vez, el expresidente e historiador Carlos Mesa escribió que Morales se internó por la senda del "totalitarismo, basado, no en el imperio de la ley, sino en el imperio del poder total".[14] Y analistas internacionales conservadores, como Álvaro Vargas Llosa, también consideraron "dictatorial" a Evo.[15]

Inicialmente, esto pareció conducir a los estrategas de la oposición a callejones sin salida. Por ejemplo, uno de los estrategas de campañas electorales bolivianos, Ricardo Paz, llamó a no entrar en la campaña electoral a la que la que el MAS estaba invitando a la oposición –a fin de "pasar la página"–, y concentrarse en organizar manifestaciones pacíficas que lograran que Morales desistiera de ser candidato en 2019.[16] En general, la oposición boliviana adquiría una orientación maximalista similar a la que había tenido la oposición venezolana en diferentes momentos de su lucha contra el chavismo.

Comenzaba a predominar el argumento de los radicales, el cual podía formularse de la siguiente manera: "Ahora que el oficialismo ha torcido la justicia y ha desoído los resultados de la votación en el referendo, ¿qué nos garantiza que respetará los resultados de la elección de 2019, que no hará fraude o que no inventará alguna trampa para desconocer su derrota?" Argumento que, seguido hasta el fin, tendía a sacar a los actores políticos del escenario electoral y llevarlo a adoptar métodos extraparlamentarios.

Sin embargo, la oposición primero tendría que llegar hasta ese puente antes de cruzarlo. Que el régimen político hubiera

14 C. Mesa, "Gases, canicas y descomposición", en *blog personal*, 24 de diciembre de 2017. xxx2019n transiciones suaves o nalese a en los poderes Legislativo y Judicial. ya vimos).restructura hasta que se produce la t

15 Á. Vargas Llosa, "El derecho a ser dictador", en *La Tercera*, 3 de diciembre de 2017.

16 R. Paz, "¿Qué hacer?", *Página Siete*, 13 de diciembre de 2017.

dejado de ser "democrático" en el sentido de las definiciones minimalistas de democracia –según las cuales un requisito fundamental es que no sea imposible que quienes están en el gobierno pierdan las elecciones–,[17] era algo que todavía no se había probado, que solo se vería en 2019 (aunque en ese momento se admitían dudas razonables dada la conformación pro oficialista del Tribunal Electoral). Además, que un régimen no fuera democrático de acuerdo a las definiciones antedichas no lo convertía automáticamente en dictatorial y mucho menos en totalitario, al menos si se usaba estas definiciones en su sentido politológico habitual. Con las limitaciones ya anotadas, Bolivia seguía gozando de las libertades civiles y políticas que diferencian una democracia de una dictadura, como mostraba el hecho de que las acusaciones de la oposición en contra de un gobierno "dictatorial" se enunciaban desde dentro del país, por los medios masivos de comunicación, etc., y que no había habido serias represalias en contra de los manifestantes espontáneos que habían comenzado a surgir contra la reelección. Sin embargo, no cabía duda de que la "democracia plebeya" que había instaurado el "gobierno de los movimientos sociales" no existía más en Bolivia, como mostraban tantas cosas, entre ellas que este lema ya no era usado por los voceros oficialistas. En lugar de la democracia igualitarista del pasado, se instauraba, como "retorno" de un fenómeno muy antiguo, el "caudillismo", que subordina el conjunto de la institucionalidad y de la práctica política democráticas al poder y la voluntad de un líder carismático.

---

17 G. O'Donnell, *Disonancias. Críticas democráticas*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

Tendencias socioelectorales

El 3 de diciembre de 2017, inmediatamente después del fallo que habilitó a Morales, se produjeron las elecciones judiciales. Desde 2011 los altos magistrados se eligen por voto popular en Bolivia, un método que no ha cuajado nunca. En esta ocasión, más de la mitad de los electores expresó su rechazo al gobierno y sus medidas, tal como les pidiera la oposición, mediante el gesto de anular el voto. El voto nulo fue abrumador en los barrios más acomodados de las ciudades y se fue debilitando conforme estos barrios se hacían más populares o el conteo llegaba a las áreas rurales. También fue más fuerte en Santa Cruz de la Sierra (alrededor del 67%) que en el resto de las ciudades. Y fue más débil en El Alto, alrededor del 47%. Lo inverso pasó con el voto válido (es decir, a favor de alguno de los candidatos en liza, sin importar cuál fuera éste), que es al que llamó el MAS, y que en promedio estuvo alrededor del 35%.

Este resultado ratificó casi con exactitud el del referéndum constitucional de 2016 en cuanto al rechazo a Evo (o voto por el "No"). Este fue más intenso en Santa Cruz que en el resto del país y más fuerte en los sectores acomodados que en los populares.

Para estudiar la composición de un determinado resultado electoral, el método más preciso es el de la "encuesta autopsia", que desgraciadamente se practica muy poco en Bolivia. Sin embargo, en 2016, excepcionalmente, el Tribunal Supremo Electoral realizó una de estas encuestas después del referéndum constitucional y llegó, entre otras conclusiones, a la siguiente, que era fundamental para el análisis sociológico del proceso político-electoral boliviano: *Mientras más jóvenes son y más ingresos tienen los electores, más tienden al "No", es decir,*

a rechazar a Evo, y mientras más edad y menos ingresos tienen, más votan "Sí", es decir, más apoyan a Morales.

Esta conclusión se confirmó en las elecciones judiciales, por lo menos en la variable que se podía observar, que era la socioeconómica. Mientras más acomodados eran los electores, más negativos respecto del gobierno, y a la inversa. De ahí que en algunos recintos electorales de La Paz, por ejemplo en el del Colegio Franco Boliviano en el barrio de Achumani, que es uno de los más ricos de La Paz, alrededor del 85% de los votos fuera nulo. Las elecciones judiciales también mostraron que el MAS puede contar con un voto fiel del 35% de la población, incluso en un proceso tan complicado como este (donde la actitud natural del elector era contraria al acto de votar por alguien que no conocía y que tampoco quería conocer). Ahora bien, el 21 de febrero de 2016, en el referendo constitucional, en una elección muy difícil porque su deseo reeleccionario iba en contrasentido de la tradición política del país, el MAS obtuvo un respaldo del 49% de los electores. ¿Qué pasó entonces con el 14% con el que ya no contó en las judiciales?

El sociólogo experto en opinión pública Julio Córdova tenía la hipótesis de que ese grupo de votantes pertenecía mayoritariamente a la "clase media baja", era un electorado espontáneamente favorable a las medidas básicas tomadas por el MAS, pero que dudaba cada vez más de Morales sin por eso simpatizar con la oposición. Y decía que era probable que este grupo explicara una buena parte del voto blanco en las judiciales, que coincidentemente fue del 15%. Así, Córdova establecía la siguiente demografía electoral: dos polos uno frente a otro, de alrededor de 35% cada uno: el 35% de antievistas convencidos, que se confundía con la "clase

media típica" o más acomodada, frente a un 35% de evistas convencidos, que proviene casi íntegramente de la "clase baja". Junto a ellos, un 30% de la "clase media baja", que se dividía en dos grupos iguales: un 15% de exvotantes por Evo que lo habían abandonado en las urnas en 2016 y 2017, pero que no eran "propiedad" (es decir, no eran "voto duro") de la oposición, especialmente si se tomaba en cuenta que en 2019 esta probablemente se presentaría dividida en varias versiones. Y un 15% que había votado por Evo en 2016 pero que no era "patrimonio" del MAS, como mostraba el que lo abandonara en las judiciales; algo que, por supuesto, el carácter de esta elección hacía más fácil: no debe olvidarse que los candidatos a jueces eran desconocidos para los votantes y la ley no les permitía hacer campaña proselitista. En una elección similar, en 2011, también se había impuesto el voto nulo sin consecuencias posteriores para la reelección de Morales en 2014.

Era obvio decir que los resultados de los comicios de 2019 dependerían enteramente de este 30% del padrón; en otras palabras, de la clase media baja. El resultado dependería de: a) si algún grupo de la oposición sabía atraer al 15% de los antievistas "blandos", y b) si el MAS lograba reconquistar al 15% de los evistas igualmente "blandos".

Este hecho, es decir, la correlación entre alineamiento político y pertenencia social, que era casi totalmente favorable al oficialismo en el tercio inferior y casi completamente favorable a la oposición en el tercio superior, era quizá el más característico de la situación política boliviana. Y se debía a un conjunto de factores de corto y largo plazo:

- Indicaba que la política gubernamental, su énfasis redistributivo y su simbología reivindicativa, habían sido finalmente *pro-pobre*, como por otra parte corres-

pondía con la extracción social del MAS. Pero también mostraba algo distinto: que la clase media alta era la que, por conveniencia, educación o ideología, poseía una mayor sensibilidad respecto a los quiebres de la institucionalidad democrática, que probablemente no eran tan importantes para los sectores populares.

- La polarización social dejaba ver también lo que era evidente: quiénes habían ganado y quiénes habían perdido (material pero también simbólicamente) durante el proceso político dirigido por Morales.
- Y, en el amplio escenario histórico, era una de las consecuencias de la sempiterna heterogeneidad –de la desigualdad de ingresos y derechos– de grupos sociales y étnico-raciales; una fractura que convertía a algunos partidos en oligárquicos y tornaba a otros, más allá de sus merecimientos históricos y sus resultados concretos, en portavoces de la identidad oprimida. Solo esta polaridad entre un "nosotros" y un "ellos" podía explicar fenómenos como que la oposición boliviana tendiera a encerrarse en un discurso autorreferencial, para ser ovacionada en los salones, lo que le generaba graves dificultades para convertir su mayor legitimidad democrática en una mayoría operativa como la que necesitaba para llegar al poder.

La rebelión de la élite[1]

"Una victoria épica"

La fisonomía de las protestas contra la reelección "fraudulenta" de Evo Morales en 2019 fue muy distinta que la de las manifestaciones "normales" en Bolivia. Uno de los jóvenes que participó en ellas le dijo a una periodista: "Elegir el presidente de tu país no [debe ser] como escoger equipo en Nintendo". Aunque muchos de los manifestantes, especialmente en los momentos más duros, fueron los estudiantes de las universidades públicas, columnas de muchachos de la Universidad Católica Boliviana y otras instituciones privadas estuvieron en el centro de los acontecimientos. Estudiar en esa universidad cuesta alrededor de 500 dólares al mes, dos salarios mínimos. Por otra parte, en ciertas ciudades y etapas de la movilización, familias enteras, desde las abuelitas hasta los niños de kínder, acudieron a bloquear las calles "por la democracia". Las crónicas

1 Publicado en *Élites sin destino, Especial periodístico sobre las élites latinoamericanas*, www.elitesindestino.com, 27 de enero de 2023.

periodísticas estaban llenas de fotos de familias y de "bloqueos excéntricos". Señoras que trasladaban sillas y hasta sillones al medio de una calle y se sentaban en ellos para impedir el paso de los vehículos. Un vecino que con su violín amenizaba el estar de plantón. Otros que preparaban refrigerios. Si a veces los manifestantes plebeyos echan escombros sobre las carreteras, estos los reemplazaron por artefactos eléctricos defectuosos, o tendieron cordeles de un poste a otro para detener a los vehículos, compensando así su falta de *fuerza de masas*.

De esta ocurrencia surgió el nombre del movimiento. Morales se burló de quienes bloqueaban "con pititas" y ofreció darles un seminario de capacitación en métodos de protesta. Claramente, los subestimaba. Y es que, por una vez, los que estaban en las calles no tenían las manos encallecidas, lastimadas por el trabajo físico. Algo que en Bolivia significa, según el escritor Carlos Macusaya, "no ser indio".[2] Las fotografías de las manifestaciones muestran –no siempre, pero sí mayormente– fenotipos y pigmentos cutáneos asociados a la élite boliviana tradicional. También tuvieron un papel muy activo sus miembros emigrados al extranjero, que en todas las grandes ciudades del mundo denunciaban la "dictadura". Jóvenes, también esta vez, "de manos suaves y cuidadas", es decir, que cumplían labores de tipo académico o burocrático y no trabajaban en la construcción ni en los telares, como los emigrados bolivianos comunes.

Muchas personalidades del país se sumaron a las protestas. Jugadores y entrenadores de fútbol, una boxeadora a la que Morales había premiado años antes, que grabó un video para decirle al presidente indígena que se metiera su medalla por

2 C. Macusaya, *En Bolivia no hay racismo, indios de mierda*, La Paz, Jichha, 2020.

donde mejor le cupiera. Gerentes de empresas y banqueros. Muchísimas "amas de casa" acomodadas. También participaron escritores famosos, algunos de los cuales publicaron después libros y artículos sobre su experiencia; periodistas, directores de medios de comunicación, profesores universitarios; cantantes, actores, en fin, los personajes que suelen animar la esfera pública. Coincidentemente, el discurso sobre los hechos fue mayoritariamente contrario al gobierno. Lleno de impotencia, el vicepresidente Álvaro García Linera despotricaba contra estos adversarios que iban a las manifestaciones "en enormes camionetas" y que se equipaban con bates, un instrumento que en Bolivia solo se usa en los círculos encumbrados.

"La primera gran impresión que me llevé", dice el académico Rafael Loayza, "fue que quienes estaban en posición de bloquear y marchar no eran iguales (ni parecidos) a quienes históricamente habían realizado estas medidas de presión en Bolivia: los movimientos indígenas periurbanos". Mientras estos últimos estaban dados a la tarea conservadora de contener la movilización y defender al gobierno, "quienes alentaban esta vez la revuelta popular eran los más conspicuos representantes del bienestar social en Bolivia, los castellanohablantes de ascendiente español, *blancones* y *bien vestidos*".[3]

Con esas características, ¿podrían tener éxito en una labor tan dura como sostener la paralización de las principales ciudades por mucho tiempo? Morales, ya lo hemos visto, apostaba a que no. Estuvieron 21 días en las calles. Trabaron el funcionamiento de las ciudades. Al final, a su presión constante y efectiva se sumó un motín de la policía y Morales, viendo

3 "Los rostros, los lastres y la razón del racismo habitual. Tensiones raciales en la interacción pública rutinaria en La Paz" en R. Loayza (coord.), *Las caras y las taras del racismo: segregación y discriminación en Bolivia,* La Paz, Plural, 2018.

que las Fuerzas Armadas comenzaban a dejar de responderle, decidió renunciar, tras 14 años en el poder. Había sido el presidente más fuerte y de más larga duración de toda la historia del país. De modo que su caída fue pintada por la élite tradicional con tonos épicos.

Ulteriormente serían publicados varios libros de crónica y defensa del movimiento social que estalló tras las acusaciones de fraude de las elecciones de octubre de 2019. El más importante de ellos se llama *21 días de resistencia. La caída de Evo Morales* y fue escrito por Robert Brockmann,[4] un reconocido historiador que se considera a sí mismo "pitita". "Las pititas, una colectividad nacional tan enorme como diversa y dispersa, son, somos, poseedores de una genuina victoria política en las calles, producto de una movilización espontánea, resultado de un ideal colectivo de democracia que estaba siendo violada y secuestrada... Las pititas logramos, aunque hubiera mediado la diosa Fortuna, lo que los venezolanos o los sirios no han logrado ni con enorme sacrificio de vidas humanas", escribió Brockmann en un artículo titulado "Yo, pitita".[5]

En otro de estos libros, Pedro Rivero, director de *El Deber*, el principal diario boliviano, consideraba lo sucedido una "epopeya" que "en tres semanas alcanzó lo que parecía imposible de lograr". Y, haciendo un pronóstico discutible, anticipaba que la gesta recibiría una "evocación orgullosa de las generaciones venideras".[6]

Los activistas que participaron en el "movimiento pitita" hicieron esfuerzos para refutar la caracterización de elitismo

---

4 R. Brockmann, *21 días de resistencia. La caída de Evo Morales*, La Paz, Libros de Bolivia, 2020.

5 R. Brockmann, "Yo pitita" en *El Deber*, 9 de julio de 2020.

6 "Presentación" en R. Navia y M. Suarez, *Nadie se rinde. Una epopeya boliviana*, El Deber / La Hoguera, 2020.

que se les endilgaba. Antes de tener su *nombre de honor*, el movimiento comenzó con pequeñas protestas en los momentos previos al referendo organizado por Morales en 2016 para intentar levantar la prohibición constitucional de una tercera reelección. "En ese momento nos llamaban los 'cuatro gatos'", recuerda Claudia Bravo, una activista y política comprometida desde entonces en la lucha contra la reelección. El movimiento se volvió mucho más amplio –pero sin involucrar aún a la "gente común"– cuando Morales pasó por alto los resultados de este referendo y se habilitó por medio de una consulta al Tribunal Constitucional. Y se tornó masivo después de que Carlos Mesa, quien creía haber obtenido votos suficientes para obligar a Morales a ir a una segunda vuelta, denunció la realización de un "fraude monumental" con el fin de declarar al entonces presidente ganador directo de las elecciones de octubre de 2019.

"Había una heterogeneidad; había mucha clase media, gente de zonas muy acomodadas, pero también universitarios, campesinos, etc. Hicimos los bloqueos compartiendo esquinas con señoras de los mercados, con estudiantes; fue una lucha conjunta y por eso se logró que el MAS caiga; fue un movimiento ciudadano", asegura Bravo. La activista destaca la participación de los jóvenes y las mujeres, que estuvieron en la primera línea de los enfrentamientos callejeros y fueron los más activos críticos del MAS en las redes sociales. "Fue un movimiento generacional. La nueva generación superó a sus padres que estuvieron 14 años [durante el gobierno de Evo Morales] en sus casas y sin hacer nada. Por eso ser 'pitita' era ser una especie de superhéroe", señala Bravo.

Aunque en su mejor momento los "pititas" incluyeron a muchos sectores populares descontentos con Morales, sobre

todo se trató de un movimiento de clases medias, tanto de la clase media "tradicional" que está compuesta por personas que perciben ingresos de entre 10 y 50 dólares diarios, como de las capas superiores de la clase media "vulnerable", cuyos miembros perciben entre 7 y 10 dólares diarios. Es importante tomar en cuenta que la clase media tradicional es la clase superior efectiva en Bolivia, ya que solo 250.000 personas, de los 11 millones de que viven en el país, reciben ingresos por encima de los 50 dólares. Aún más importante es considerar que ambos segmentos no se consideran a sí mismos indígenas.

El 9 de noviembre, un día antes de ser derrocado, el presidente Morales hizo una declaración (cuyo contenido no viene al caso) desde el hangar presidencial, situado en el aeropuerto militar de El Alto, la ciudad que siempre lo había respaldado. Escogió este lugar porque no se sentía seguro ni en la Casa Grande del Pueblo, el palacio que se mandó a construir, ni en la residencia presidencial, situados en La Paz, una de las ciudades que protestaban contra él. La Policía, en rebelión, acababa de suspender la custodia de los edificios públicos.

¿Qué diferencia a El Alto de La Paz, ciudades que colindan y en principio deberían ser una sola? Su composición social. El Alto es una ciudad fuertemente aymara, incluso en sus clases medias, que son minoritarias en la urbe. En La Paz, en cambio, las clases medias constituyen la mayoría de la población.

Un estudio de Rafael Loayza encontró que en el barrio más "profundo" de El Alto el 90% de los habitantes se identificaba como aimaras. Al mismo tiempo, en ciertos puntos de la zona sur de La Paz, el 90% consideraba que no tenían etnia alguna. La correspondencia entre estas identidades y el voto a favor

o en contra de Morales era, según el estudio, casi completa.[7] "Los 'ningunos' (es decir, los bolivianos que no pertenecen a ninguna etnia originaria, son castellano-hablantes y viven una vida urbana moderna), que antes de Evo no tenían una clara identidad étnica, comenzaron a adquirirla a partir del discurso de este, que no solo no los incluía, sino que los acusaba de ser racistas, haber explotado a los indígenas por 500 años y haberse robado el dinero del país. Los 'ningunos' se sintieron segregados. Sintieron que su fenotipo valía menos", explica Loayza. En opinión de este académico, esta sensación explica la fuerza, la radicalidad y la persistencia de la movilización de unas clases que los sociólogos siempre habían considerado "volubles e indecisas". "Lo que hemos visto fue un enorme movimiento de reivindicación, en el que los 'ninguno' reclamaron un espacio en el país, un espacio que sintieron, con razón o sin ella, que el MAS les había quitado", concluye Loayza.

Querían volver a ocupar el espacio político dominante que poseían en el pasado, pero del que habían sido echados porque el gobierno ya no reconocía la educación elitista como el pasaporte para ingresar en él. Varios estudios estadísticos han comprobado que la élite tradicional cuenta con una mayor educación e invierte más en la educación de sus descendientes. Una estratificación de la población boliviana por ingresos identificaba que en 2016 el "estrato medio estable" –que sería la categoría de este estudio que podemos considerar como la clase media tradicional– tenía 11 años de educación promedio, dos más que el "estrato medio vulnerable" y cuatro más que el

7 R. Loayza, *El eje del MAS. Ideología, representación social y mediación en Evo Morales Ayma*, La Paz, KAS, 2011.

"estrato bajo".[8] Esto implica que sus miembros provenían de familias que: a) ya tenían –al menos– ingresos medios, lo que les permitía costear la educación de sus hijos y b) consideraban que la educación de estos era prioritaria, lo que también indicaba la presencia de padres educados o, al menos, mejor educados que otros que, teniendo cierto pasar, preferían incorporar rápidamente a sus descendientes al mercado laboral. Otros estudios muestran, complementariamente, que los indígenas tienen menos educación y un menor peso económico que los "no indígenas".[9]

La desigualdad en la posesión de los factores productivos, tierra, dinero, recursos naturales, educación, se originó históricamente en la distribución de estos factores entre los distintos estamentos de la sociedad colonial, que concedió la mejor parte de los mismos a los descendientes de españoles. Desde entonces, y pese a los diversos procesos de democratización de la riqueza que se han producido a lo largo de la historia nacional, la desigualdad "estamental" se ha reproducido a lo largo del tiempo. Hoy en día, la mayor parte del capital, la parte más rica de la tierra y toda la educación de calidad se hallan en manos del "estamento" blanco. Este goza de un virtual monopolio de todos los puestos de la economía que requieren un alto nivel de conocimientos, con la sola excepción de los puestos estatales. Los principales médicos, abogados, administradores, ingenieros, pilotos y otros profesionales de alto estándar pertenecen a este estatus. También la totalidad de

8 M. Figueroa, A. Chivé y E. Pérez, "Una aproximación a las clases medias a través de los estratos de ingresos" en *Bitácora Intercultural* (número 1), 2018.

9 F. Wanderley, *Crecimiento, empleo y bienestar social. ¿Por qué Bolivia es tan desigual?*, La Paz, CIDES, 2009.

las personas con puestos ejecutivos en las grandes empresas.[10] Y dado que estas grandes empresas, si bien solo emplean al 20% de la fuerza de trabajo, en cambio generan el 80% del PIB, se puede decir que, por mediación de los gerentes de estas compañías, la mayor parte de la riqueza nacional se halla en manos de blancos.

Desde esa increíble posición de poder, la élite tradicional domina en casi todos los órdenes sociales: la suya es una superioridad histórica. Su identidad es sinónimo de modernidad; la cultura nacional se considera, principalmente, un legado hispano y una creación castellano-parlante; ha logrado que el "buen gusto" estético e intelectual no sea más que su gusto interiorizado por la sociedad como el único valioso; ha impuesto ciertos hábitos y ceremonias sociales como la ritualidad deseable y aceptable del conjunto de los bolivianos (por ejemplo la sobrestimación y hasta la fetichización de la educación formal, el eurocentrismo estético y libidinal, etc.); ha dado mayor valor a ciertas maneras de comer y de beber alcohol, de bailar, de vestir y peinarse, de celebrar, enamorar, hablar, valorar los olores, etc.

Igualmente, la élite tradicional batalla por transformar sus intereses políticos en "intereses universales". Los manifestantes contra Morales se consideraban a sí mismos "bolivianos" y seres despojados de restricciones étnico-raciales; como ya hemos dicho, "no indígenas". Por eso su bandera era la nacional y se oponía a la *wiphala* indígena.

Su propuesta de organización del Estado es meritocrática. Si Aristóteles recomendaba el gobierno de los *mejores ciudadanos*, la élite boliviana quiere el gobierno de los ciudadanos

---

10 F. Molina, *Modos del privilegio. Alta burguesía y alta gerencia en la Bolivia contemporánea,* La Paz, CIS, 2019.

mejor educados. En vísperas de la crisis, uno de los intelectuales más llamativos del país, Diego Ayo, convocó a un "gobierno de los inteligentes" en contra de los "clanes familiares" del gobierno de Evo, "que no tienen mérito alguno".[11]

Sin duda, la falta de "meritocracia" y de "gobierno de los inteligentes" fue otro de los detonadores de esta curiosa revuelta de los de arriba.

La resaca del día después

En los barrios más acomodados de La Paz, la oposición a Evo Morales fue casi unánime. Las campanas de las iglesias llamaban a las concentraciones y marchas; cada noche, a las 21:00, hora elegida en alusión al 21F, el día en el que Morales perdió el referendo de la reelección, las calles se llenaban con el ruido del "cacerolazo" diario. El momento en que el alto mando militar "sugirió" la renuncia del presidente, el 10 de noviembre, cientos de automovilistas del sur de La Paz hicieron sonar sus bocinas en señal de júbilo. Cuando Evo finalmente renunció, horas después, la alegría se desbordó. Miles de familias se volcaron al paseo del Prado paceño, el espacio urbano en que se exteriorizan los festejos deportivos. Según escribió con euforia el multi premiado periodista Roberto Navia, los sentimientos de ese momento eran comparables con los de principios de 1994, cuando enormes multitudes celebraron la clasificación de Bolivia al mundial.[12] La gente paseaba envuelta en banderas bolivianas, las bocinas atronaban, los brindis –

11 En *Cabildeo*, febrero de 2019.
12 R. Navia *et al.*, ob. cit.

incluso con champán, según registró la prensa– se sucedían a veces entre desconocidos.

Pero la algarabía duró poco. Corrió el rumor de que una muchedumbre bajaría de El Alto a La Paz a tomar el Palacio de Gobierno; la amenaza bastó para que la fiesta acabará tan abruptamente como había comenzado y se cerraran todos los comercios, bancos y mercados de esta ciudad. Al anochecer comenzó el pánico. Las familias de clase media se encerraban en sus casas y, pegadas a la televisión, observaban asustadas los acontecimientos. «El león despertó", decían en las redes los simpatizantes del MAS en relación a las multitudes que protestaban con furia incontenible por la renuncia de Evo, y lo hacían de la peor manera: intentando vengarse de la Policía, acusada por Morales de complicidad en su caída debido a su amotinamiento. Al grito de "Ahora sí, guerra civil", miles de jóvenes de El Alto atacaron estaciones policiales, patrullas y a algunos policías, que salieron huyendo. Los domicilios de Waldo Albarracín, rector de la universidad pública y uno de los dirigentes de las protestas, y de Casimira Lema, una conocida periodista de televisión, ardieron. Además, fueron quemadas decenas de buses municipales y una fábrica.

Esa noche y las dos que le siguieron, muchos paceños y alteños se mantuvieron en vigilia en las calles, en apronte para enfrentar físicamente la amenaza indígena. Para ello, reunieron armas de fuego e instrumentos contundentes, crearon brigadas y organizaron sistemas de comunicación y maniobra de tipo paramilitar. También construyeron barricadas y otras obras de ingeniería defensiva. Hicieron vivacs y patrullajes. Se sabe incluso de un condominio cuyos habitantes, locos de terror, se aprovisionaron de agua hervida mezclada con ají para

escaldar a las "hordas" en el momento en que estas realizaran su imaginario asalto.

El 11 de noviembre, La Paz fue rodeada desde el sur por numerosas columnas de campesinos que iniciaron el "cerco" de la ciudad. Cientos de comunarios rodearon algunos de los barrios residenciales de esta zona de la urbe y, exhibiendo palos y haciendo explotar dinamitas, asustaron hasta la desesperación a sus habitantes, que clamaban en vano por la llegada de policías. Estos no podían acudir porque seguían desorganizados por su insubordinación de los días anteriores.

En uno de esos barrios fronterizos con el campo vivía el candidato Carlos Mesa, que ese día publicó un tuit pidiendo que la Policía evitara que su casa fuera atacada, mientras sus vecinos la protegían con los mismos métodos que ya hemos descrito.

La *wiphala*, la bandera indígena que Morales había convertido en la segunda del país, había sufrido represalias de los manifestantes antievistas, que la consideraban únicamente una bandera del MAS. Al mismo tiempo, ellos se habían embanderado con los colores nacionales como nunca antes se viera en un conflicto social. Cuando finalmente triunfaron, su festejo incluyó en algunos casos la quema de *wiphalas*. Por otra parte, los manifestantes pro-MAS enarbolaban exclusivamente la enseña indígena y la oponían a la bandera nacional izada por los pititas. Los comerciantes y vecinos que no querían ser víctimas de su ira también levantaban esta insignia como símbolo de paz. "Bolivia vive una especie de ´guerra civil de baja intensidad´ y, como es de uso, cada facción lleva su propia bandera", me dijo en ese momento el historiador Pablo Stefanoni.

En las redes, los asustados vecinos se desahogaban calificando a los manifestantes agresivos con toda clase de epítetos despreciativos y racistas; al mismo tiempo, hacían circular instrucciones para organizarse y "cadenas de oración". Por su parte, la gente en la calle no dejaba de amenazar de muerte a Mesa y a Luis Fernando Camacho, el presidente del Comité Cívico pro Santa Cruz y líder de las protestas contra Evo.

No era la primera vez que los criollos paceños se sentían atrapados por un "cerco" indígena. El antecedente más cercano había sido "octubre negro" de 2003, la insurrección que volteó al presidente neoliberal Gonzalo Sánchez de Lozada, dando inicio la ciclo *evista*. Tanto en 2003 como en 2019, las reuniones de los barrios acomodados adoptaban la forma de mítines, en los cuales destacaban los vecinos con cierta formación militar y más abiertamente racistas. Reinaba un general nerviosismo, tirando a paranoia, atizado por rumores, *fake news* e incluso titulares de una prensa manejada por asustados periodistas.

En el libro que ya hemos citado, Robert Brockmann reflexiona lo siguiente: "Aquellos que, desde el extranjero, juzgaron con una ceja levantada los aplausos con que fueron recibidos los militares [que salieron a las calles] la noche siguiente, una eternidad después, no han vivido el miedo. No saben lo que es el miedo. 'No le temas al hombre' dijo una vez Nietzsche, 'témele a la masa'. Tal cual."[13]

El miedo al acorralamiento y la matanza de blancos a manos de indios alzados pervive en la élite tradicional boliviana. Es "recordado" de los momentos del pasado que lo produjeron en sus ancestros. Con un poco de imaginación, este ejercicio puede remontarse hasta el cerco a La Paz por Túpac Katari.

13 *21 días de resistencia…*, ob. cit.

En mi casa, mis abuelos todavía hablaban en la sobremesa de la ocasión en la que los montoneras de Pablo Zárate Willka “se comieron” a los “chicos decentes” de dos batallones involucrados en la Guerra Federal de 1899. Mis abuelos no habían vivido este episodio, pero él estaba, por así decirlo, en su “memoria política”. De una manera menos amable, otro de mis abuelos recordaba con rabia la violencia que produjo la reforma agraria de 1953 en contra de los propietarios blancos de tierra (la reforma agraria no solo expropió a hacendados en beneficio de colonos, sino, al mismo tiempo, a blancos en favor de indígenas, produciendo en los ex terratenientes y sus hijos un resentimiento étnico-racial que se expresaría luego de múltiples maneras).

¿Era este miedo recordado solamente una evocación imaginaria o se correspondía con algo real? En algunos puntos específicos de la ciudad y para algunos personajes –por ejemplo, los políticos opositores– existió cierto peligro real, principalmente por la ausencia de la policía en las calles. Pero este se multiplicó por mil o por un millón en la imaginación de los grupos elitistas en estado de emergencia. Las personas que sufren este “terror de clase” padecen lo indecible por los espectros creados por su “memoria larga”. Algunas viven tan mal el trance que ulteriormente condenan a Bolivia como un “Estado fallido” y tratan de abandonar el país en la primera oportunidad.

Por otra parte, a lo largo de la historia, las masacres campesinas han tenido un fuerte apoyo social: el de los blancos que se percibieron a sí mismos en peligro inminente de muerte o bancarrota. Y esta vez no fue la excepción. Quienes aplaudieron a los militares porque por fin aseguraban la presencia del Estado en las calles, en el relato de Brockmann, lo hicieron

entonces y también más tarde, durante las masacres indígenas que ocurrieron pocos días después.

El 15 de noviembre, en Sacaba, una población cercana a Cochabamba, una columna de cocaleros que intentaba llegar a esta última ciudad fue detenida por fuerzas combinadas de la policía y el ejército. Murieron nueve campesinos y decenas fueron heridos de bala. El 19 de noviembre, las fuerzas conjuntas rompieron temporalmente el bloqueo de la planta de acopio de gas y gasolina de Senkata, situada en El Alto, a fin de llevar camiones cisterna con gasolina a la ciudad colindante, La Paz, que carecía de combustible. Diez de ellos murieron por disparos de armas de fuego. En respuesta, los manifestantes derribaron el muro exterior de la planta. Las autoridades del gobierno los acusaron de intentar destruir y volar las instalaciones. Según la presidenta interina que reemplazó a Morales, Jeanine Añez, "se puso en riesgo... la vida de más de 250.000 alteños. La tragedia habría alcanzado dimensiones devastadoras".[14]

En agosto de 2021, el Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (GIEI-Bolivia) "no encontró pruebas de que los manifestantes [en Sacaba] hicieran uso de armas de fuego o que amenazaran la vida de otros manifestantes, de los efectivos de la policía o de las Fuerzas Armadas presentes. No hubo informes de lesiones graves a ningún miembro de las fuerzas del orden". Y, sobre Senkata, el Grupo señaló que "las estructuras sensibles de la planta no fueron amenazadas por los actos vandálicos ni por las protestas. En la única ocurrencia de alguna gravedad, acaecida en el extremo sur de la planta –en el área de manejo de válvulas para reducción de la presión del

14 F. Molina, "El Gobierno de Bolivia anula el decreto que permitía a los militares reprimir las protestas" en *El País*, 29 de noviembre de 2019.

sistema de distribución de gas natural– el uso proporcionado de la fuerza se ha comprobado como suficiente para prevenir riesgos o daños concretos a los servicios". Por tanto, concluyó. "ocurrió una masacre en Senkata… Aunque las Fuerzas Armadas y la Policía no hayan admitido el uso de armas letales, las evidencias recabadas indican que los disparos con armas de fuego se originaron en sus tropas".[15]

Si no hubiera mediado el GIEI-Bolivia, se seguiría negando la existencia de estas masacres. En realidad, se lo sigue haciendo, aunque de manera lateral. Los principales medios de comunicación hablaron en 2019 de "fuego cruzado", "choques armados" y "ataques terroristas" y cuando publicaron el informe del GIEI-Bolivia, en 2021, no reconocieron que habían tapado los hechos con un discurso invisibilizador. La revuelta de las élites debía ser recordada como una "epopeya" contra un tirano y una dictadura, no como un momento de continuidad de una larga guerra contra el pueblo.

---

15 Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI-Bolivia), *Informe sobre los hechos de violencia y vulneración de los derechos humanos ocurridos entre el 1 de septiembre y el 31 de diciembre de 2019*, julio de 2021.

¿Golpe o (contra)revolución?[1]

El presidente boliviano Evo Morales fue derrocado. Para varios países, miles de observadores extranjeros y millones de bolivianos, fue obra de un golpe de Estado. Los motivos que tienen para pensar así son diversos, pero entre ellos sobresale la secuencia de los acontecimientos del 10 de noviembre. Poco antes de que Morales leyera su renuncia en la televisión estatal, compareció ante la prensa el alto mando militar, y su jefe, el general Williams Kaliman, "sugirió" al presidente que dimitiera. *Post hoc ergo propter hoc*: como un hecho sucede a otro, se supone que es causado por este. Esto no considera, entre otras muchas cosas, que también la Central Obrera Boliviana, dirigida por un dirigente cercano al oficialista Movimiento al Socialismo (MAS), el minero Juan Carlos Guarachi, pidió que Morales renunciara. ¿Por qué Guarachi, insospechable de ser "pro-imperialista", hizo algo así? Porque en la movilización contra Morales actuaron mineros de Potosí, una región que hasta 2015 fuera un bastión del MAS y luego se volcó en

1 Publicado en *Nueva Sociedad*, en noviembre de 2019.

contra de este, a causa de lo que sus dirigentes llamaron el "ninguneo" de la región.

Por otro lado, millones de bolivianos consideran que el proceso que derrocó a Morales fue una revolución libertadora contra un "dictador". Una idea que no considera cuestiones como las siguientes: ¿por qué esta "dictadura" no intentó echar mano de los militares para defender su poder?, ¿por qué no trató de acallar a los medios de comunicación en los que, durante los 18 días que duró la movilización, los dirigentes de los comités cívicos llamaron insistentemente a empujar al presidente fuera de su cargo? Etcétera.

La verdad no está en las interpretaciones ideológicas. Sin embargo, seguramente el debate doctrinal sobre los sucesos bolivianos –golpe o revolución libertadora– será tan interminable como irreconciliable. Este artículo, lejos de intentar cerrar la discusión, quiere abrirla, proporcionando nuevas perspectivas.

Veamos:

La primera causa de la caída de Morales fue un levantamiento masivo de los sectores urbanos y *clasemedieros* de la población, que paralizó todas las ciudades del país, con la excepción de La Paz y El Alto, y logró trabar el funcionamiento normal del país. Este levantamiento comenzó luego de que el Tribunal Electoral anunciara que el resultado de las elecciones del 20 de octubre había sido la victoria en primera vuelta de Morales (resultado que la auditoría de las elecciones de la Organización de Estados Americanos, solicitada por el gobierno boliviano, consideraría posteriormente un resultado ilegítimo). Sin embargo, las motivaciones de la gente para actuar iban más allá de la "indignación por el fraude". La clase media "tradicional" nunca aceptó del todo a Morales. Las razones eran varias: desde su condición de indio, que

siempre fue un factor importante de rechazo, hasta la preterición, en su gobierno, de los capitales educativos respecto de los simbólicos (ser dirigente social era más importante para obtener un puesto público que tener un doctorado), lo que perjudicaba sus aspiraciones.

Ahora bien, esta oposición más o menos constante de una clase a un gobierno que le quitó poder simbólico y político, se radicalizó y *amplió a las clases populares* por dos causas: a) la decepción general por la maniobra que Evo Morales ejecutó para poder reelegirse una vez más, pese a haber perdido el referendo de 2016, convocado para eliminar la prohibición constitucional que se lo impedía; b) las múltiples irregularidades y contradicciones del proceso electoral del 20 de octubre de 2019 y la ineptitud de sus conductores del Tribunal Electoral.

La complicada y trabada aplicación institucional del factor "a)" vació al Tribunal Electoral de capacidades técnicas y de credibilidad social. También generó, entre bolivianos de diversas clases sociales, la creencia de que el gobierno era capaz de toda clase de triquiñuelas (de aplicar la vernácula "viveza criolla") para permanecer en el poder. Por estas razones, no solo que la oposición ya estaba predispuesta a denunciar fraude antes de la misma realización de las elecciones, como denunció el MAS, sino que su denuncia *caló y pudo ser creída por amplísimas capas de la población*. La desconfianza de la gente respecto del gobierno fue determinante en la dinámica de radicalización de la protesta, pese a las concesiones realizadas por Evo, y también fue clave en la adhesión de ciertos sectores populares e indígenas a las demostraciones de las zonas del país y de las clases más cerradamente *antievistas*. ¿Y qué provocó esta desconfianza? No otra cosa que la actitud reeleccionista de Morales, que

chocaba con la cultura política boliviana, tradicionalmente favorable a la alternancia.

El factor básico de la caída de Morales fue la sublevación de las ciudades junto a algunos sectores de trabajadores. Pero el factor desencadenante fue el motín de la policía, que se debió a razones enraizadas en la gestión gubernamental (con Morales, la policía perdió privilegios y recibió menos beneficios que los militares). Sin embargo, al estar esta institución semi-militarizada, por fuerza su comportamiento tuvo que ser precedido por un proceso previo de descomposición de la disciplina, que ocurrió por la "presión social ambiente", como ocurre en todas las insurrecciones. El pueblo abruma a los uniformados con sus solicitudes y chantajes emocionales. Así lo retrataron clásicamente los grandes teóricos de la toma violenta del poder. Con una anticipación de más de un siglo, Lenin describió los sucesos de los últimos días y las últimas horas de Morales, cuando dijo que una situación revolucionaria se caracterizaba por que "los de arriba ya no pueden seguir mandando como lo hicieron hasta ese momento".[2] En efecto, el resorte último del poder, los cuerpos militares, inicialmente subordinados al gobierno, al cabo se independizaron de este y comenzaron a actuar de manera errática, contradictoria y, en suma, tan sediciosa como la de los manifestantes: la policía, de forma activa, al sumarse a estos; las Fuerzas Armadas, de manera pasiva, al negarse a defender al presidente, primero, y al pedirle su renuncia, después.

Huelga general, paralización de la vida urbana, organización espontánea de las masas a fin de administrar los servicios básicos y los medios de transporte, desarrollo embrionario de

2 Marta Harnecker, *La revolución social (Lenin y América Latina),* México, Siglo XXI Editores, 1986.

órganos coercitivos, toma de instituciones estatales, "poder dual" en amplias zonas del territorio, todos estos fenómenos, que forman un cuadro familiar para la izquierda porque fueron parte de insurrecciones espontáneas caras a su historia (por ejemplo, la de 1905 y la de febrero de 1917, en Rusia), también se dieron en Bolivia durante las más de tres semanas de duración de la crisis.

Ahora bien, "insurrección" solo es el nombre de una forma, la más extrema, de alteración del orden social, cuando este se resquebraja y cede a una presión incontenible proveniente desde abajo. El concepto no dice nada acerca de la naturaleza de este orden ni de la dirección de la fuerza ascendente que lo rompe.

Bolivia es un país de insurrecciones. René Zavaleta decía que era la Francia de Sudamérica, donde la política se daba en su aspecto *clásico*:[3] por medio de revoluciones y contrarrevoluciones. Hace 16 años, otra sublevación parecida a la actual, pero de signo contrario, derrocó al presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. En junio de 2005, otra insurrección terminó con el gobierno de Carlos Mesa.

¿Qué orden se venía abajo en aquellos tiempos? El orden democrático elitista neoliberal. ¿Cuál era el sentido de la fuerza ascendente que lo echó abajo? Progresista, democrático-comunitarista y anti-elitista. Al triunfar, esta fuerza consumó una revolución política (y no social, según la célebre diferenciación marxista)[4] de carácter anti-elitista, izquierdista, nacional-popular e indigenista. Por una serie de contingencias, esta pudo ser contenida por el marco democrático-liberal. Dadas sus características, esta revolución, en el plano geopolítico, impuso

3 R. Zavaleta, "La caída del MNR y la conjuración de noviembre" en *Obras completas 1. Ensayos 1957-1974*, Plural, La Paz, 2011.

4 Harnecker, ob. cit.

al norte (más indígena e indigenista) sobre el sureste del país (más blanco y conservador), es decir, a La Paz y El Alto sobre Santa Cruz de la Sierra-Sucre-Tarija.

Ahora bien, ¿cuál era el orden que cayó con Morales? El democrático, corporativo, reeleccionista y plurinacional. ¿Y cuál es el sentido de la fuerza ascendente que lo derribó? En ese momento no lo sabíamos todavía del todo, aunque ya existían algunos indicios; a saber:

- Era una fuerza liderada por representantes de las clases altas pero *populista*, capaz de dirigirse a la población en general, e interesada en influir sobre todas las capas sociales.
- Era una alianza entre dos sectores sociales: uno predominantemente blanco y urbano, con exiguos nexos con los sectores indígenas, y otro popular e indígena, sobre todo en Potosí.
- Era una fuerza que venía desde el sureste del país y lograba una adhesión precaria de La Paz, El Alto y Cochabamba, pero que aún no estaba consolidada en estas ciudades.
- Era una fuerza antagónica al modelo económico y político de Evo Morales. Por tanto, anti-estatista (¿hasta qué punto?) y opuesta (¿hasta donde?) al Estado Plurinacional o Estado con derechos especiales para los indígenas. En este sentido, es importante lo que pasó con la bandera indígena o *wiphala*. Durante toda la movilización fue signo del MAS y quien la portaba se delataba como simpatizante del MAS y como enemigo. Pero luego de la renuncia de Evo, y ante la violenta reacción de ciertos grupos indígenas a la caída de Morales y, sobre todo, a la quema y la falta

de respeto a la *wiphala* que se dio en la revuelta, los líderes de esta no se hicieron problema para incorporar esta divisa a su repertorio de agitación política.

- Era una fuerza conservadora, que buscaba "regresar al Señor y la Biblia al Palacio", que aglutinaba seguidores y que representaba su movilización –en el sentido teatral de "representar"– con un ceremonial católico.
- Era una fuerza que se alineaba bajo el signo de la democracia liberal anti-corporativa, que en ese momento no sabíamos si podría desplegarse en un marco democrático y si lograría o no formar un gobierno plenamente legítimo.

En suma, podemos decir que el triunfo de esta fuerza por medio de una insurrección era simétrico, pero inverso, al triunfo insurreccional del ciclo nacional-popular (2006-2019). La historia boliviana oscila pendularmente: un cambio de elites –una revolución política– se despliega y prepara las condiciones para otro cambio de élites –otra revolución política–, que entonces funciona respecto a la primera como una *contrarrevolución*.

Se trataba, insisto, del ya muchas veces observado movimiento de péndulo de la historia boliviana, que va del proyecto de las élites al proyecto contra-elitario, y viceversa. Se trataba, para decirlo con otra figura, del "ciclo nacionalismo-privatismo-nacionalismo". O, para usar términos famosos en el debate boliviano, se trataba del "empate catastrófico" entre dos bloques sociales, dos tipos de élites, dos áreas geográficas, dos visiones del país que los dirigentes bolivianos, empeñados en juegos ganar-ganar, no habían sido capaces de conciliar y reconciliar.

Morales logró la hegemonía política entre 2009 y 2014, pero no pudo conservarla porque no supo hacer la concesión clave a la otra parcialidad: sacrificar su reelección, lo que le hubiera permitido institucionalizar el poder del Movimiento al Socialismo. Por su parte, las fuerzas ascendentes del momento tuvieron la oportunidad de pactar con Morales una salida más ordenada de su gobierno, cuando, hacia el final, este pidió una reunión para definir qué hacer con la crisis. Pero prefirieron no pactar y quitarle todo el oxígeno al presidente, porque se engolosinaron con la posibilidad de una victoria "final" sobre su gran rival de tantos años. El resultado fue una victoria para ellas, pero una derrota dura para las fuerzas contrarias, y por tanto una situación inestable y potencialmente explosiva, como se pudo ver en los primeros días del nuevo poder.

La falta de un sistema de pactos que permita tramitar la "grieta" entre las élites plebeyas y las élites antiguas o tradicionales, tal es la razón por la que el país no logra un "consenso nacional" y se precipita en un círculo vicioso de revoluciones y contrarrevoluciones.

Golpe de Estado, revolución y contrarrevolución son tres formas de ruptura del flujo democrático; pueden dar lugar, como en 2003-2005, a procesos políticos que luego se reinserten en tal flujo, cumpliendo un requisito urgente en los tiempos que corren, y a procesos que no lo logren, una falencia que, en estos mismos tiempos, conduce al fracaso en el plano internacional. Cada una de estas categorías tiene implicaciones preceptivas o de "deber ser". Se supone que "no se debe" ser golpe de Estado, que se "debe" ser revolución, etc. De ahí que estos conceptos politológicos, estos artefactos teóricos, se conviertan en instrumentos de la batalla política. Más allá de esta instrumentalización, nosotros podemos recuperar el

sentido “verdadero” del léxico. Descartaremos, entonces, el concepto de “golpe de Estado”, entendido en su sentido de *putch*, “blanquismo” o conspiración externa al proceso político concreto y, por tanto, un producto exclusivo de la voluntad ajena, concepto que absuelve al gobierno de Morales de todo error y que minimiza su desgaste de 14 años en el poder. Nos quedamos, más bien, con este *péndulo revolución-contrarrevolución*, como expresión de la fractura social que divide a la sociedad boliviana.

Analogías históricas[1]

Octubre (2019) y Abril (1952)

Ciertas configuraciones de hechos constituyen *formas históricas* que se reiteran a lo largo del tiempo. Son *tropos*, combinaciones que hablan de algo más que de sí mismas. Por ejemplo, las acciones de mineros, choferes y campesinos en contra de los bloqueos de la clase media urbana durante la segunda "crisis de octubre" de 2019 —que tuvo simetría inversa con la de 2003— evocaban las de las milicias obreras y campesinas del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que estuvieron activas entre 1952 y 1964, y que también cumplieron, aunque de una forma más sistemática, las funciones represivas convencionalmente reservadas a la policía y al ejército.

1 Los dos artículos agrupados dentro del presente capítulo se publicaron en 1 de noviembre y el 9 de diciembre de 2019 en el periódico de Internet *Brújula Digital*. Nótese que el primero apareció (con otro título que aquí) antes de la caída de Morales, simultáneamente a las protestas en contra suyo.

Una analogía más profunda la proporciona el enfrentamiento del MNR, formado por una combinación de trabajadores, campesinos y clase media *emergente* –en distintas dosis, la misma composición del Movimiento al Socialismo (MAS)–, con la clase media *tradicional*: empleados y burócratas acomodados, y profesionales liberales.[2] Una clase arrinconada, apaleada, menospreciada y, en suma, vencida durante los primeros cuatro años de la Revolución de Abril.

El MNR intentó superar esta oposición, pero lo que finalmente hizo fue contenerla dentro de él mismo, en dos etapas: primero, se puso del lado de los sectores populares y, luego, se alió a la clase media semi-señorial y la convirtió de nuevo en parte de las clases dominantes. 1956, año del pacto Paz-Siles-Guevara con EEUU y en contra de Lechín, constituyó el momento de inflexión entre ambas etapas emenerristas. Pese al giro hacia la derecha que dio de 1956 en adelante, y de la paralela derrota de su ala izquierda (obrero-campesina), el MNR nunca pudo librarse completamente del encono de la clase media tradicional, algo que probablemente también ocurrirá con el MAS después de la experiencia de octubre.[3] Dicho odio, que era cerril porque se trataba, justamente, de un odio de clase, explicó la resistencia urbana al continuismo reeleccionista de Víctor Paz, en 1964, y alimentó el apoyo entusiasta al golpista René Barrientos, al menos durante un tiempo, antes de que la clase media se radicalizara hacia la izquierda, en 1969-1970. Para formar, eso sí, una izquierda que, por lo menos hasta 1977, se preciaba de ser anti-movimientista más que de ninguna otra cosa. Lo mismo pasó con la derecha, que primero fue falangista, capaz de inmolarse si eso

2 En *La revolución inconclusa*, James Malloy la llamó, con más propiedad, “sub élite”.
3 Recordemos que este artículo se publicó antes del derrocamiento de Evo Morales.

le permitía dañar al MNR, luego barrientista y, desde 1971, banzerista, siendo el banzerismo contrario al MNR hasta su desaparición… Analogías…

Tenemos, entonces, de un lado, la irrupción miliciana, caudillista y autoritaria de ciertas clases sociales en la política nacional. Y, del otro, la reacción frente a las alteraciones al orden introducidas por esta oleada *barbárica*.

Ahora bien, la analogía puede perder su potencia: lo que pasa una vez como tragedia se repite después como farsa. Los movimientos sociales convertidos en grupos de choque de hoy carecen del aura romántica y emancipadora que adornaba a las milicias del MNR, "semillas de un nuevo poder revolucionario", elementos constitutivos del "poder dual" de la COB, ejército paralelo que, si todo lo otro fuera exagerado, contaban al menos con el mérito y el orgullo de haber vencido al Ejército rosquero con sus propias manos, prácticamente desnudas, en las jornadas de Abril. Tampoco el MAS, pese a todas sus similitudes, es el MNR, pues este no solo nacionalizó la industria extractiva, como él, sino que, además, fue responsable de la reforma agraria, impuso el voto universal, "inventó" Santa Cruz, etc.

Claro que también tendemos a mitificar los hechos relacionados con 1952. Cierta historiografía vulgar, fuertemente nacionalista, ha tenido este efecto sobre nuestras reminiscencias de la Revolución Nacional. Complementariamente, hace mucho que dejamos de leer a los intelectuales que criticaron la violencia y el autoritarismo del MNR (por cierto, uno de ellos fue Julio Alvarado, antecesor del dirigente del Consejo Nacional de Defensa de la Democracia del mismo nombre… Analogías…).

La clase media tradicional se enfrentó a la Revolución en defensa del viejo orden, pero luego se fue adaptando, trabajosamente, al nuevo estado de cosas, infiltrándose en el proceso revolucionario y obligando al MNR a cambiar también. Pese a ello, las milicias, las "barzolas", el "control político", estos y otros mecanismos de represión "revolucionaria", que actuaban en paralelo agonista con la institucionalidad legal y democrática, marcaron a sangre y fuego el imaginario de los sectores más acomodados de la sociedad. Y esas marcas no se borraron fácilmente. Por esta razón, las clases dominantes y blancas que vieron al MNR revolucionario en acción, una vez liberadas de la hegemonía de este, buscaron una dirección alternativa: barrientismo, primero, y banzerismo, después; incluso gonismo, si lo consideramos un rebrote *rosquero* (semi-señorial) dentro del partido de la Revolución Nacional.

Recuerdo que una vez casi le provoqué un soponcio a mi abuelo cuando le pregunté, justo antes de las elecciones de 1985, si iba a votar por Víctor Paz, sin recordar que este había expropiado los bienes de su familia. No, me dijo, él iba a votar por Banzer. Solo los "cholos" votaban por el "Mono"…

Milicias, barzolas, el "control político", la reelección de Paz, las libras esterlinas. Tales eran los tópicos del desprecio de la clase media tradicional por el MNR. La violencia de este cálido octubre de 2019, el corte de la TREP,[4] los incendios de la Chiquitania, el Fondo Indígena, el caso Zapata, la reelección irrestricta, tales serán, probablemente, los tópicos del desprecio de la clase media tradicional por el MAS. ¿Cuántos

4 Transmisión de Resultados Electorales Preliminares, el servicio cuya detención en la noche de las elecciones dio pábulo a la percepción de que se había producido un fraude.

lustros o décadas durará este desprecio? No lo sabemos, pero se prolongará durante mucho tiempo.

El MNR terminó siendo, plenamente, un partido de las élites. Para ello tuvieron que morir o envejecer todos aquellos que lo conocieron en su faceta revolucionaria. También tuvieron que madurar las generaciones beneficiadas por la Revolución, que tomaron lo hecho por esta y lo pusieron en el ápice de la valoración histórica nacional, creando el nuevo sentido común del país, en un proceso que, además, fue estimulado por el diversificado trabajo cultural de los intelectuales y artistas nacionalistas, una pléyade de lumbreras.

El destino del MAS es impredecible, pero no cabe duda de que, a partir de esta crisis, tendrá que seguir su andadura llevando el peso de esta carga: *estigmatizado como enemigo mortal de la clase media tradicional.*

El enfrentamiento entre la gente de las ciudades y los sectores emergentes del campo y de las minas encarna una forma de la lucha social en Bolivia, que no hemos superado y que se reitera. Esta antinomia expresa en clave moderna –es el tropo de– la congénita guerra de blancos contra indios. (Muchas veces, en estos días, se dice "*masista*" con el significado de "indio" y "ciudadano", con el de "q'ara").

La grandeza del MNR reside en que estableció las nuevas condiciones, más progresivas y civilizadas, de esta lucha; su fracaso, en que no pudo resolverla del todo, que se limitó a oscilar de un extremo a otro de la polaridad que debía reconducir y reconciliar.

No es seguro, en cambio, que el MAS pretendiera resolverla. A momentos pareció que sí, en torno a la elección de 2014, la exitosa e incluso, podríamos decir, *gozosa* tercera reelección de Morales, pero no perseveró en ello e, igual que

el MNR de 1964, nunca estuvo dispuesto a hacer a la clase media la concesión clave: desistir de la reelección de Evo. (¿Por qué la clase media tradicional ha sido paladina de la alternancia, en 2019 y en 1964? ¿Se debe esto a una inclinación consustancial suya por los valores democrático liberales? No obstante, si en 2019 hubiese estallado un golpe militar en contra del gobierno, ¿no lo hubiera apoyado esta clase? El lector no debe responder apresuradamente a esta pregunta. En 1964, luego de reclamar airadamente contra la reelección de Paz, ¿no se sumó la clase media, entusiasta, al golpe de Estado de Barrientos? Y pensemos en lo siguiente: Luego del golpe, el dictador se "legitimó" por medio de unas elecciones, en las que participó junto a un partido de clase media, el Social Demócrata de Adolfo Siles Salinas. Muchos años después, a este prohombre, compañero del golpista, se lo recordaría, dentro de su clase, como un "demócrata").

Una pregunta quedaba entonces: cómo evolucionaría el MAS respecto a la clase media tradicional en el futuro. Parecía bastante difícil, por su raigambre social, que imitara la trayectoria del MNR, esto es, que pasara de continente de los sectores populares indígenas a instrumento estratégico de las élites blancas del país. ¿Quedaría entonces, congelado, como el *enemigo histórico* de la clase media? Y… ¿podría sobrevivir así caracterizado?[5]

Otra pregunta era si el MAS seguiría representando monopólicamente a las clases populares y, por tanto, seguiría siendo predominante en la correlación general de fuerzas. El MNR contaba con los campesinos, pero, a partir de 1964, estos se fueron pasando al bloque barrientista. Cierto que el MAS

5 Estas preguntas siguen vigentes.

tiene una fuerte raigambre campesina y popular, pero ningún monopolio está garantizado para siempre, como comenzábamos a ver en la crisis de 2019. Quizá el caso de Potosí, en donde fuertes sectores populares se alineaban con la oposición, estaba mostrando un fenómeno en desarrollo.

Partido miliciano, política *barbárica*, derecho de clase, clivaje indios-q'aras, reelección-alternancia, Revolución Nacional y contrarrevolución señorial, estos son algunos de los temas y los conceptos que tendría que manejar un posible análisis *fuerte* de la crisis de octubre. Análisis que debería esperar, claro está, a su desenlace.

La caída del MNR y la caída del MAS

La historia no se repite, pero muestra regularidades. En ella actúan fuerzas sociales con propensiones más o menos estables, al menos dentro de periodos no demasiado largos.

Desde hace más de una década insistí, junto con Pablo Stefanoni, en las similitudes que existían entre el periodo de ascenso nacional-popular que llamamos Revolución Nacional y el "proceso de cambio". Una misma orientación económica, una misma ideología nacionalista y estatista y una misma condición de contra-élite política, situada en las antípodas de la élite tradicional formada por las clases y etnias bolivianas dominantes, producen, además, un gran parecido entre el MAS y el MNR.

También existe una fundamental simetría entre los procesos de derrumbe de ambos partidos y ambos ciclos políticos. Como se sabe, el MNR cayó en noviembre de 1964, echado del poder por el golpe de Estado de los generales René Barrientos

y Alfredo Ovando. Sin embargo, este no fue un mero cuartelazo, sino que contó con un significativo apoyo popular. René Zavaleta escribió en su clásico "La caída del MNR y la conjuración de noviembre"[6] que la noticia de que los mineros se movilizaban contra el gobierno fue la que "trabajó" el ánimo de Víctor Paz Estenssoro y lo convenció de que debía renunciar. Aunque esta noticia se reveló finalmente falsa, lo importante fue que podía haber sido verdadera. Un indicador de cuán bajo había caído la Revolución; igual que el "proceso de cambio", terminó siendo acorralado por la presión de, incluso, ciertos grupos de origen popular y proletarios.

Las causas del malestar general contra Paz eran dos: el cansancio acumulado por más de una década de gobierno emenerrista y su forzada segunda reelección unos meses antes. Idénticas causas a las del malestar contra Evo Morales en los últimos años: cansancio más rechazo a la reelección, causas que, en el tramo final de su gobierno, fueron galvanizadas por la percepción popular de fraude en las elecciones del 20 de octubre.

Los sujetos que lucharon contra el gobierno revolucionario provinieron, en 1964 y en 2019, de la derecha (Falange y comités cívicos, respectivamente) y de la izquierda (Lechín y los partidos marxistas, antes, y trotskistas y ecologistas, después), y fueron sujetos principalmente urbanos y orientados en contra del campo y de sus habitantes. (¿Qué unificó a estos grupos tan disímiles sino este anti-campesinismo, en su aspecto de anti-autoritarismo –ya que las formas políticas campesinas siempre son fuertemente autoritarias–?).

6 En *Obras completas 1,* ob. cit.

Luego de la "revolución libertadora", los intelectuales y académicos justificaron a Barrientos, igual que ahora cantan loas a la "revolución contra la dictadura de Morales", y muy pocos se atrevieron a proferir una queja por la represión en contra de los militantes del MNR que resistieron el golpe en el cerro Laikakota y en contra de los seguidores del MAS que cayeron en Sacaba y Senkata.

Durante unos meses, los bolivianos progresistas creyeron que el nuevo gobierno barrientista sería una continuación de la Revolución, pero sin el autoritarismo y el caudillismo, a esa altura insufribles, de Paz Estenssoro. El primero en engañarse al respecto, con un error que le costó la presidencia, fue Ovando... Luego de la huida de Paz del país, recibió a la gente que se congregaba en la plaza Murillo con un discurso continuista y haciendo con los dedos la V de la victoria, por lo que terminó siendo abucheado. Como dice Zavaleta, él esperaba a las masas movimientistas, pero las que se presentaron fueron las masas falangistas. De la misma manera, después de la caída de Evo Morales, y gracias al tratamiento de shock que representaron los días de vacío de poder y de ataques de los *masistas* paceños a sus líderes y a la Policía –lo que revivió el arcaico mito del "asedio indio"–, las masas democráticas se convirtieron en masas falangistas (y con ellas tuvo que lidiar una debilitada democracia remanente).

Otro elemento en común, más casual que los otros, fue que, en ambos casos, los campesinos no pudieran movilizarse plenamente a favor de sus "líderes históricos", a los que seguían respetando y, parcialmente, amando, por culpa de la celebración –estruendosa en el campo– de la fiesta de Todos Santos. Lo que sin embargo no es casual es que el último reducto de ambos procesos terminó siendo el campo (y la única ciudad

que sigue en contacto con este, El Alto), esto es, el espacio en el que los indígenas viven sin sufrir, en exceso, el desclasamiento.

¿A qué se deben estas analogías? Son los surcos simétricos que marca el movimiento pendular de la historia nacional, determinado desde el siglo XIX por el enfrentamiento sin cuartel entre una élite "decente", como se llamaba antes, conformada por los estratos superiores y privilegiados de la sociedad, y una contra-élite "chola", basta y arribista. Un viejo enfrentamiento en el que los unos son más republicanos en política y más liberales en economía, más utopistas, y los otros más enraizados en las tradiciones nacionales, más conservadores y estatistas. Cada bando saca oportunidades y ventajas de estos principios y se resiste a compartir su triunfo con el "enemigo", por lo que prepara las condiciones para que, años después, el péndulo vuelva a moverse en sentido contrario. Un enfrentamiento secular en el que, como es de esperarse en un país como Bolivia, la ubicación de los bandos respecto al concepto de lo "indio" ocupa un papel preponderante.

Cuando se fue del país, en noviembre de 1964, Paz prometió volver en breve. Pudo retornar, en efecto, pero no consiguió volver a llegar al poder sino 20 años después, cuando ya se había convertido en un dirigente completamente distinto al que había sido antes (aunque cogobernó brevemente con Hugo Banzer a partir de 1971). La historia de Evo todavía está por verse y parece que será distinta. A diferencia de Paz, Morales no solo era el líder de los indios, sino que también era, para la sociedad boliviana, el indio por antonomasia.

Bolivia, país de insurrecciones[1]

Nadie hubiera podido creerlo unos meses antes de que sucediera. Una sublevación popular en contra del presidente Evo Morales no estaba en los cálculos de ninguno, pese a la fama de levantiscos que tenemos los bolivianos. Nuestro sociólogo más reputado, René Zavaleta, decía que Bolivia era la Francia de Sudamérica, porque aquí la política se daba en su sentido clásico,[2] es decir, como revolución y contrarrevolución. Pero meses atrás estábamos viviendo un largo periodo que parecía haber hecho perder vigencia al pensamiento de Zavaleta, pese a que este fuera, durante el mismo, la ideología semioficial del Estado. Estábamos al final de una década de plena estabilidad, que había comenzado en 2008, cuando el presidente Evo Morales había resuelto su pulso con las viejas élites neoliberales y regionalistas que se habían opuesto a su asunción al poder, y empezaba su ciclo hegemónico. Una década de crecimiento económico, de confianza del público en su porvenir, de aprobación mayoritaria de la gestión gubernamental, que canalizó

---

1 Se publicó el 10 de noviembre de 2019, el día de la caída de Evo Morales, en *Brújula Digital*.

2 "La caída del MNR y la conjuración de noviembre", en *Obras completas* 1, ob. cit.

al mercado interno grandes inversiones financiadas con los ingresos extraordinarios del país en un tiempo de altos precios de sus exportaciones, y que mejoró el bienestar social.

Tal vez podía señalarse, y en efecto así se hizo, que Morales iba perdiendo la hegemonía de la que había gozado, que su deseo de seguir gobernando, al romper un acuerdo tácito de la tradición política nacional (la "no reelección"), lo había hecho antipático para la clase media tradicional, es decir, la clase que, coincidentemente, había que contar como la principal perdedora del proceso político que dirigía el primer presidente indígena del país. Pero registrar el antagonismo entre el "gobierno de los movimientos sociales" y la clase media tradicional, que es blanca, educada y urbana, era una cosa, y otra adivinar que esta llegaría a insubordinarse de la manera en que lo hizo en octubre y noviembre de 2019, arrastrando en su protesta a varios sectores populares, arrinconando al oficialismo en sus diferentes sectores, no solo ejecutivos sino también políticos, poniendo sobre la mesa la cuestión del poder (es decir, justamente, haciendo *política* en su sentido clásico).

Nadie pronunció este último presagio. Igual que los pánicos financieros, las insurrecciones no resultan fáciles de prever…

El motivo inicial de la acción popular fue el supuesto fraude cometido por el Tribunal Electoral a favor de Morales, a fin de evitarle a este una segunda vuelta contra el candidato opositor Carlos Mesa; pronto, los objetivos del movimiento trascendieron la cuestión electoral en sí misma y se extendieron a un asunto álgido: la renuncia del presidente, la caída del gobierno. De ser específicos e institucionales, se convirtieron en políticos, dándole a toda la movilización un carácter sedicioso o "revolucionario".

En la historia boliviana, el extremar de esta manera las luchas sociales más importantes no es una excepción, sino una tendencia. El propio gobierno de Morales fue el resultado de dos procesos parecidos, la insurrección de octubre 2003, que derrocó al presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, y la insurrección de junio de 2005, que derrocó al presidente Carlos Mesa. Ambas crearon las condiciones para que Morales, asumiendo la representación del "cambio" respecto de los presidentes caídos, que eran los últimos representantes del periodo neoliberal, iniciara un nuevo ciclo político. Fueron, eso sí, insurrecciones de un contenido social exactamente opuesto al que tuvo la de 2019: fueron rebeliones de los indígenas y los sectores populares en contra de las élites de entonces –blancas o que se consideraban y eran consideradas como tales–, las cuales, en 2019, parecían estar a punto de recuperar su vieja posición social.

También son simétricas las actitudes de los gobiernos de Sánchez de Lozada y Mesa, y de Evo Morales, frente a los levantamientos que los afectaron: no reconocerlos como expresiones auténticas del sentir popular, que buscaba defenestrarlos, y en cambio considerarlos "golpes de Estado" o el resultado de conspiraciones de fuerzas oscuras y clandestinas. En cambio, las respuestas prácticas fueron distintas: la de los presidentes neoliberales, recurrir al Ejército. La de Evo Morales, acudir a los movimientos sociales. (¿Serían estos más eficientes en su tarea defensiva que los uniformados en el pasado? No se sabía, pero, para los propósitos de estas líneas, interesa que la insurrección exista, no si llega a triunfar o no...).

¿Por qué esta necesidad/posibilidad de insurreccionarse en contra de un gobierno, como única vía de transición entre un ciclo que muere y otro que comienza a existir? ¿Sobre qué bases

se sostiene esta conflictividad recurrente, que no sustituye los mecanismos electorales, pero tampoco los deja actuar solos?

Una de las razones es la existencia, en Bolivia, de unas muy activas "minorías eficientes", es decir, de grupos corporativos de larga trayectoria y una amplia extensión social, que, actuando en las calles, pueden llegar a adquirir una enorme agencia política. Cierto que los más importantes a lo largo de la historia han sido los grupos corporativos populares y de izquierda, pero las "jornadas" de noviembre (jornadas, como se llama a los días en los que "cambia la historia" por la irrupción vigorosa de las masas) demostraron que la clase media también podía expresarse en los códigos del lenguaje corporativo, organizándose detrás de los "comités cívicos", instituciones del pasado, generalmente derechistas, que ya estaban muy debilitadas y desdibujadas, pero que se transformaron y agrandaron al convertirse en portadores de la furia y la acción *clasemediera*.

Una segunda razón del *insurreccionalismo* es el caudillismo, esto es, la ausencia de instituciones políticas consolidadas. Normalmente estas son sustituidas por redes de relaciones interpersonales tejidas en torno a personalidades carismáticas. Entonces, si el caudillo llega a perder el poder, todo se pierde con él; al mismo tiempo, a nadie le interesa precautelar las posibilidades del movimiento político, por encima y más allá de los dirigentes de turno. No existe más que una lógica inmediatista, de "suma cero": o todo se gana o se pierde todo, pero nunca se busca acumular victorias y derrotas parciales con la vista puesta en el futuro. Los caudillos razonan así: "Después de mí, el diluvio". Y entonces no pueden marcharse más que por la fuerza. A la vez, la revolución implica la sustitución de un caudillo por otro, y entonces, como dice el historiador

Pablo Stefanoni, no produce cambios serios en el Estado ni ampliaciones serias de la democracia, sino que es estrechamente *política*: se limita a cambiar unas élites por otras.

Una tercera razón por la que no se dan transiciones suaves en Bolivia es la necesidad de cada etapa de anular la anterior y "refundar el país". Una necesidad que responde a dos lógicas, una ideológica y otra material o práctica. Por un lado, solo la idea de una "refundación" permite cohesionar las fuerzas que requieren las salidas insurreccionales y anular la influencia social y política del caudillo precedente, del caudillo *caído*. Por otro lado, una "refundación", y la "destrucción creativa" de instituciones estatales y políticas que le es consustancial, permiten una movilización de promesas y prebendas con la dimensión que los nuevos ganadores requieren para "ocupar" (aprovechar) verdaderamente el poder.

Así se produce un fenómeno paradójico. La existencia de una "refundación" tras otra, sin que ninguna de ellas sea en sí misma otra cosa que centrista y gradualista (por lo ya anotado por Stefanoni), imposibilita en cambio el surgimiento de una corriente que se caracterice por una actitud centrista y gradualista.

Finalmente, el *revolucionarismo* boliviano, y la sucesión de etapas, unas antagónicas a las otras, que se suceden a lo largo de la historia con un movimiento de péndulo, se origina en la obsesión de una sociedad pobre y con pocas vías de movilidad social por la política, como principal medio de ascenso personal, medio de enclasamiento en segmentos de clase más altos y única forma de *hacer interesante la vida*, de encontrar la gloria y el reconocimiento general. No es casual que tantos bolivianos notables por su apellido, su fortuna o sus logros fuera de la política los arriesguen para obtener un

puesto preminente como conductores de sus conciudadanos, pagando por ello el precio del exilio, la necesidad de huir e incluso la muerte. Y no estoy hablando de un pasado remoto…

Si en Bolivia la política es, a la manera griega, la principal preocupación colectiva, a menudo se convierte, como entre los griegos, en *guerra*. Fue Clausewitz quien hizo la célebre definición de la política como la guerra por otros medios. Una definición que corresponde con un país, lo hemos dicho, que es políticamente *clásico*. Esta guerra política comenzó hace mucho tiempo, se fundó en las características disociadoras de nuestro nacimiento como república independiente, las cuales asignaron a los blancos, descendientes de españoles, la condición de "señores", y a los indios y cholos la condición de "subalternos", despojados de ciudadanía y necesitados de reconocimiento. Ambas parcialidades se han ido fundiendo en una nación común, pero no del todo ensamblada ni solidificada; una nación dominada por sus traumas, aunque no sea del todo consciente de ellos ni de que se traducen en su crónico enfrentamiento interno.

Como es lógico, las revoluciones populares y las señoriales intentan conjurar estos traumas, pero muchas veces solo contribuyen a profundizarlos.

La formación de un nuevo bloque de poder[1]

La situación boliviana actual solo puede comprenderse si se toma en cuenta la siguiente noción, de ecos zavaletianos, del sociólogo Fernando Calderón: “En Bolivia el Estado es muy débil y la sociedad, muy fuerte”.[2] Esto explica tanto las peculiaridades de la caída del presidente Evo Morales como los sucesos de los dos primeros meses de la transición que esta inició.

“El Estado boliviano es débil” significa que sus instituciones no poseen un cuerpo propio y son fácilmente instrumentadas por los grupos de presión y las fuerzas políticas. Significa, también, que las normas no se dictan ni se cumplen por medio de procedimientos regulados y abstractos, sino de forma subjetiva y de acuerdo a la correlación de fuerzas coyuntural.

De lo dicho se infiere el significado de la sentencia opuesta. “La sociedad boliviana es fuerte” porque a menudo se impone al Estado y lo usa para sus propósitos.

Coincidentemente, Bolivia es el segundo país con más linchamientos, solo después de Guatemala. En un lincha-

1 Publicado en *Nueva Sociedad*, enero de 2020.
2 Comunicación personal con el autor.

miento, la sociedad prescinde del Estado o inhibe la acción de este con el fin de ejecutar, por cuenta propia, su propia concepción de la justicia.

Esta concepción es primitiva, pues se funda en un principio moralista, aplica la Ley del Talión y se desencadena a causa del miedo a una amenaza externa. Las víctimas de los linchamientos suelen ser forasteros, gente que los linchadores encuentran sospechosa porque no pertenece al mismo grupo que ellos. Así pueden convertirse más fácilmente en el *símbolo del mal*, cuya destrucción redima al cuerpo social.[3]

La estólida creencia de los linchadores en su propia superioridad moral bloquea su capacidad de comprender y empatizar con los seres humanos que sufren y se quejan por sus tormentos. Cuando este bloqueo se activa, los excesos más terribles son alentados por la muchedumbre; se aplaude y protege a los crueles, y se sospecha o escarnece a los tibios y a los renuentes.

Las clases medias bolivianas consideraban los linchamientos prácticas salvajes, propias de indígenas, con las que ellas nada tenían que ver. Sin embargo, su conducta en 2019-2020 respecto a los jerarcas del gobierno de Morales y los dirigentes y militantes del Movimiento al Socialismo (MAS) puede describirse como un "*linchamiento" por etapas o progresivo*.

Este comenzó antes de la caída del presidente izquierdista, cuando los recién formados "grupos de choque" en contra suyo, que se llaman a sí mismos "la resistencia", comenzaron a buscar y agredir a *masistas* en las principales ciudades del país. Estos grupos se habían radicalizado a causa del asesinato a bala, por parte de miembros del MAS, de dos manifestantes en Montero, el 29 de octubre pasado. El 7 de noviembre,

3 R. Giarard, La ruta antigua de los hombres perfectos, Barcelona, Anagrama, 2002.

"la resistencia" secuestró por algunas horas a la alcaldesa de Vinto (Cochabamba), Patricia Arce, y la sometió a escarnio (como invariablemente ocurre en todos los linchamientos). Si la alcaldesa Arce no perdió la vida fue porque por un equipo de televisión grabó a sus captores. En los días siguientes, con el fin de presionar a los funcionarios evistas para que renunciaran y la crisis se profundizara, grupos de civiles quemaron, en Potosí, la casa de la madre del ministro de Minería, César Navarro y secuestraron a su sobrino; también capturaron, en la misma ciudad, al hermano de Víctor Borda, presidente de la Cámara de Diputados. En Oruro, fueron atacadas las casas de la hermana de Evo Morales y del gobernador de esta región, Víctor Hugo Vásquez.

Estos hechos fueron acompañados por el "linchamiento" simbólico de los *masistas* en las redes sociales, dominadas por los sectores más acomodados de la población. Los ataques que ya existían contra los usuarios digitales de izquierda, ligados al gobierno o simplemente críticos del sesgo anti-institucionalista y racista que iba adquiriendo la lucha contra la "dictadura" del MAS, se tornaron simplemente frenéticos. Las redes se inundaron de mensajes de odio, delaciones, falsas acusaciones e información creada a posta para aterrorizar a los navegantes y azuzarlos en contra del *masismo*.

Luego de la renuncia de Morales la tarde del 10 de noviembre, sus seguidores se manifestaron violentamente en El Alto y La Paz y quemaron una fábrica, una estación de buses, varios edificios policiales y las casas del rector de la universidad paceña, Waldo Albarracín, y de la periodista Casimira Lema. Estos excesos no fueron combatidos por la Policía, que entonces continuaba desorganizada por el motín que se había declarado en sus filas los días anteriores. Tampoco actuó el ejército, que,

por razones no esclarecidas, prefirió esperar en sus cuarteles hasta el 11 de noviembre por la noche.

La indefensión de los barrios de La Paz durante estas 36 horas, en especial de los barrios que colindaban con la periferia campesina, algunos de ellos muy ricos, reinstaló en la mentalidad de muchas familias el atávico "miedo al ataque indio", efecto irracional de una larga historia de racismo y conflictos étnicos. Numerosos vecinos varones se armaron con cuchillos y bates, salieron y montaron barricadas para defenderse de las "turbas" de alteños y las "hordas" de campesinos –como las llamaron los medios de comunicación– que, suponían, venían dispuestas a saquear sus casas, y a violar y matar a sus residentes. Cuando, finalmente, los militares y policías coaligados comenzaron a patrullar las calles, fueron recibidos con un alivio que se trastocó rápidamente en adhesión fanática.

Los vecinos de clase media de La Paz y El Alto –y, por identificación natural, los de las demás ciudades del país–, que ya estaban molestos con la izquierda por la exclusión, los abusos y la torpeza del gobierno del MAS, y también por su convencimiento de que había habido un "monumental fraude" en las elecciones, giraron entonces completamente hacia la derecha. De ahí en adelante, su principal preocupación no fue otra que la *pacificación* del país mediante la implacable represión militar de cualquier fuerza y cualquier demostración que reivindicaran a Evo, al MAS o al anterior estado de cosas.

El vigor de este sentimiento fue tal que ahogó las aspiraciones "republicanistas" que habían alentado estas clases, confirmó a los militares el acierto de su decisión del 10 de noviembre de no defender al presidente constitucional y proporcionó a la élite política hasta entonces opositora, por primera vez en

dos décadas, una agenda que podía realizarse con un amplio respaldo popular.

Jeanine Áñez, la segunda vicepresidenta del Senado y, por esto, la más alta autoridad política que quedaba en el país después del desbande del gobierno *masista*, pertenecía al "ala dura" de la Asamblea Legislativa. Conformó su gabinete con otros "halcones" y con representantes de los distintos sectores de las clases medias movilizadas, muchos de ellos provenientes de Santa Cruz, Beni y Tarija. Áñez los convocó tanto por afinidad personal –ella es beniana– como porque estas regiones fueron la punta de lanza de la rebelión contra Morales. Esta conformación ministerial anticipó el desembarco, en todos los poderes del Estado excepto el Judicial (por razones que se explicarán enseguida), de una nueva élite política. Una élite que era distinta de la *masista* por su procedencia clasista y regional, como ya hemos explicado, pero también por ser más homogéneamente blanca. En cambio, era similar a la anterior en su deseo ("revolucionario", antes, y "contrarrevolucionario", ahora, si queremos adoptar la nomenclatura marxista) de "refundar" el país, hacer desaparecer el legado de sus predecesores y monopolizar el poder político.

Se ha especulado que esta salida no hubiera sido posible si la presidenta de la Cámara Alta, Adriana Salvatierra, del MAS, no renunciaba junto con Evo Morales y Álvaro García Linera, pero esta teoría no toma en cuenta que, en las circunstancias políticas de ese momento, era altamente improbable que el gobierno de una *masista* hubiera sido respetado, tanto por la gente, que continuaba movilizada y demandaba la consumación del "linchamiento", como por los propios militares y policías, que a esa altura ya solo podían llevar el alzamiento hasta su conclusión final, sin detenerse a medio camino.

Desde el comienzo, el nuevo gobierno consideró al MAS "narcoterrorista" y a su gestión, un "narcogobierno". Estos conceptos se convirtieron en parte del sentido común que emergió de la acción combinada de las redes, los medios de comunicación y la competencia entre muchos intelectuales –incluso de izquierda– para justificar con más y mejores argumentos una transición que "no fue golpe, sino fraude".

A causa de la debilidad del Estado de la que hemos hablado, los fiscales y los jueces –comenzando por los del Tribunal Constitucional y terminando por los del último juzgado de provincia–, todos ellos nombrados de una u otra manera por el gobierno anterior, se cuadraron con el nuevo orden. Ninguno planteó la más mínima resistencia o crítica a las órdenes de los vencedores; en cambio, se empeñaron en tratar de borrar las huellas de su pasado comprometedor por medio de su diligente contribución a la "pacificación", entendida como sanción ejemplificadora de los movimientos sociales y de los individuos que sirvieron al régimen caído. Así, la justicia se convirtió en una "guillotina" al servicio de los nuevos gobernantes y de las fuerzas sociales que estos representaban.

La "pacificación" costó la vida de más de 30 manifestantes, cientos de heridos y miles de detenidos. El gobierno aprobó un decreto –posteriormente abrogado– para eximir a los militares de responsabilidad penal por las consecuencias de la represión. Al mismo tiempo, negó que las muertes hubieran sido causadas por las fuerzas del orden. La fiscalía respaldó esta inverosímil afirmación. "La resistencia" se movilizó en contra de los delegados de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que llegaron a Bolivia para investigar lo sucedido. La policía no hizo nada para proteger a los familiares de las víctimas que debían declarar ante dicha Comisión de

los grupos de activistas. La inmensa mayoría de los medios de comunicación señaló, sin recurrir a otras fuentes que las oficiales, que en Sacaba (10 muertos indígenas, ninguno político) y Senkata (10 muertos indígenas, ninguno político) "grupos armados" pretendieron consumar "atentados terroristas". Esta narrativa fue convalidada por sus columnistas, por escritores y profesores universitarios, mostrando hasta qué punto la voz de los indígenas sin educación ni dinero iría a ser silenciada durante el nuevo periodo histórico.

Esta relación de hechos muestra, *ad ovo*, cómo un conjunto de fuerzas sociales, políticas, intelectuales y comunicacionales se articuló para dominar a la sociedad. En otras palabras, la emergencia de nuevo bloque de poder en Bolivia.

Dicho bloque estaba conformado por las fuerzas militares y policiales, la justicia, los medios de comunicación, las universidades y las organizaciones e instituciones de las clases medias y altas (en lugar preminente, los comités cívicos y la red de grupos de choque de "la resistencia", pero también las asociaciones empresariales, las fraternidades, las logias, los clubes sociales, etc.) En este bloque participaban "con voz y voto" los jefes y las expresiones políticas de la derecha y la extrema derecha, fueran de viejo cuño (el expresidente Jorge Quiroga), fueran relativamente recientes (el Movimiento Demócrata Social, que es el partido de la presidenta Añez y de muchos ministros) o fueran recién llegados (los líderes cívicos Luis Fernando Camacho y Marco Pumari, que constituían la referencia política de "la resistencia"). Los partidos de centro, como Comunidad Ciudadana, de Carlos Mesa, y Unidad Nacional, de Samuel Doria Medina, solamente tuvieron una participación acotada a la negociación de la sucesión presi-

dencial; en este momento, respaldaron la asunción Añez sin participar en su gobierno.

Las causas por las que el nuevo bloque de poder está consagrado a la eliminación –el "linchamiento"– del enemigo en torno al que se constituyó son dos: a) la necesidad de adaptarse, de forma *populista,* al estado de ánimo vengativo de las clases medias, que dominaban el escenario luego de su victoria sobre los movimientos sociales *masistas*; b) su ya mencionado carácter "refundacional".

Las formas de este populismo fueron, también, de dos tipos:

Populismo judicial: La persecución sistemática y masiva de las exautoridades y exfuncionarios del MAS, desde el propio Morales, buscado por sedición y terrorismo (que se sanciona con la pena máxima de 20 años de cárcel); sus ministros, algunos de los cuales estaban refugiados en la residencia de México en La Paz, sin posibilidad de obtener salvoconductos; hasta los mensajeros, las niñeras, los notarios y los parientes de los altos cargos, culpabilizados por ayudarlos (llevarles papeles, darles poderes notariales, sacar dinero del banco para ellos). Al mismo tiempo, se investigaba el patrimonio de 600 exministros, exviceministros, exdirectores, gobernadores y alcaldes del MAS, con el fin de encontrar movimientos sospechosos que pudieran llevar a cualquiera de ellos a engrosar la larga lista de procesados por corrupción que ya existía.

Los jueces fueron presionados para que mandaran a todos los imputados a prisión preventiva. Repitiendo la práctica del gobierno del MAS, las autoridades políticas consideraban que un denunciado era de hecho culpable de lo que se le acusaba. Añez pidió al Parlamento que anulara una ley de abril de 2019

que estaba orientada a dificultar el encarcelamiento preventivo de los sospechosos.

Andrónico Gutiérrez, líder efectivo de los sindicatos cocaleros y precandidato del MAS, anunció que el 22 de enero de 2020, el día en el que el mandato de Evo Morales se hubiera cumplido, comenzaría otra etapa de la "resistencia pacífica al fascismo", sugiriendo que organizaría movilizaciones de protesta. En respuesta, el gobierno lo amenazó personalmente y reanudó los patrullajes militares, con carros de asalto y cánticos y coreografías que arrancaban el aplauso de los transeúntes, que se encontraban asustados por varias campañas de desinformación en las redes sociales, que alertaban sobre la reanudación de los "ataques *masistas*" y pedían "tomar fotos, grabar y difundir inmediatamente si ven algo sospechoso".

En un intento de frenar la ola represiva, la mayoría *masista* en la Asamblea Legislativa aprobó una "Ley de cumplimiento de los derechos humanos", que exigía al gobierno de Añez pagar indemnizaciones a las familias de las víctimas, invitaba a los políticos que se sintieran injustamente perseguidos a presentar recursos ante la justicia y garantizaba la libertad de expresión. Pese al carácter genérico de esta ley, el oficialismo la rechazó, afirmando que en realidad buscaba la "impunidad" de los "narcoterroristas". El ministro de Gobierno, Arturo Murillo, se convirtió en uno de los más populares colaboradores de la presidenta Añez a plan de durísimas amenazas ("cazar" personas, "pasar por encima" de los sospechosos, etc.) y de detenciones diarias, por las cuales anunció que trabajaba "en la ampliación de las cárceles".

Populismo represivo: Los grupos de civiles de "la resistencia" tenían el aval de la Policía para imponer su ley en las calles. Morales los consideraba "grupos paramilitares y fascistas". Estas

organizaciones civiles operaban cotidianamente en torno a la residencia diplomática de México en La Paz. Sus miembros se turnaban para revisar los automóviles que entraban y salían del exclusivo barrio La Rinconada, donde aquella se encontraba.

"La resistencia" arrestó informalmente –y también ilegalmente, pero con apoyo de la policía y la fiscalía– al exministro de Gobierno, Carlos Romero: grupos de civiles rodearon su domicilio y la clínica en la que tuvo que refugiarse ulteriormente, pese a que no estaba acusado de nada; esta situación fue aprovechada por un abogado interesado en hacerse un sitio en el nuevo sistema político (varios de estos "justicieros" andaban por ahí buscando la forma de iniciar procesos contra *masistas* para recibir algún beneficio) y la fiscalía terminó acusando a Romero por corrupción y haciéndolo detener, esta vez de forma legal.

"La resistencia" estaba compuesta por vecinos de clase media y por jóvenes estudiantes que, durante la crisis, se armaron con palos, cascos y escudos improvisados para enfrentar a las columnas de trabajadores y de campesinos que pretendían neutralizar las protestas en contra del "monumental fraude".

El nuevo bloque de poder no contaba más que con unos pocos parlamentarios, pero tenía la capacidad de inhibir y dividir a la bancada del MAS en la Asamblea Legislativa. Su poder, entonces, era absoluto. En apenas dos meses, pese a la retórica sobre un "gobierno provisional", había invertido las orientaciones de la política exterior, alineando a Bolivia con los Estados Unidos, que volverían a darle cooperación económica (el presidente Donald Trump dijo que ayudar a Bolivia era "vital" para los intereses de su país). También había cambiado los principios de la política económica, pues liberó las exportaciones de los controles estatales que les había impuesto

la anterior administración, rebajó las tarifas eléctricas a las industrias y a los grandes consumidores en una proporción mayor que a los pequeños, y sacó a las empresas estatales del sitial de privilegio en el que se encontraban.

Como se veía por sus políticas, el nuevo bloque buscaba llevar la sociedad boliviana en dirección opuesta a la señalada por el bloque de poder anterior, haciendo un movimiento de péndulo que es constante a lo largo de la historia boliviana. En este caso, el péndulo estaba yendo desde un estatismo desordenado y despilfarrador de energías, que beneficiaba –legal e ilegalmente– a una élite plebeya (chola e indígena) y nacionalista, hacia un capitalismo de camarilla, también despilfarrador, que beneficiaría –legal e ilegalmente– a una élite meritocrática (es decir, blanca) y conservadora.

Como elocuente símbolo de este viraje, se anunció que la escuela castrense que se llamaba "Juan José Torres" en homenaje a un presidente militar que fuera asesinado por el Plan Cóndor ya no impartiría asignaturas "antiimperialistas" y cambiaría de nombre por el de "Héroes de Ñancahuazú", que hacía referencia a los militares que capturaron y asesinaron al Che Guevara en 1967.

Las reconfiguraciones políticas tras la caída de Evo[1]

Las elecciones bolivianas tras la caída de Evo Morales estaban llamadas a expresar la enorme polarización política y social de ese momento. Participarían varios partidos, pero el electorado se dividiría de acuerdo a una sola alternativa: a favor o contra el Movimiento al Socialismo (MAS).

¿Qué partido lograría representar a los votantes "anti-MAS"? Existía una competencia entre varias expresiones de centro y derecha que era alentada por las leyes electorales bolivianas, las cuales establecen la posibilidad de una segunda vuelta o balotaje. Esta posibilidad abría espacio para que estos partidos hicieran cálculos individuales, una práctica que muchos *anti-masistas* consideraban indignante, ya que ponía en riesgo lo logrado con el derrocamiento del presidente Evo Morales, esto es, el brusco apartamiento del poder del bloque sociopolítico que había estado manejando al país desde comienzos del siglo XXI.

1 Se publicó en *Nueva Sociedad* 288, julio - agosto de 2020, con el título de "¿Adónde conducirá la crisis boliviana? Elecciones y reconfiguraciones políticas".

Tal era la principal preocupación de las elites económicas, intelectuales y mediáticas bolivianas: evitar que los peligrosos juegos entre los antiguos opositores a Morales –que se resistían a ceder unos ante los otros y no eran capaces de formar un frente único contra el "enemigo público número uno", como llamó al expresidente un periodista paceño–[2] terminaran invocando al espectro más terrorífico para la parte alta de la sociedad: el "retorno del MAS".

Los partidos criticados pretendían redimirse asegurando que, cada uno de ellos, estaba en las antípodas del MAS y que, gracias a sus particulares virtudes, garantizarían un triunfo definitivo y sostenible sobre este.[3] Al mismo tiempo, cada uno de ellos buscaba demostrar que sus rivales no eran dignos de confianza porque su actuación llevaba agua al molino del MAS. La expresión que se usaba era "ser funcional al MAS". Esta fue la tónica, por ejemplo, de la réplica de la agrupación Juntos, que postulaba a la presidenta interina Jeanine Áñez, a los candidatos opositores Carlos Mesa y Luis Fernando Camacho, cuando estos criticaron su manejo de la crisis sanitaria provocada por la pandemia de la covid-19.[4] A la inversa, los partidos opositores acusaban al oficialismo de propiciar, con su mala gestión de esta crisis, el retorno del MAS.[5] En este juego habían entrado también los medios de comunicación, como indica este titular de *El Deber*, el principal periódico de Santa Cruz, sobre el ex presidente y candidato para 2020:

2 R. Brockmann, "El enemigo público No 1" en *Brújula Digital*, 18 de junio de 2020.

3 "Mesa: mi responsabilidad es ganarle al MAS en elecciones para evitar que siga gobernando el país" en *ANF*, 24/6/2020.

4 "Samuel acusa a 'Camacho, Mesa y el MAS' de conformar un bloque contra el Gobierno", en *Correo del Sur*, 26/5/2020.

5 E. Segales, "Camacho, Mesa y Tuto pasan a la 'ofensiva' contra Áñez" en *Página Siete*, 26 de mayo de 2020.

"[Carlos] Mesa comparte foro con el presidente de Argentina, Alberto Fernández, que dio refugio a Evo".[6]

El odio al MAS

Aborrecer al MAS era la pasión dominante de las élites tradicionales del país. En las raíces de esta pasión se mezclaban el recuerdo de los agravios sufridos (la pérdida de espacios de poder por la disolución de la tecnocracia de los años 90 y la desvalorización del "capital genealógico" durante 14 años), las diferencias ideológicas (liberal-republicanismo *versus* nacional-caudillismo) y el racismo contra los indígenas y los mestizos plebeyos o "cholos".

El odio al MAS había comenzado incluso antes de la asunción al poder del "primer presidente indígena" y la instalación en el mismo de unos movimientos sociales que aglutinaban a indígenas, campesinos y trabajadores. Ya se podía sentir en 2002, cuando el MAS se transformó en una alternativa seria de poder. Entre 2006 y 2008, durante los dos primeros años de gobierno de Morales, había estado a punto de provocar una guerra civil entre las regiones noroccidentales y surorientales del país. Si no lo hizo fue por el peso de la popularidad del presidente, que sin embargo no había logrado consolidarse en el gobierno sin antes pulir las aristas más radicales de su programa de reformas al Estado y reducir al mínimo su programa de redistribución de la propiedad agraria.

Pese a ello, el aborrecimiento al partido izquierdista y su líder no desapareció. Incluso durante el periodo de auge

6 M. Tedesqui, "Mesa comparte foro con el presidente de Argentina, Alberto Fernández, que dio refugio a Evo" en *El Deber*, 20 de junio de 2020.

2009-2015, mientras el país vivía el mejor momento económico de su historia, la mayoría de los bolivianos tenían más ingresos y el bienestar social aumentaba, esta animadversión estuvo ardiendo como llama votiva en los altares secretos de las organizaciones empresariales, los clubes sociales, las logias, las fraternidades del carnaval de Santa Cruz, los grupos de rummy de las mujeres acomodadas y, en fin, en los múltiples escenarios de la vida privada en los que las elites tradicionales blancas no habían perdido su primacía. Incluso si algunos dirigentes burgueses "se pasaban" al gobierno del MAS o si amagaban confraternizar con él; o si la mayor parte de los intelectuales y periodistas se cuidaban de "criticar demasiado" al poderoso régimen, la enemistad clasista y racial siempre estuvo allí, esperando un mejor momento para expresarse.

Lo mismo pasó con el prejuicio racial. Aunque las expresiones públicas de este quedaron atenuadas por miedo a que el gobierno implementara las sanciones legales y morales que estaban establecidas, el país continuó lastrado por las rémoras del orden estamental colonial. El MAS tuvo incluso que hacer concesiones de *realpolitik* al racismo, como designar a personajes más pintorescos que persuasivos en el recién creado Viceministerio de Descolonización, la institución diseñada para dirigir la política igualitaria; o como tolerar que las Fuerzas Armadas mantuvieran un estatuto que discriminaba a los sargentos y cabos, la mayoría de los cuales son de origen indígena.[7]

Los nostálgicos de los viejos poderes y de las antiguas relaciones interclasistas se fueron fortaleciendo paulatinamente conforme el gobierno del MAS se iba debilitando por el des-

7 Por ejemplo, no se les permite comer en los mismos "casinos" que los oficiales. Ver Fernando Molina, "Patria o muerte. Venceremos. El orden castrense de Evo Morales" en *Nueva Sociedad* 278, noviembre-diciembre de 2018.

gaste natural de su prolongada permanencia en el poder, los errores que iba cometiendo y las limitaciones que iba revelando. Ser *anti-masista* se convirtió en un signo de estatus social y étnico-racial, y por tanto comenzó a ser interiorizado por las clases medias bajas como un elemento aspiracional, esto es, como un mecanismo de ascenso social.

¿Cuáles fueron los errores que cometió y las limitaciones que desveló el gobierno del MAS? Su "electoralismo", que terminó reduciendo el proceso social a una sucesión de triunfos en las urnas y a la conservación del poder a toda costa, incluso con métodos autoritarios; su "campesinismo", que debe entenderse como una relativa sordera frente a las demandas de los sectores urbanos; su "toma" por parte de una cúpula de incondicionales "evistas"; su corrupción y burocratización; su indecisión ideológica entre un extremo pragmatismo y el "nacional-estalinismo",[8] y, sobre todo, su caudillismo.

Con su éxito político, económico y gubernamental, Evo Morales se convirtió en el más importante caudillo de un país que había estado lleno de ellos; un país en el que, según su sociólogo más creativo, René Zavaleta, "el caudillo es el modo de organizarse de las masas".[9] La centralidad del presidente y el culto estatal a su personalidad llegaron a unas cotas igual de altas que las alcanzadas por otros grandes líderes nacionales, como Víctor Paz Estenssoro o José María Linares. Si al principio la adulación oficial a Morales se correspondía en parte con la realidad, más tarde se convirtió en un espejismo y en un mecanismo de gratificación y manipulación del narcisismo del presidente boliviano. Al punto que este creyó que tenía fuerza

8 Esto es, un antiimperialismo estereotipado, proclive a fantásticas teorías de la conspiración, poco apegado a la democracia y con tendencia a organizar purgas internas.

9 R. Zavaleta, "La creación de la conciencia nacional" en *Obras completas 1,* ob. cit.

suficiente, incluso, para darle la espalda a la fuente de su poder: las mayorías electorales, en caso de que estas lo contrariaran.

Así lo hizo indudablemente en lo que respecta al referendo constitucional del 21 de febrero de 2020, que le prohibió la reelección, y quizá también en lo que respecta al resultado de las elecciones del 20 de octubre de 2019, que, según la percepción de la mayoría de los bolivianos[10] hizo alterar para evitar una segunda vuelta (una noción que, sin embargo, Morales y el MAS niegan y que fue objeto de disputa en la campaña electoral y los tribunales).

En todo caso, suponer que la indudable fuerza de su figura era superior al apego de los bolivianos al voto –que en este país es clave porque permite resolver las sempiternas disputas por la rentas provenientes de los recursos naturales– constituyó un gravísimo paso en falso. Terminó confundiendo y fragmentando el bloque social que respaldaba al gobierno del MAS, el cual ya estaba debilitado por su larga incorporación al oficialismo, con todas las ventajas y tentaciones que esta situación implicaba.[11] Al final, en las últimas horas de su gobierno, el MAS, que había surgido de las luchas sociales, no era sin embargo capaz de movilizar eficientemente a sus adherentes; se había transformado en una maquinaria electoral que todavía podía lograr buenas votaciones pero que ya no despertaba ningún fervor progresista. Solo los ultraleales cocaleros del Chapare, los vecinos de los barrios más indígenas de la metrópoli aymara de El Alto y ciertos grupos de funcionarios estuvieron dispuestos a luchar efectivamente para impedir que Morales cayera.

10 K. Vásquez, "El 70% cree que Evo se fue por revuelta y 62%, que hay fraude" en *Los Tiempos*, 23 de diciembre de 2019.

11 P. Stefanoni, "Las lecciones que nos deja Bolivia", en *Nueva Sociedad*, marzo de 2020.

Luego de su derrocamiento, la quema de buses, fábricas y de casas de opositores a Morales en La Paz, así como el "cerco a las ciudades" ordenado por el expresidente desde el exilio, despertaron el ancestral terror de los blancos bolivianos al "malón indio" y elevaron el aborrecimiento al MAS al nivel de la histeria colectiva. Fue en este momento en el que emergió el relato furibundamente anti-socialista que continúa vigente hasta hoy. Pablo Stefanoni detectó en él "tres palabras claves: 'hordas' –los militantes del MAS son reducidos a meros grupos de choque facinerosos–; 'despilfarro' –el ampliamente elogiado manejo macroeconómico [de Morales] habría sido una mera realidad virtual– y 'tiranía' –los últimos 14 años habrían sido puro despotismo estatal–".[12] Este relato fue en parte el móvil y en parte la cobertura de la represión del MAS ejecutada por el gobierno interino. Los grupos que se movilizaron a favor del expresidente Morales fueron desmantelados por las fuerzas combinadas de la Policía y las Fuerzas Armadas, lo que le costó la vida de más de 30 personas. Casi mil dirigentes fueron detenidos temporalmente. Varias decenas de exfuncionarios, entre ellos Morales y su vicepresidente, Álvaro García Linera, tuvieron que salir del país con rumbo a México y Argentina. Cientos han sido investigados por corrupción. Dos exministros fueron apresados. Siete jerarcas del MAS se refugiaron en la residencia de la embajada de México en La Paz, donde quedaron varados por la falta de salvoconductos para salir del país.

Simultáneamente, la esfera pública fue casi completamente ganada por los voceros –genuinos y advenedizos– de la "revolución de las pititas", como llamó la prensa a las protestas que antecedieron al derrocamiento de Morales. Incluso los inte-

12 P. Stefanoni, "Bolivia: anatomía de un derrocamiento", en *El País*, 21 de enero de 2020.

lectuales que habían estado vinculados y habían medrado del gobierno anterior comenzaron a practicar tiro al blanco contra Morales, convertido en la "bolsa de golpear" de cualquiera que supiera hilvanar unas cuantas frases para producir un artículo de opinión. Los más importantes académicos de izquierda se cuidaron mucho de contrariar este clima de opinión e hicieron gestos de absolución del gobierno interino de Jeanine Añez.[13] Este gobierno disfrutó desde el inicio de hegemonía sobre los medios de comunicación,[14] que luego se tornó menos intensa por el rápido desgaste del manejo del poder, pero que todavía resultaba unánime si se invocaba en contra del MAS.

En este contexto, cualquiera hubiera pensando que el MAS tendría los días contados, que su futuro sería convertirse en un grupo político secundario, exclusivamente rural, en fin… Sin embargo, a principios de 2020, pese a las condiciones adversas que hemos descrito, el MAS apareció encabezando las primeras encuestas de intención de voto, incluso antes de tener candidatos. La sigla atraía una adhesión "dura", esto es, ideológica y sociológica, de alcances masivos. En enero, el 21% del electorado estaba dispuesto a votar por ella sin que importara quiénes fueran sus figuras y cuáles fueran sus ofertas electorales.[15] En marzo, con sus candidatos ya elegidos, el 33% de la población la apoyaba.[16]

---

13 Por ejemplo, ver L. Tapia, "Crisis política en Bolivia: La coyuntura de disolución de la dominación *masista*. Fraude y resistencia democrática" en *CIDES-UMSA*, 19 de noviembre de 2019.

14 F. Molina, "Hegemonía instantánea: la prensa en la crisis boliviana", en *Contrahegemonía.web,* 3 de diciembre de 2019.

15 P. Lazarte, "Ciesmori perfila al candidato del MAS como ganador en encuesta", en *Página Siete*, 2 de enero de 2020.

16 "Arce aumenta ventaja y Mesa afianza el segundo lugar, según encuesta de Ciesmori" en *Página Siete*, 15 de marzo de 2020.

Los trabajadores, los sectores plebeyos de la población, los indígenas y los cholos que no se habían "desclasado" seguían viendo en el MAS, aunque este no había hecho ningún autocrítica consistente de sus errores, la única fuerza capaz de representarlos y de defender el estatismo, el nacionalismo y el igualitarismo racial que la vuelta al poder de las elites tradicionales parecía haber puesto en riesgo. Pero, además, esta fuerza estaba asociada a una época de prosperidad y estabilidad política inusitadas. (Por esta razón, entre otras, no prosperó la iniciativa de los "pititas" más radicales de usar la acusación de fraude que pendía sobre el MAS para vetar su participación en las elecciones).

Se trataba de un resultado completamente contra-intuitivo. Pese a todo lo ocurrido, el MAS seguía estando en el centro de la escena política y las demás fuerzas se posicionaban principalmente respecto a él. Ni siquiera la derrota de alcances históricos que había sufrido en noviembre lo había desplazado de este lugar "nuclear". Se trataba de un sorprendente ejemplo de resiliencia política, que sin duda expresaba, como hemos dicho, procesos de identificación clasista y, simultáneamente, étnico-racial.

La respuesta del MAS después de su caída

La admiración y lealtad –no siempre sanas– a Evo Morales, por un lado, y la posibilidad de obtener un triunfo electoral en las elecciones, por el otro, fueron las dos fuerzas que conservaron la unidad del MAS después del terrible remezón que significó para este partido su salida violenta del gobierno. Para quienes suponen que su caída se debió exclusivamente a la acción de

una fuerza externa (la "conspiración del imperio para apropiarse del litio boliviano" o el "golpe policial y militar"), la unidad de los *masistas* puede parecer una premisa obvia, pero no es así porque, como hemos visto, el desmoronamiento del gobierno de Morales respondió a causas tanto internas como externas. Además, el MAS nunca fue un partido ideológico, sino "sindicalista", y parte de su atractivo residía en su capacidad de posibilitar el ascenso social de los elementos más despiertos y ambiciosos de los sindicatos y las clases medias plebeyas. De modo que la expectativa de volver rápidamente al poder influyó de manera preponderante sobre su comportamiento unitario.

Evo Morales también tuvo una participación fundamental en ello, al constituirse en la referencia única de grupos que, sin él, probablemente hubieran buscado competir entre sí para expresar a ese 33% o más del electorado que, según las encuestas, se inclinaba a la izquierda. Este siempre había sido el papel de Morales. Si el MAS logró consumar uno de los más caros anhelos de los progresistas del siglo XX, la "unidad de la izquierda", no lo hizo sobre las bases previstas (hegemonía ideológica, frente defensivo, etc.), sino, *a la boliviana*, en torno a una figura tutelar.[17] Morales articulaba a las tres alas principales de su partido, todas las cuales eran "evistas". Lograba que "se queden en el Instrumento Político" al mismo tiempo que evitaba el surgimiento de competidores peligrosos para su liderazgo carismático.

Las tres grandes facciones del MAS a las que hacemos referencia, cada una de las cuales incluía a muchos grupos menores, eran las siguientes:

17 F. Mayorga, *Mandato y contingencia. Estilo de gobierno de Evo Morales*, Fundación Friedrich Ebert, La Paz, 2019.

a) El ala formada por las organizaciones obreras y campesinas del denominado "Pacto de Unidad". Esta estaba dirigida, por un lado, por David Choquehuanca, ex canciller entre 2006 y 2018, candidato vicepresidencial y líder indígena altiplánico, y, por el otro, por el joven Andrónico Rodríguez, dirigente efectivo de las federaciones sindicales cocaleras que seguían siendo presididas por Morales.

b) La formada por los numerosos grupúsculos de militantes que venían de la izquierda tradicional (guevaristas, maoístas, ex-trotskistas, etc., algunos de ellos con vínculos con Cuba); en esta ala predominaban los dirigentes radicales y "nacional-estalinistas", aunque en ella también se ubicaba el menos politizado candidato a la presidencia, el ex ministro de Economía y militante socialista Luis Arce.

c) La formada por los intelectuales neomarxistas, posmodernos, humanistas de izquierda y demócratas progresistas que se sumaron al MAS en vísperas y después de su llegada al poder y que, dado su capital educativo, cumplieron un importante papel en la gestión gubernamental. Una parte minoritaria de estos elementos de clase media tenía vínculos con Choquehuanca, mientras que otra parte más amplia había estado relacionada con García Linera.

El ala indígena y sindical leyó la salida de Morales del poder en una clave puramente étnico-racial. En parte, este sentimiento se volcó contra los propios militantes de clase media del MAS, que fueron considerados oportunistas que se aprovecharon del "gobierno de los indios" para construir fama y fortuna. En el marco de esta crítica, resurgió la popularidad de Choquehuanca, quien había estado en la "congeladora" por un par de años, desde que Morales lo echara del Ministerio de Relaciones Exteriores por tomarse en serio la posibilidad que

se le atribuía de sucederlo en la presidencia, justo cuando Evo buscaba el respaldo incondicional de su partido a su tercera reelección. En el pasado, Choquehuanca había cumplido un rol importante, como articulador de varias ONG con base rural, al promover el salto del joven "hermano Evo" del sindicalismo campesino a la política nacional. Cuando el MAS se fundó, Choquehuanca era su principal operador en la zona aymara del país (el altiplano que abarca a La Paz y Oruro), mientras que Morales, pese a su origen también aymara, dominaba los valles de Cochabamba. Choquehuanca es un indianista cultural y, por tanto, moderado, pero tiende a acumular fuerza política del antagonismo entre los indígenas y la clase media dentro del MAS. En el gabinete de Morales, se enfrentó sordamente con García Linera. Con arreglo a su visión de tonalidades etno-nacionalistas sobre el balance de fuerzas dentro de su partido, acusó al entonces vicepresidente de ser culpable de todos los defectos del gobierno, inclusive de su propia salida del poder, en tanto que absolvió de ellos, por lo menos en público, a Morales.

Después de que perdieran la Cancillería, los choquehuanquistas fueron apartados del gobierno y Choquehuanca mismo fue enviado al "exilio dorado" en Venezuela como secretario ejecutivo de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba). Luego del derrocamiento de Morales, el Pacto de Unidad lo postuló a él y a Andrónico Rodríguez como candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia, respectivamente. El partido aprobó esta postulación, igual que la lista de candidatos decidida por el Pacto de Unidad, lo que mostró cuál de sus alas era la más fuerte. Sin embargo, Morales objetó la fórmula e impuso como candidato presidencial a una figura de clase media cercana a él, Luis Arce, y desplazó

a Choquehuanca a la segunda posición. A diferencia de Choquehuanca, Arce no tenía base social propia y se suponía que, en caso de triunfo, dependería de Morales. Típicamente, el ex canciller aceptó la decisión de Morales en público, pero fue reticente a ella en privado, y la atribuyó a una intriga de García Linera. De cualquier forma, su acatamiento, haya sido hipócrita o no, impidió que se produjera un choque entre el Pacto de Unidad y el exilio bonaerense que hubiera sido muy peligroso para el MAS.

Sin embargo, las tensiones entre "trabajadores" y "profesionales", "fundadores" rurales e "invitados" urbanos, "nacionalistas" y "comunistas" siguieron existiendo y era seguro que se expresarían más abiertamente en el futuro, tanto si el MAS ganaba como si perdía las elecciones. Una muestra muy elocuente de estas tensiones fue la denuncia del senador del MAS, Efraín Chambi, en contra de actores de extrema izquierda, comunista, como Raúl García Linera [hermano del exvicepresidente], que lamentablemente se ha estado dedicando en los últimos tiempos a incitar y utilizar a algunas personas en el país, lo que no representa al MAS… Siempre en el MAS ha habido extremistas de este tipo, comunistas. No todos, algunos del Partido Comunista son muy sabios, coherentes y responsables. Pero sabemos también que hay otros, como la persona que hice referencia, y lo denuncio sin miedo alguno, porque le hace mucho daño al Instrumento Político.[18]

Probando la flexibilidad y la porosidad del MAS, Chambi no fue sancionado por relacionar en la prensa a uno de sus compañeros con la violencia callejera, en un contexto en el que la represión no era imaginaria.

18 M. Tedesqui, "Desde el MAS apuntan a Raúl García Linera por violencia del jueves y Murillo les dice 'dos caras'" en *El Deber*, 6 de mayo de 2020.

Otra figura política surgida de las organizaciones sociales, la presidenta de la Asamblea Legislativa, Eva Copa, mantenía una línea de reivindicación étnico-racial y conducía a los parlamentarios *masistas* con cierta independencia respecto de Arce, por un lado, y del "alvarismo", por el otro. No era forzado clasificarla entre los "choquehuanquistas". Poco después de la caída de noviembre, Copa llegó a ciertos acuerdos con el gobierno de Áñez que no coordinó con sus compañeros en Bolivia y, en algunos casos, tampoco con los de Buenos Aires. También criticó públicamente a dirigentes de clase media, como la senadora Adriana Salvatierra, cuando esta se hallaba en una difícil situación personal. Ninguna de estas conductas fue desautorizada por Morales. Este, como tantos otros caudillos, mantenía relaciones con todos los grupos e individuos que podía usar para concretar sus planes. La actitud de Evo –y, por otra parte, la falta de interés o de dedicación del gobierno de Áñez para lograrla– impidió la deserción de la bancada del MAS en la Asamblea Legislativa. Luego de que pasara el momento más álgido de la represión, en el que esta deserción parecía inminente, los parlamentarios recuperaron la iniciativa parlamentaria y comenzó lo que algunos observadores vieron como un contrataque del bloque nacional-popular.[19]

La tolerancia extrema e incluso el descuido ideológico del MAS se debían a que este partido es profundamente electoralista. A la vez, estas características determinaban que permanezca como tal: amorfo y pensando que la solución a todos sus problemas –o, mejor, que su único problema– residía en ganar los comicios venideros. Como es lógico, esto le impidió debatir sistemáticamente las causas de su derrota política, aprender

19 F. Mayorga, "'Elecciones ya': ¿el MAS recupera la iniciativa?" en *Nueva Sociedad*, 21 de junio de 2020.

de sus errores, mejorar... Si Morales, muy a regañadientes, llegó a aceptar que se había equivocado al intentar reelegirse por tercera vez,[20] tras eso, aprovechando la leve mejoría de su situación en Bolivia a causa de los problemas de gestión que enfrentaba Añez (en parte por la crisis sanitaria), cambió de idea. Volvió a decir, otra vez, que no erró al postularse una vez más.[21]

¿Podía el MAS volver al poder? ¿Le convendría a mediano plazo?

¿Podía el MAS volver al poder? Pero, si el MAS llegase a ganar, ¿podría asumir el gobierno? Era un pregunta que resultaba válido plantearse antes de las elecciones. En la historia boliviana existe un periodo con similitudes con el de entonces. Durante la segunda mitad de la década de 1940, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que había cogobernado con militares nacionalistas entre 1943 y 1946, enfrentaba igualmente el aborrecimiento y odio de los sectores altos de la población. Tanto que Mamerto Urriolagoitia, el presidente saliente, no aceptó el triunfo de Paz Estenssoro en las elecciones de 1951 y, con tal de que este no gobernase, prefirió entregar el poder a una junta militar. Esta maniobra pasó a la historia como el "mamertazo".

¿Había campo para un nuevo "mamertazo" en 2020? Por supuesto, la situación internacional era muy distinta. No obstante, fuerzas muy poderosas podían resistir con todos los

20 "Evo Morales, 'Fue un error volver a presentarme'" en *DW*, 17 de enero 2020.
21 B. Miranda, "Evo Morales en entrevista con BBC Mundo: 'Nosotros vamos a recuperar el gobierno'", en *BBC Mundo*, 24 de junio de 2020.

recursos a su alcance el retorno del "cáncer de Bolivia" –como llamó al MAS un columnista–.[22] Entre ellas, una parte del ejército.[23]

Si el argumento de Urriolagoitia para desconocer el triunfo del MNR fue que no se podía entregarle el poder a los "comunistas", en 2020 varios podían señalar que no debía pasar a las manos de los "narco-terroristas"; o que debía impedirse el ascenso de un partido que trató de engañar al país con un fraude electoral, y que debió haber sido inhabilitado antes de las elecciones... Evo Morales advirtió sobre la posibilidad de este desenlace. "Puede pasar… es el Plan B", declaró a France 24.[24]

La parte más democrática de las élites bolivianas, sin embargo, hubiera visto la repetición de un "mamertazo" como lo que en verdad habría sido, esto es, la repetición de un error. Hay que recordar que, apenas unos meses después de la acción de Urriolagoitia, estallaba la Revolución Nacional y Paz Estenssoro volvía de su exilio argentino en olor de multitudes.

Una pregunta aún más interesante –aunque ingenua en términos políticos– era si retornar de inmediato al poder *le convenía* al MAS. En el poder, no tendría tiempo ni espacio para revisarse a sí mismo, reponerse de sus heridas, establecer una relación más sana con su "presidente Evo", en fin, no podría evitar cometer los mismos errores y sufrir los mismo quebrantos que antes. Por otra parte, también es cierto que, siendo entonces un partido acorralado por los servicios de seguridad del Estado, el quedarse fuera del gobierno podría terminar diezmándolo y dividiéndolo. Una cosa como la "ventaja

22 F. Zaratti, "El cáncer de Bolivia", en *Página Siete*, 16 de noviembre de 2019.

23 Ver I. Mercado, "El plan del MAS es 'sacar esta ley, maniatarnos y crear milicias'", entrevista al ministro de Defensa Fernando López, *Página Siete*, 29 de junio de 2020.

24 N. Cosoy, "Evo Morales cree que puede haber un 'golpe' si el MAS gana las elecciones en Bolivia" en *France 24*, 17 de marzo de 2020.

de perder" no estaba, no podía estar en la mente de Morales, Arce y los conductores del MAS, y mucho menos en la de los *masistas* metidos en juicios, prisiones o exilios.

Las dinámicas políticas en torno a la elecciones de octubre de 2020[1]

Vamos a analizar las elecciones de 2020 desde dos perspectivas. Este abordaje doble o "por dos puntas" tiene el propósito de revelar aspectos del problema que quedarían escondidos si nos conformáramos con una estrategia expositiva más simple. Las perspectivas que se presentan sucesivamente son: "las elecciones como salida a la crisis coyuntural-estructural del país" y "las elecciones como consolidación o freno del cambio extraparlamentario iniciado en noviembre de 2019".

Las elecciones como salida de la crisis coyuntural-estructural del país

Las elecciones presidenciales de octubre de 2020 se concibieron, convocaron, disputaron y finalmente realizaron como una salida a la crisis en la que se había sumido el país el año anterior.

1 Este es un fragmento del artículo que salió en el libro colectivo *Democracia en Vilo: Elecciones, pandemia y gobernanza política en Bolivia*, La Paz, PNUD, 2021.

La crisis boliviana era en parte coyuntural y en parte estructural. Los componentes *coyunturales* de la crisis eran:

a) Un gobierno interino sin bases firmes de apoyo, escasa legitimidad institucional, fuertemente autoritario y represivo, sumamente desorganizado e ineficaz, con muchos de sus miembros orientados a la obtención de objetivos personales. Un gobierno que, pese a su debilidad intrínseca, apuntaba y trataba de avanzar hacia la refundación del Estado sobre bases distintas que las establecidas por la Constitución de 2009 y las sucesivas gestiones del presidente Evo Morales (2006-2019). La desproporción entre sus objetivos y sus posibilidades materiales de realización contribuía a desordenarlo y a causar en la población una sensación de inestabilidad y de "salto al vacío" que se complementaba perfectamente con los sentimientos de inseguridad e incertidumbre sobre el futuro que había generado la pandemia.

b) El estallido de la crisis de la covid-19; el parón productivo al que dio lugar y sus consecuencias en los ingresos de las empresas, primero, y en el cierre de estas y en el aumento del desempleo, después. Entre 2019 y 2020 los ingresos nacionales cayeron significativamente, agravando los problemas estructurales que ya presentaba la economía.

Por otra parte, los componentes *estructurales* (o de largo alcance) de la crisis eran los siguientes:

c) La terminación del ciclo productivo basado en la explotación y exportación de gas a los mercados internacionales, tanto por la caída de los precios de este combustible como por el paulatino agotamiento de los yacimientos gasíferos y la falta de nuevos descubrimientos. Ya en los últimos años del tercer gobierno de Morales, el fin del ciclo de gas se había traducido en una importante caída de los ingresos en divisas del Estado,

un menor financiamiento del gobierno, un periodo largo en el que este gastaba más de lo que ingresaba, el consiguiente déficit fiscal durante este lapso, pagado con el aumento de la deuda pública interna y externa, y la constante caída de las reservas internacionales, sobre las cuales se asentaba, en un contexto de libertad de cambio, la estabilidad del boliviano respecto al dólar y el uso preferente de la moneda nacional en las transacciones y los ahorros. Así, el modelo económico implantado por Morales y su ministro de Economía, Luis Arce, se había ido debilitando.[2] Este modelo inyectaba los excedentes de las exportaciones en el mercado interno, a fin de lograr que la demanda creara actividad económica y bienestar. Al chocar contra la pandemia, entró por primera vez en una situación que le era fuertemente adversa (aunque, como veremos, esto no sería reconocido por Arce durante la campaña electoral ni tampoco después, desde la Presidencia).

b) La polarización de la población en dos grandes bandos. Uno de ellos había vivido la caída de Evo Morales el 10 de noviembre de 2019 como una liberación de un gobierno opresivo, que cometía grandes abusos con los fondos fiscales y la institucionalidad, que recortaba la libertad de los líderes políticos opositores pero también de sectores completos de la población, a los que, por ejemplo, acusaba de racistas o cobraba excesivos impuestos. Este bando había participado directa o indirectamente en las protestas de los "21 días" en contra del supuesto fraude cometido por el gobierno en las elecciones abortadas del 20 de octubre de 2019.[3] También

2 F. Molina, "Bolivia: es la economía, estúpido" en *Nueva Sociedad* 283, septiembre-octubre de 2019.

3 Ver Ó. Gómez Berthon, "21 días para la historia de Bolivia" en *El Deber*, 2 de diciembre de 2019.

había respaldado la formación del gobierno interino de Jeanine Añez y sus acciones de "pacificación del país", inclusive la sangrienta represión de las protestas de Sacaba y Senkata, luego de haber vivido con gran patetismo los acontecimientos inmediatamente posteriores a la renuncia de Morales, en los que se produjo un "vacío de poder" y grupos radicalizados cometieron desmanes en La Paz. Este bando consideraba que la peor posibilidad, la que había que conjurar a cualquier costo, era *el retorno del MAS al poder*.[4] Algunos de sus sectores creían que esta posibilidad debía impedirse por la vía legal, sancionando al MAS por la comisión de fraude electoral,[5] y apoyaban las decenas de denuncias que el gobierno interino, y en particular el ministro de Gobierno del mismo, Arturo Murillo, realizaban en contra de Morales y su excolaboradores.[6] Sin embargo, se hizo paulatina y crecientemente anti-oficialista a partir de enero de 2020, fecha en la que la presidenta Añez decidió lanzarse a la carrera electoral.

Como producto del mismo sentimiento de miedo y repudio a un posible retorno del MAS, este bando social presionaba a los partidos de oposición para que presentasen una alternativa unitaria o estableciesen alguna clase de acuerdo que les permitiese ganar las elecciones,[7] inicialmente previstas para el 3 de mayo de 2020, y luego postergadas dos veces, hasta su realización el 18 de octubre del mismo año. Además, apoyó las medidas de cuarentena estricta y cierre de fronteras de Añez,

4 Ver, en este volumen, "Las reconfiguraciones políticas tras la caída de Evo".

5 ANF, "Surge nuevo pedido de anular la personalidad jurídica del MAS y agilizar caso fraude electoral" en *Agencia de Noticias Fides*, 28 de julio de 2020.

6 ABI, **"**Vigilia en puertas de la residencia de la Embajada de México en La Paz cumple su sexto día" en *Opinión*, 2 de enero de 2020.

7 "Piden frente único en Bolivia para evitar retorno del MAS al poder" en *DW.com*, 1 de febrero de 2020.

como respuesta inicial a la pandemia, aunque posteriormente fue haciéndose crecientemente crítico respecto al manejo sanitario –y general– del gobierno interino.[8]

Este bando estaba compuesto –principalmente y no exhaustivamente– por las clases medias urbanas de distintos niveles socioeconómicos, en especial los más elevados; que además eran "tradicionales" en el sentido de "no indígenas" –ya que es a las clases medias indígenas a las que se debe considerar "no tradicionales"–. Incluían a los dueños y directivos de las empresas e instituciones privadas formales; los profesionales liberales, en particular los médicos; los altos mandos militares y policiales; los profesores, sobre todo los que laboraban en la educación superior; los dueños de medios y la mayoría de los periodistas, escritores, artistas e intelectuales. Esto significa que en este lado de la polarización se hallaba depositada la parte más importante del capital económico y cultural de la sociedad.

Las razones del alineamiento de esta facción con la posición que podemos describir como "anti-MAS" son complejas y están explicadas previamente en este volumen.

El bando opuesto contradecía, como es obvio, todas la características de este primer grupo que ya hemos presentado. Había experimentado la salida de Morales como un hecho penoso y una *derrota*. Aunque no había respondido a los llamados que el expresidente había hecho al final de su gobierno para que lo defendieran de la presión de las protestas de las clases medias, porque varios de sus sectores estaban cansados del continuismo gubernamental, este bando social vio con mucha preocupación los gestos iniciales de los alzados "antievistas", tales como las quemas de wiphalas; el retiro de

8 F. Molina, "Cuando se debe enfrentar la pandemia 'sin Estado'. Bolivia ante el coronavirus" en *Fundación Carolina*, 7 de abril de 2020.

esta de los uniformes de algunos de los policías que habían participado en el motín que dio el "jaque mate" al gobierno de Morales; el juramento de la presidenta Áñez con una gran Biblia y rodeada de los "halcones" de la oposición boliviana; las masacres en las que terminaron dos acciones de represión del nuevo gobierno; los anuncios tremendistas y/o refundacionales de los ministros interinos; la orientación antiindígena (a veces eufemísticamente camuflada como "republicana") de varios discursos de la mandataria.[9] Este bando discrepó rápidamente con el manejo que dio Áñez a la pandemia, que respondía con mayor facilidad al miedo e incluso a la paranoia de los sectores altos de la población, pero era poco sensible con los sentimientos de los sectores más carenciados, que necesitaban trabajar para vivir. Aunque debe tomarse en cuenta que, al mismo tiempo, Áñez concedía varias ayudas en efectivo a ciertos grupos de familias pobres, reducía temporalmente las tarifas de los servicios públicos y postergaba el pago de deudas bancarias y tributarias para quienes desearan acogerse a este beneficio.[10] Este aspecto, digamos "social", de su gestión fue el más apreciado por la población y se constituyó en el principal capital político de la presidenta/candidata durante su incompleta participación en la campaña electoral.[11]

Este segundo bando estaba compuesto por los sectores que había apoyado constantemente al MAS desde 2002, fecha en la que se puede datar el fin del periodo neoliberal comenzado en 1985. No por casualidad, estos estaban formados por los campesinos y los sectores plebeyos de las ciudades, o, según

9 Véase más abajo.

10 S. Doria Medina, *Análisis de 10 medidas económicas por la pandemia*, La Paz, Fundación Vicente Pazos Kanki, 2020.

11 "Áñez se despide pidiendo a Arce que mantenga los bonos" en *Los Tiempos*, 6 de noviembre de 2020.

otra categorización, por las clases bajas y medias-bajas (o "vulnerables") del país. Desde el punto de vista étnico-racial, en él se encontraban todos los indígenas y mestizos indigenizados o poco "blanqueados" del país. La cohesión y mutua lealtad de este bando se había ido aflojando con el declive del prestigio del MAS y el rechazo de cada vez más amplios grupos sociales a la reelección de Evo Morales, pero aún existía una conciencia de clase, una solidaridad étnico-racial y una común orientación ideológica que lo impulsó a recomponerse en una oposición en sordina –ya que no contaba con el capital cultural ni los medios de comunicación que estaban a disposición del otro polo–, pero masiva y comprometida contra el nuevo bloque social que se esforzaba en consolidar su poder sobre el país.

Tanto por su mayor o menor temor ante la covid-19, por un lado, y al parón productivo, por el otro, como por la comodidad o incomodidad que sentían en la situación creada por el derrocamiento de Morales (entrega del poder factual a nuevos actores con una clara filiación *anti-masista*) ambos bandos –los partidos que los representaban– se enfrentaron duramente en torno a la fecha de realización de las elecciones. Mientras que los partidos del bloque de poder emergente consideraban deseable (o, en el caso de Comunidad Ciudadana de Carlos Mesa, aceptable) que las elecciones se postergaran por las urgencias de la pandemia, el partido caído y ansioso de retornar al poder, el MAS, planteaba todo lo contrario: que nada era más importante que restaurar un orden institucional normal, a fin de evitar los abusos del gobierno interino, reconducir la gestión sanitaria y enfrentar de mejor manera la crisis económica. Este forcejeo estaba íntimamente relacionado con la propuesta electoral del MAS, que consistió en presentar a sus candidatos, Luis Arce y David Choquehuanca, como el

antídoto a las dificultades que vivía el país, que no se atribuían a un factor externo como la pandemia, sino al manejo desafortunado, negligente e incluso criminal de la cosa pública por parte del gobierno interino.

El enfrentamiento por la fecha de las elecciones constituyó el eje de la actividad política coyuntural desde marzo, cuando la pandemia llegó al país creando la necesidad de una primera postergación electoral, hasta la víspera de las elecciones. Y tuvo su epicentro en los bloqueos de caminos que organizó el MAS en agosto de 2021 en protesta por una segunda postergación de la fecha de elecciones ya aprobada por el Tribunal Supremo Electoral, que era la del 6 de septiembre. Estos bloqueos fueron muy fuertes, mostraron indirectamente que el MAS había recuperado la fortaleza de sus mejores tiempos, pero también tuvieron el efecto de cohesionar a "la (antigua) oposición", es decir, al bando contrario, que encontró en ellos una ocasión para cambiar la agenda pública, en ese momento llena con los problemas de gestión de Áñez. Los llamó "bloqueos del oxigeno" (a los pacientes de covid-19) porque impedían el traslado de este suministro desde Santa Cruz hacia el resto del país. Se dijo que 40 personas murieron por esta causa.[12] Esta campaña tuvo bastante efectividad entre las clases medias urbanas y tuvo un cierto efecto de contagio sobre los sectores populares. De ahí que Morales pidiera una rápida suspensión de los bloqueos.[13] Enseguida esta se efectuó por orden de la dirigencia, sin la conformidad de algunos sectores de

12 "Bloqueos de carreteras en Bolivia provocan muertes por falta de oxígeno medicinal" en *El Periódico*, 14 de agosto de 2020.

13 "El MAS pide a sectores afines levantar los bloqueos" en *Correo del Sur*, 11 de agosto de 2020.

las bases.[14] Estos bloqueos le quitaron puntos al MAS en la siguiente encuesta de intención de voto, pero la decepción de sus votantes respecto a las otras opciones electorales era más fuerte que los escrúpulos que podían haberse despertado en algunos sectores de ellos, como se supo después en las urnas.

Las elecciones como consolidación o freno del cambio extraparlamentario iniciado en noviembre de 2019

Desde otra perspectiva se puede caracterizar el 18 de octubre de 2020 como el momento en el que los bolivianos estaban llamados a elegir un gobierno para acelerar, atenuar o frenar el cambio político extra-electoral que había comenzado en noviembre del año anterior.

Este cambio había sido impulsado por las clases medias urbanas tradicionales –organizadas en comités cívicos, plataformas ciudadanas contra la reelección de Morales y partidos políticos opositores–. Aunque su principal bandera era la condena de la figura de Morales, este movimiento también albergaba un rechazo a la ideología nacionalista e indigenista, al modelo económico estatista y a la democracia corporativa que prevalecieron durante el gobierno de aquel. Por tanto, buscaba sustituir las condiciones socioeconómicas y sociopolíticas heredadas por otras sobre las cuales todavía no existía un pleno consenso. Sin embargo, de las medidas adoptadas por el gobierno de Áñez, y del análisis de los programas políticos

14 A. Ruiz, "Bolivia: Central Obrera anunció pausa en las protestas pero grupos indígenas seguirán con bloqueos" en *France 24*, 14 de agosto de 2020.

de los candidatos que representaban este cambio, se podía colegir los siguientes objetivos comunes:

a) Desestatizar la economía, por lo menos parcialmente, discontinuando la organización obsesiva de empresas estatales del pasado inmediato, retirando al Estado de muchos sectores en los que ya se encontraba o quería incursionar, e impulsando una economía privada diversificada.[15]

b) Encomendar a los grandes grupos agroindustriales y financieros la parte más importante de la tarea de reactivar una economía seriamente golpeada por la pandemia.[16]

c) Disminuir o incluso eliminar la influencia de las corporaciones sociales que estaban comprometidas con el anterior gobierno y eran piezas fundamentales del orden político previo (sindicatos obreros y campesinos, comunidades indígenas, agrupaciones de comerciantes, artesanos y transportistas, etc.). Este cambio se buscaba por motivos en parte políticos y en parte racistas, y fue propiciado mediante la acción de los aparatos armados del Estado y grupos parapoliciales –organizados al calor de las protestas contra Morales– que se hacían llamar "la resistencia".[17]

d) Restaurar la "república" de Bolivia,[18] esto es, el Estado de corte liberal tradicional, aunque con políticas multiculturalistas, que Morales reemplazó por el "Estado Plurinacional"

15 "Doria Medina anuncia 'ya no más empresas públicas'" en *Opinión*, 12 de febrero de 2002; C. Mesa, "El día después", 12 de abril de 2020, y "Soluciones para el presente y el futuro de Bolivia. Programa de Gobierno de Comunidad Ciudadana" en *blog personal*.

16 F. Molina, "Las 20 claves del Programa de Reactivación aprobado por el gobierno" en *Brújula Digital*, 26 de junio de 2020.

17 "Añez dice que se debe evitar que retornen los 'salvajes' al poder" en *Página Siete,* 4 de enero de 2020.

18 R. Atahuichi, "Añez reivindica la república y plantea la elección entre ella y el populismo o la 'dictadura'" en *La Razón,* 18 de agosto de 2020.

de Bolivia, el cual combinaba la democracia representativa con varias instituciones iliberales, en particular, la de los "derechos colectivos" indígenas a la tierra, al autogobierno municipal y a siete espacios parlamentarios "especiales".

e) Sacar al país de la red de relaciones sudamericanas tejida por Morales (muy debilitada de hecho por la situación que vivía Venezuela); atenuar los vínculos del país con Rusia y China, pasando otra vez a tener relaciones privilegiadas con Estados Unidos, y cancelar los contactos con Irán.[19]

Este cambio, de haberse completado, hubiese implicado un nuevo desplazamiento *pendular* de la sociedad boliviana de un régimen estatista, redistribuidor de riqueza y anti-estadounidense a un régimen privatista, acumulador de riqueza y favorable al "mundo libre", como el que ya hubo en los años 80, cuando el país comenzó a vivir su etapa neoliberal. Este giro resultaba potencialmente benéfico a las élites empresariales y sociales (las clases medias y altas que lo impulsaban, como vimos). Estas son más educadas, lo que les permite relacionarse con las corrientes internacionales de inversión; tienen más agencia económica, de modo que su movilidad social está más ligada al mercado, y se identifican a sí mismas como "no indígenas". El baluarte de estas élites es Santa Cruz, la región más rica, más moderna y menos indígena del país.

Quienes se oponían por completo al cambio que estaba en marcha y deseaban anularlo eran, como podrá suponerse, los sectores que más arriba hemos caracterizado como el bando o bloque más proclive al MAS. Podríamos llamarlos los "asustados", pero también los "furiosos" ante el cambio. Sus razones:

19 "Bolivia destaca la amistad y cooperación con Estados Unidos" en *Periódico Bolivia*, 4 de julio de 2020; "Bolivia asegura que cierra las embajadas por poco comercio con Irán y Nicaragua" en *elDiario.es*, 5 de junio de 2020.

el estatismo les ofrecía más oportunidades de ascenso social, ya que sus capitales políticos son mayores que los de los segmentos sociales altos; son pobres, así que preferían un modelo que redistribuyera riqueza antes que uno orientado a generarla; son indígenas, así que apoyaban el Estado Plurinacional y, finalmente, se organizan corporativamente, así que percibían los ataques contra sus organizaciones y el ascenso del "racismo republicano" como una amenaza directa a su existencia. Aunque fuera de manera tangencial, en los 14 años previos habían estado en el poder y no querían perder el acceso que por primera vez en la historia se les había franqueado a él...

El bloque de rechazo al cambio estaba representado y dirigido por el MAS. Este partido era el gran perdedor de la transformación que se estaba produciendo. Había perdido el poder junto con Morales y a resultas de ello sus principales dirigentes se hallaban exiliados, presos o enjuiciados.

El relato hegemónico en los medios de comunicación, las redes sociales y el debate cotidiano era que este partido cometió fraude electoral en las elecciones de octubre de 2019 y por esto el presidente Morales se vio obligado a "huir"; que los largos años de gobierno de Morales fueron un periodo de despilfarro y corrupción, en el que la democracia dejó de existir. Se consideraba, en consecuencia, el proceso político en curso como uno de "transición" hacia un futuro sin estos excesos, el cual necesariamente debía desembocar en la disminución o, para algunos, en la extinción del MAS.[20]

Este partido, por su parte, buscaba que el país volviera atrás y retomara las líneas de un cambio *pendular* anterior, iniciado por la llegada de Evo Morales al poder en 2006, y que se des-

20 "Acuerdo por la Unidad pide a CC, Juntos y Creemos unificarse para enterrar al MAS en elecciones" en *Éxito Noticias*, 18 de febrero de 2020.

dibujó en la ultima etapa de la gestión de este. Fue llamado, justamente, "proceso de cambio". Constituyó un periodo excepcional dentro de la historia del país, por la prosperidad de muchos años, la estabilidad institucional que convirtió a Morales en el boliviano que gobernó por más tiempo de la historia y la aparente calma política –la continua hegemonía del MAS– que, sin embargo, después lo supimos, era una superficie de agua estática que escondía terribles fenómenos subacuáticos, como el crecimiento del rencor de la clase media tradicional contra los gobernantes sui generis del país o como el racismo contra los indígenas que en este periodo adoptaron unos aires de mando que eran desagradables para los otros segmentos sociales.

La sorpresiva victoria de Arce con 55% de los votos

Luis Arce ganó las elecciones con una ventaja de 26 puntos porcentuales sobre su principal adversario, Carlos Mesa. Según el recuento oficial, Arce obtuvo el 55% y Mesa el 28% de los votos. El proyecto de continuidad del MAS –que por conveniencia llamaremos aquí "nacional-popular" demostró una mayor fortaleza numérica y vitalidad política –pese a su escasa apelación a los dueños del capital educativo y su menor acceso a los principales medios de comunicación– que el cambio restaurador del neoliberalismo que Áñez había comenzado y en el que se inscribían los demás candidatos *anti-masistas*. El modelo económico, la visión sobre el Estado, la ideología, la relación con la gente y la estructura partidaria del MAS no estaban tan debilitados como se presumía. Así lo reconoció

Carlos Mesa indirectamente en su evaluación de los resultados electorales.[21]

La diferencia lograda por Arce sorprendió a Bolivia y al mundo. De inmediato, los analistas señalaron al menos cuatro razones por las que se produjo esta sorpresa. El primer factor fue el equívoco de las encuestas, que en el mejor de los casos daban a Arce nueve puntos porcentuales por encima de Mesa y, en el peor, anticipaban un empate entre ambos. El diario que publicó este último sondeo, Página Siete, pidió disculpas a sus lectores y explicó que "la medición errónea del resultado electoral pudo generarse por el uso de encuestas telefónicas —inevitable por la pandemia—. Aunque se sospechaba que ello podía generar un sesgo, se asumió equivocadamente que el impacto iba a ser mínimo, por la alta penetración de la telefonía celular. Nunca antes se habían contrastado encuestas telefónicas con resultados electorales reales y como dice el dicho, la letra entra con sangre".[22] Según un especialista, quienes se equivocaron fueron los que leyeron los sondeos de forma convencional, es decir, distribuyendo los "indecisos" que aparecían en ellos entre todos los partidos, cuando la verdad era que todos terminarían votando por el MAS.[23] Ya se había advertido de la importancia del "voto oculto" por el MAS en un contexto político muy adverso y peligroso para este partido, a causa de la actitud beligerante de las autoridades gubernamentales y las otras fuerzas políticas.

Un segundo factor de la sorpresa que dio Arce fue que este consiguiera más votos que los logrados en 2019 por el

---

21 C. Mesa, "Comunidad Ciudadana y su horizonte tras el resultado electoral del 18 de octubre" en *blog personal*, 4 de noviembre de 2020.

22 "El error de las encuestas" en *Página Siete*, 23 de octubre de 2020.

23 Este especialista en demoscopia era Julio Córdova.

líder histórico de su partido, Evo Morales, lo que de antemano parecía imposible. Morales tuvo 2,9 millones de electores; Arce, en cambio, un poco menos de 3,4 millones. Dos son las causas probables de ello: el desgaste que ya sufría el presidente indígena en su décimo cuarto año de gobierno continuo y la esperanza que logró despertar Arce, gracias a sus antecedentes como exitoso ministro de Economía, de que sacaría al país de la grave crisis económica causada por la pandemia.

El tercer factor fue el tremendo impacto negativo que la gestión de la presidenta interina Jeanine Añez tuvo en los sectores indígenas y populares de la población. Esta se estrenó con la represión de las protestas de Sacaba y Senkata, como ya vimos. Continuó con su rechazo al principal juicio por racismo que se había realizado en el periodo de Morales para sancionar a unos universitarios que vejaron a campesinos durante un conflicto social.[24] Además, Añez llamó "salvajes" a los seguidores del MAS, causando rechazo interno y externo.[25] Y se adhirió a la "república" en oposición disimulada al "Estado Plurinacional de Bolivia" creado por la Constitución de 2009, el cual le da una identidad indígena al país.[26] Sus considerables esfuerzos para entregar ayudas en efectivo a las poblaciones más carenciadas no fueron suficientes para compensar o tapar estos desaciertos.

Por otra parte, el ministro de Gobierno de Añez, Arturo Murillo, hizo un manejo tan arbitrario de la seguridad del Estado que hizo olvidar a la gente el autoritarismo del Gobierno

---

24 "Añez califica de perversa la acusación a Sucre como 'racista' por los hechos del 24 de mayo de 2008" en *El Deber*, 4 de enero de 2020.

25 "Añez dice que se debe evitar que retornen los 'salvajes' al poder" en *Página Siete,* 4 de enero de 2020.

26 "Añez reivindica la República y plantea la elección entre ella y el 'populismo' o la 'dictadura'" en *La Razón,* 18 de agosto de 2020.

anterior. "Tras años de promesas de las fuerzas democráticas en sentido de que después del gobierno de Morales vendría una etapa de reconciliación, eficiencia y democracia, resulta que ocurrió lo contrario. La retórica agresiva ('narcotirano', 'terroristas', 'sediciosos', 'castro-chavistas', 'los cazaremos como animales'), la corrupción, la ineficiencia, la rotación increíble de altos cargos, la persecución judicial, en fin, la ineptitud completa para gobernar, dieron un mensaje muy claro a esos votantes desilusionados del MAS", resumió en la prensa local el periodista Raúl Peñaranda.[27]

El cuarto y último factor fue la incapacidad de la campaña de Carlos Mesa de dirigirse a las clases bajas urbanas, las que finalmente definieron la elección. En lugar de esto, Mesa apostó a ser el "voto útil" de las clases medias en contra del MAS, lo que lo llevó a entrar en un juego político que se derrumbó cuando el líder de las protestas del año pasado contra Morales, Luis Fernando Camacho, decidió no "bajarse" y montar una candidatura diferente sobre el regionalismo de Santa Cruz, la región más próspera y con menos indígenas del país, tradicionalmente antagónica a los líderes provenientes de La Paz. Camacho obtuvo 14% de los votos, cifra con la que obtuvo el tercer puesto.

27 R. Peñaranda, "Razones de victoria del MAS" en *Brújula Digital*, 22 de octubre de 2020.

Ocho tesis sobre la reconfiguración del MAS (2019-2020)[1]

1. Para entender la reconfiguración del Movimiento al Socialismo (MAS) en el período que va de octubre-noviembre de 2019 a octubre-noviembre de 2020, debemos partir de una definición de este partido antes de este periodo. El MAS 1997-2019 era un partido que juntaba al redencionismo nacional-popular de los sindicatos campesinos con los residuos etapistas y foquistas de la disminuida izquierda tradicional boliviana (precaída del muro de Berlín), el indianismo culturalista de grupos de indígenas letrados y el posmarxismo y el neoprogresismo de ciertos grupos intelectuales de clase media.

Así constituyó, por primera vez, la unidad de la izquierda boliviana dentro de un movimiento político con una ideología que, aunque diversa, era hegemonizada por el proyecto nacional-popular: estatismo, redistribucionismo, uso del voto como método de transformación, desarrollismo, antiimperialismo light, etc.

1 Publicado en *Brújula Digital* el 6 de mayo de 2021.

En este conglomerado, la izquierda tradicional (soviética, castrista, nacionalista, etc.) ocupaba un papel subordinado aunque no insignificante. La línea ideológica y el estilo organizativo los marcaba un caudillo, Evo Morales, y su grupo de adláteres, el "entorno", que repetía, operaba y ejecutaba las decisiones del jefe unificador. Si sumamos Evo a su entorno, obtenemos el "evismo". El evismo era la dirección efectiva del MAS "ampliado", es decir, como adición de los sindicatos (donde primaba una parte del entorno directamente ligada a Evo y su lucha sindical, como Leonilda Zurita, Hugo Salvatierra, Silvia Lazarte, etc.), los intelectuales urbanos (donde primaba el entorno vinculado al vicepresidente Álvaro García Linera) y los funcionarios gubernamentales (donde primaba la parte del entorno ocupada y disputada por los ministros y parlamentarios más destacados, Juan Ramón Quintana, Carlos Romero, Alfredo Rada, Gabriela Montaño, Susana Rivero, etc.)

2. Luego del derrocamiento del 10 de noviembre, el evismo quedó neutralizado por el exilio, la prisión, la persecución policial y el repudio de la población urbana acomodada. Por las razones antedichas y por su poca disposición a la lucha, la parte más campesina y sindical del entorno fue desplazada por nuevos dirigentes. La vieja guardia fogueada y formada en la lucha contra el neoliberalismo, en especial en cuanto a sus miembros de clase media, fue sacada de en medio por la acción combinada de los "pititas" y Arturo Murillo. Como resultado final, el MAS se quedó prácticamente sin dirección en Bolivia.

3. Este vacío de dirección efectiva fue llenado por dos grupos que dieron un paso adelante en condiciones de fuerte adversidad. Por un lado, una camada de dirigentes sindicales de

segunda línea o recién llegados y de parlamentarios que no se habían destacado hasta entonces. A diferencia de los anteriores, muchos de estos dirigentes no se habían formado en la lucha contra el neoliberalismo, sino en los días mullidos y tentadores del ejercicio del poder, y tenían un estilo de pensar y actuar más parecido al de los "partidos tradicionales" contra los cuales el MAS se enfrentó a principios de siglo. Entre ellos se destacaban Eva Copa, Sergio Choque, Segundina Flores, Rolando Cuellar, etc. En general, se los podría calificar como "oportunistas".

Por el otro lado, el grupo conformado por los exfuncionarios de los gobiernos de Morales que habían ocupado la segunda y tercera líneas y que por eso no eran procesados ni habían tenido que escapar del país. Por ejemplo: María Nela Prada, Eduardo del Castillo, Marcelo Montenegro, etc.

Cuando el MAS elige a sus candidatos a la presidencia y vicepresidencia, ambos grupos se hallan representados (o se alinean con cada uno de los miembros del binomio): la nueva burocracia plurinacional especialmente con Luis Arce, largos años ministro de Economía de Evo, y la nueva dirigencia oportunista de los campesinos especialmente con David Choquehuanca, líder aymara expulsado del entorno evista en 2017 por sus aspiraciones presidenciales.

4. Los dos grupos ascendentes coincidieron en su deseo y necesidad de bloquear el retorno del evismo a la dirección del partido y del gobierno, en caso de que el MAS ganara las elecciones. El discurso para posibilitarlo exaltó los valores de la "renovación" y la rotación, apreciados por los bolivianos de la ciudad, el primero, y del campo, el segundo. Los nuevos

sindicatos *masistas* acordaron que el entorno no volvería a gobernar.

Choquehuanca, que había visto en el pasado cómo sus colaboradores y él mismo eran alejados del "instrumento político", alimentó el rechazo interno al entorno, en particular contra la némesis del líder indígena, el ex vicepresidente García Linera. Para los dirigentes oportunistas, el retorno del entorno era una puerta para que entraran al Estado cantidades de profesionales de la clase media blanca y ocuparan puestos que ellos ambicionaban. Además, hubiera sido un acto contrario a su concepción del servicio público como una oportunidad (de ahí el nombre que les hemos puesto) que debe compartirse por medio de una ciega rotación (que es la modernización adulterada de la tradición indígena de los cargos públicos rotativos).

Para la burocracia plurinacional, que con el fin del entorno pasaba a la cabecera, también era una amenaza. Un hipotético retorno de sus antiguos jefes no le convenía. Primero, estas pulsiones se enfocaron incidentalmente en el propio Evo Morales, luego se fijarían sobre todo en él.

5. Al perder su dirección evista, el MAS pasó de una etapa posrevolucionaria, que había comenzado en 2014 con los acuerdos Evo-burguesía agroindustrial cruceña, a una etapa "sindicalista" (en el sentido de no política y no ideológica) y semi-oportunista. Tendríamos entonces la siguiente periodización:

- Etapa formativa: 1997-2002.
- Etapa pre-revolucionaria de masas: 2002-2006.
- Etapa revolucionaria no hegemónica: 2006-2009.
- Etapa revolucionaria hegemónica: 2009-2014.
- Etapa posrevolucionaria: 2014-2020.
- Etapa sindicalista y semi-oportunista: 2020-…

6. En el gobierno de Luis Arce cohabitan los dirigentes sindicales oportunistas y la burocracia plurinacional. Inicialmente ninguno de estos sectores, ni tampoco Arce o Choquehuanca, poseía las habilidades, motivaciones y apoyos necesarios para actuar como lo había hecho el evismo en el pasado. En lugar de eso, Arce consolidó la inclinación sindicalista y semi-oportunista del movimiento y el gobierno en su conjunto. Simultáneamente, para compensar la ausencia del evismo, Arce usó varios expedientes: a) repitió medidas que habían sido exitosas en el pasado (por ejemplo, el control de exportaciones), pese a la muy diferente situación que se vivía (en esto también tenía que ver su compromiso personal con el modelo económico vigente); b) mantuvo su animadversión personal a la burguesía financiera y agroindustrial, ya exhibida cuando fue ministro de Economía, pero lo hizo ahora sin el contrapeso de Evo y su instinto populista para establecer alianzas; c) desplegó un discurso más ideológico, menos nacional-popular y más izquierdista (del siglo XX), recordando intensamente su pasado como militantes del PS-1 de Marcelo Quiroga Santa Cruz.[2]

Por eso se presentó esta paradoja: en ciertas áreas, el gobierno de Arce apareció más a la izquierda que las gestiones de Evo (los empresarios trataron de acudir a este para pedirle que modere a Arce), mientras que, en globo, se trataba de un gobierno de índole burocrática –incluso tecnocrática– y semi-oportunista con muy pocas condiciones para abordar importantes transformaciones (por ejemplo, una de sus primeras medidas fue anunciar una reforma de la justicia de la que inmediatamente se retractó).

2 Cuando la división del MAS se agravara, dejó de hacer esto para eludir las acusación de "traición" que puso en escena Morales.

7. El sistema de gobernanza del MAS siempre ha sido el personalista decisional o caudillista. Lo siguió siendo, pero en la nueva etapa, aunque Evo se mantenía como el caudillo principal, su poder ya no era indiscutido. Lo contestaban los dirigentes "oportunistas", los cuales poco a poco se fueron alineando tras Arce. De ahí que no sea Morales el que, con su idiosincrasia y sus decisiones, caracterice y defina esta etapa de la historia del MAS, sino la tendencia sindicalista y oportunista, como hemos señalado.

Arce no es un caudillo natural, pero ocupa una investidura cargada de expectativas y mitología caudillistas, que lo ha convertido en un cacique fantasmal o en la sombra. Choquehuanca, que en el pasado aspiró a ser el heredero o caudillo sustituto, ostenta, en la medida de sus posibilidades, un poder alternativo. En suma, por primera vez en la historia, el liderazgo dentro del MAS no está concentrado exclusivamente en Morales. Hoy hay una mayor cantidad de figuras fuertes y algunas buscando complicar el monopolio político de aquel sobre su partido.

8. Más allá de cómo se definan, los acontecimientos que se produjeron en 2019-2020 fueron mayormente traumáticos para el MAS, partido derrocado del poder, perseguido judicial y policialmente, amenazado de proscripción, escarnecido por la población acomodada y educada del país y por los medios de comunicación. Este trauma fue especialmente fuerte para el evismo, que ejercía la dirección y la representación pública del MAS. Como resultado de ello, el evismo ha cambiado. Esto significa, en resumidas cuentas, que Evo Morales mismo ha cambiado (aunque el marginamiento de sus colaboradores

del actual gobierno también puede estar cumpliendo un papel en este cambio).

Por supuesto, Evo no ha alterado sus rasgos esenciales: su voluntad de hierro, su enraizamiento en los sectores plebeyos, su intuición para leer en ellos, su entrega casi irracional a la política, su apetito insaciable de reconocimiento y figuración pública, su narcisismo y su intolerancia (que, entre otras cosas, le llevó a apartar a Eva Copa de su lado, quizá porque la veía como una competidora, quizá porque la sentía poco digna de confianza).

Aparte de esto, Morales hoy se presenta menos como un líder nacional-popular boliviano que como un líder del socialismo del siglo XXI. Un año de convivencia con la muy ideologizada izquierda argentina tuvo su efecto. También tuvo su efecto que la mayor parte de los Estados (entre ellos todos los europeos, inclusive la siempre importante España) hubieran reconocido la presidencia de Jeanine Añez. Y que, en cambio, Cuba y Venezuela hubieran respaldado al ex presidente con claridad en momentos muy difíciles.

Por otra parte, la necesidad de Evo de "ordenar" al partido, ya sea por buenas razones (la lucha contra el oportunismo) como por malas razones (evitar el surgimiento/crecimiento del choquehuanquismo y el arcismo), lo llevó a hablar de la adopción ciertos métodos burocráticos inéditos en su conducción del MAS. Organizó un congreso organizativo para elaborar el estatuto partidario, que favorece claramente sus intenciones de controlar el poder mucho tiempo más.

Evo comenzó a aparecer rodeado de los miembros más radicales y/u ofendidos del evismo (los ex ministros Juan Ramos Quintana, entre los primeros, y Romero, entre los segundos),

en tanto que los más moderados salían como embajadores o se buscaban la vida en el sector privado.

En suma, el MAS aparecía escorado a la izquierda del siglo XXI y el gobierno de Arce a la izquierda del siglo XX, perdiendo ese equilibrio nacional-popular que le dio el éxito a este partido en numerosas ocasiones.

Gobernar sin dirigir (el asedio cultural al MAS)

El marxista Antonio Gramsci identifica dos tipos de procesos revolucionarios, de acuerdo a una clasificación sacada de la teoría militar. Uno de ellos es la "guerra de movimiento", que consiste en un ataque directo al poder político, el cual se puede capturar con maniobras rápidas y penetrantes ya que carece de un sistema defensivo extenso y complejo. El otro es la "guerra de posiciones". Cuando el Estado está protegido de una manera especial, que luego explicaremos, un ataque directo no es posible; hay que realizar un acercamiento progresivo al objetivo capturando una a una las diferentes "fortificaciones" que lo rodean y lo prolongan en el seno mismo de la sociedad.

Gramsci cree que la "guerra de maniobra" hubiera podido ocurrir en Alemania, Francia e Inglaterra hasta la década de 1870, cuando se había producido la consolidación de la sociedad burguesa y había comenzado el predominio, en estos países, del régimen parlamentario de gobierno. De ahí en adelante la "guerra de posiciones" había sido inevitable en ellos y en otros países desarrollados. La "guerra de maniobra", en cambio, se mantenía vigente como posibilidad en los países

no desarrollados, en los que las estructuras estatales todavía eran gaseosas y volátiles.

Por otra parte, para Gramsci, esas fortificaciones desarrolladas y extendidas que hacen necesaria la "guerra de posiciones" están implantadas en la "sociedad civil", que él entiende como el campo de los intereses privados. Consisten en los aparatos, instituciones y procedimientos privados de reproducción del "consenso", es decir, de la superestructura jurídico-político-ideológica y del dominio cultural de la sociedad.[1]

Ningún otro Estado sudamericano es más gaseoso y volátil que el boliviano. Su debilidad es proverbial. La sociedad civil boliviana, en cambio, está mucho mejor organizada y consolidada que él, con sus redes de organismos corporativos, sus fortísimas relaciones personales y familiares, sus mecanismos de control de los pensamientos y los comportamientos disfuncionales.

Esta metáfora del Estado débil y la sociedad civil fuerte, sin embargo, requiere de precisiones para ser relevante. Toda sociedad está dividida en distintos grupos sociales. Generalmente cuando se dice "la sociedad boliviana es fuerte" se quiere significar que las clases populares, los trabajadores y los campesinos, las plebes urbanas muestran un alto grado de cohesión organizativa y de motivación y dinámica políticas. Pero también es cierto que las clases y grupos históricamente dominantes se han articulado y respaldado corporativamente. Su carácter dominante les ha permitido la explotación continuada del Estado, siempre en competencia con los otros grupos sociales, también muy organizados e interesados en lo mismo ("rentismo"); esto ha impedido el surgimiento de un Estado

1 A. Gramsci, *Antología* (de Manuel Sacristán), México, Siglo XXI Editores, 2017.

poderoso y separado de los grupos de interés, un "Estado de tipo weberiano". El Estado es débil, entonces, *porque* la sociedad es fuerte. La relación entre ambas condiciones tiene un carácter causal.

Esto trastorna la anticipación de Gramsci: Bolivia no es un país desarrollado, pero tiene una sociedad civil muy compleja y "tupida" que, aunque sea distinta en muchas dimensiones a la sociedad civil europea, puede cumplir en determinadas circunstancias el mismo papel de bloqueo del cambio social. El presente artículo se refiere a esta función conservadora de la sociedad civil boliviana.

Por la ausencia de un Estado plenamente moderno, los hechos revolucionarios en Bolivia se han asemejado más al tipo de la "guerra de maniobra" presentado por Gramsci. Fueron ataques directos ("blanquistas") al poder, como los que produjeron los gobiernos de Busch o Torres, o fueron insurrecciones, como la que fracasó en 1949 o la que triunfó en abril de 1952. Otro proceso que hay que considerar como una "guerra de maniobra" revolucionaria fue el ascenso al poder del Movimiento al Socialismo (MAS) en 2006, corolario pacífico de las insurrecciones de octubre de 2003 y junio de 2005. Y como "yapa", la victoria en 2008 de este partido sobre la resistencia que la élite tradicional presentó a su gobierno.

Cada vez que a lo largo de la historia los revolucionarios bolivianos tomaron el aparato estatal, simultáneamente capturaron una porción de las fortificaciones culturales, de las instituciones jurídicas y políticas, de los aparatos de reproducción del consenso, pues esta porción iba adosada a aquel. Incluso un Estado débil como el boliviano consiste en una enorme concentración de redes institucionales y, por tanto, posee una importante cantidad de recursos culturales de todo

tipo (escuelas públicas, institutos de capacitación, entidades gubernamentales con influencia comunicacional y pedagógica, medios de comunicación, reservas financieras para incorporar y controlar a individuos y procesos privados, etc.) Además, toda sociedad está ancestralmente adiestrada en la obediencia al Estado, aun si este acatamiento es parcial y condicional. Tal hábito colectivo neutraliza por un periodo la acción de los grupos contestatarios.

En suma, las capturas revolucionarias generaron momentos de hegemonía (coerción estatal + consenso generado por el Estado + obediencia debida a las autoridades). Sin embargo, estos fueron momentos hegemónicos "febles", por llamarlos así, porque el grueso de las capacidades persuasivas y de los mecanismos ideológicos permanecieron, como de costumbre, en la sociedad civil y, por tanto, en manos de la élite dominante. Al no existir un "Estado weberiano" que se impusiera sobre la sociedad y al no haber realizado los revolucionarios "guerras de posiciones" para llegar al poder (al no haber necesitado ganar la hegemonía cultural antes de la toma del poder), estos gobernaron la sociedad política sin gobernar al mismo tiempo la sociedad civil. Así, cuando el "efecto hegemónico" de lo primero se fue debilitando, quedaron encerrados dentro de un "enclave político" (esto es, solamente en posesión de la coerción) y rodeados por fortificaciones culturales enemigas.

Pasando de Gramsci a otro italiano, Nicolás Maquiavelo, pensemos en el principal tema del más importante libro de este: La entrada de un príncipe en un principado que nunca antes había sido suyo. Maquiavelo prevé la consecuencia más probable, esto es, que los viejos señores del lugar aborrezcan al advenedizo y conspiren contra él. No otra cosa había visto en su propia experiencia política y diplomática. Estos adversarios

tenían una ventaja sobre el nuevo príncipe: su condición de naturales del país, su familiaridad con las costumbres y necesidades de los habitantes del principado. Digámoslo en una palabra: lo aventajaban por su *conocimiento*. Entonces, si el príncipe no actuaba "con virtud", perdía el poder.

Otra imagen que surge para ilustrar los argumentos que estamos planteando es la de los ejércitos bárbaros que, en el alba de la Edad Media, conquistaron provincias y ciudades del Imperio Romano: A ellos su poder militar no los libró de la necesidad de gobernar junto a las élites, más cultas y avanzadas, de las sociedades que habían conquistado.

Tenemos entonces dos posibles salidas para una situación de captura revolucionaria del poder sin el logro de una hegemonía perdurable. El previsto por Maquiavelo: el príncipe no sabe combatir eficientemente a sus enemigos y entonces sucumbe. Y el que se desprende del ejemplo histórico de fines del Imperio Romano: el conquistador que ha triunfado en la "guerra de maniobra" termina siendo conquistado en la larga "guerra de posiciones" que, tras su victoria, los viejos señores entablan en su contra.

Podemos ilustrar ambos casos con ejemplos bolivianos: el primero corresponde claramente con lo sucedido durante el gobierno de Villarroel (1943-1946), quien terminó siendo victimado por una contrarrevolución restauradora instrumentada por la propaganda, la incitación ideológica y la dirección estratégica de los antiguos dirigentes del país, desplazados por el golpe de Estado (la "guerra de maniobra") villarroelista de 1943.

La otra opción puede ilustrarse con la experiencia de la Revolución Nacional, que fue carcomida desde dentro por la élite tradicional del país, un proceso que René Zavaleta llamó

"paradoja señorial". Los "bárbaros" del MNR fueron subsumidos por los grupos sociales superiores que desde el poder los revolucionarios habían comenzado a imitar, a incorporar y, por tanto, a reproducir. Los emenerristas no lograron convertirse en una nueva élite más que por medio de la adquisición de la "blanquitud" étnico-racial y cultural que ostentaba la oligarquía prerrevolucionaria. Se divorciaron así del pueblo que los había empujado al poder; reprodujeron la vieja división social y el mismo sistema ideológico tradicional.

No se conoce en cambio de ningún caso boliviano en el que la revolución política se hubiera convertido en una "revolución cultural"; en el que aquellos que habían ganado el poder político con una "guerra de maniobra" asaltaran a continuación las posiciones más importantes del campo cultural y vencieran sistemáticamente los valores, pensamientos y hábitos orientadas en su contra, iniciando una nueva tradición cultural.

El MNR hizo más que ningún otro grupo revolucionario para consumar tal "revolución cultural". Su poder político era muy importante, contaba con el apoyo de una parte de la clase media, sus dirigentes recordaban la experiencia de Villarroel, etc., y por eso el partido del 52 se atrevió a mucho: cambió los mecanismos educativos, trató de reformar las universidades, produjo una simbología y una ritualidad, creó su propia arqueología, su propia historiografía, su propio cine, etc. Desarrolló una política respecto a los intelectuales y artistas, y logró la cooptación de muchos de ellos. Aun así, lo que hizo fue insuficiente para conservar el rumbo revolucionario del país y para eliminar la influencia de la oligarquía desplazada sobre su acción y su destino. Al contrario, esta aprendió las nuevas formas imperantes y los códigos revolucionarios para reciclarse y conservar su poder en el nuevo orden social. En cuanto este

orden se debilitó, se volcó entera a la tarea de restaurar sus viejos privilegios, lo que sin embargo no pudo lograr completamente, frenada por la profundidad de las transformaciones de la Revolución, en particular la reforma agraria y el voto universal. De cualquier manera, la vieja jerarquía étnico-racial, con los descendientes blancos arriba y los descendientes indígenas abajo, quedó intacta.

Entre 2009 y 2016, la hegemonía política del MAS impulsó también una reforma cultural, aunque esta no fuera tan ambiciosa y penetrante como la del MNR. La novedad de las ideas asociadas con el "giro a la izquierda", el "retorno del marxismo", el auge del indianismo, el trabajo intelectual de la Vicepresidencia de Álvaro García Linera, la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, la compra-venta de algunos medios de comunicación, la presión económica sobre otros, el incremento inusitado de los recursos comunicacionales del Estado, todo esto le dio al MAS cierta gravitación ideológico-cultural sobre el conjunto del país.

Pero este esfuerzo se quebró en los años posteriores. La insistencia en la reelección presidencial de Evo Morales, que enfureció a la clase media, socavó las construcciones culturales que comenzaban a levantarse sobre el territorio del "proceso de cambio". Los sucesos de 2019 y 2020 pusieron al MAS nuevamente dentro del "enclave político", donde se hallaba completamente aislado y bajo el asedio cultural de ciertos sectores de la sociedad civil. Y parecía menos capaz que nunca de enfrentar este desafío.

Sobre todo, carecía casi completamente de "intelectuales orgánicos" que crearan los valores, las interpretaciones de la realidad, los sentidos comunes que necesitaría para extender su dominio político al resto de los campos sociales. Muchos

cuadros que había formado en el pasado fueron alejados o subordinados; los que emergieron en la crisis fueron absorbidos por los puestos públicos. Y no había cooptación de intelectuales externos ni formación de nuevos valores.

Esta situación era en parte auto-infligida, una decisión emocional del MAS de "vengarse" de la clase media por su comportamiento contra la reelección de Evo, reduciendo su presencia en la toma de decisiones, a fin de prevenir "traiciones". En otra parte, se debía a la toma de todos los cargos públicos por las "organizaciones sociales" sin mediaciones de ningún tipo, con el argumento de que estas mediaciones habían precipitado la derrota de 2019, pero en realidad para hacer un uso más instrumental y probendal del poder. Y en una tercera parte era un resultado indirecto del corporativismo de la clase que es la operadora cultural por excelencia.

Dada la exigüidad de la burguesía, la clase media es la parte más importante de la élite tradicional del país y también la primera afectada (más incluso que la burguesía) por la ocupación *masista* del Estado, lo que se ha expresado en su polarización contra las ideas, los símbolos y la identidad de este partido. Decíamos que es corporativa como el resto de los grupos sociales nacionales. Por tanto, se aseguró de que casi todos sus miembros se alinearan en el frente restaurador, bajo pena de perder sus espacios de reproducción, los que –repitiendo la trayectoria de casi todos los procesos radicales bolivianos– no fueron tocados por el cambio político *masista* y por tanto se mantuvieron como un monopolio suyo.

Además, la élite tiene el *habitus* del comando cultural. También por eso puede ser drástica con quienes se aparten de los discursos que reflejen sus posiciones. Aunque no pueda usar el poder político y sus posibilidades de cooptación, en

cambio sigue dominando los espacios institucionales en los que se insertan los trabajadores culturales. Esto le permite impartir orden, imponer "lo que es posible decir" y silenciar lo que tiende a ser disfuncional.

Como resultado, tras su retorno, el MAS lideraba la sociedad política, pero resultaba débil y subalterno dentro de la sociedad civil. No tenía forma de actuar de manera dominante en el sistema de la opinión pública. Tenía el control legal de la fuerza pública, pero carecía de capacidad para generar consenso. No lograba generar las interpretaciones "válidas" sobre su gobierno, sus líderes y sus iniciativas reformistas. Perdía todas las disputas por el sentido social. Carecía de capacidad de proponer una agenda pública y modelar un debate mediático favorable para sus perspectivas (los medios de comunicación oficialistas tenían poco impacto y el gobierno carecía de estrategias comunicacionales efectivas). Había perdido el control de los procesos ideológicos del país. En suma, gobernaba pero no dirigía.

Esta situación también se debía al desgaste del "proceso de cambio" por diversos motivos. Lo cierto es que lo relacionado con este proceso ya no resultaba ni innovador ni potente y por eso perdió el "efecto hegemónico" que había tenido en el pasado. Ahora bien, este problema también estaba conectado con la ausencia de una estrategia de "guerra de posiciones" que renovara y refrescara la narrativa del cambio *masista*, permitiéndole re-ilusionar a ciertos sectores que lo apoyaron en el pasado y luego tendieron a alinearse en contra.

Pero la causa principal tenía carácter estructural. Se debía al racismo que ha marcado históricamente al país, concentrando los capitales culturales entre los descendientes blancos y despojando de ellos a los sectores indígenas que el MAS aglutina y

representa (y cuyo peso en este partido, inédito en la historia política del país, lo ha preservado de la deriva predicha por la "paradoja señorial" al mismo tiempo que lo ha limitado para la guerra de posiciones en el campo cultural).

La escisión[1]

El 29 de marzo de 2022, el Movimiento al Socialismo (MAS) celebró en la ciudad minera de Oruro el 27º aniversario de su fundación. Estuvieron allí sus tres principales dirigentes: Evo Morales, considerado el "líder indiscutible" del movimiento; Luis Arce, presidente del Estado y ex ministro de Economía de Morales, autor del modelo económico que ha estado vigente en el país desde 2006; y David Choquehuanca, vicepresidente y ex canciller de Morales, de quien se hallaba distanciado desde 2017. El acto discurrió sin percance alguno. Si no hubiera sido por la insistencia de los discursos en la necesidad de la "unidad", nadie se habría dado cuenta de los serios problemas en que se encontraba el partido oficialista de Bolivia.

En su discurso, Morales señaló con razón que su movimiento era "único". Y no solo por constituirse como la organización directa de una gran variedad de sindicatos de campesinos y trabajadores, que fue lo que él mencionó. También porque representó, por casi 27 años, la unidad de la izquierda boliviana, un sueño que para esta corriente había resultado imposible

1 Publicado en *Nueva Sociedad* 299, mayo – junio de 2022, con el título de "El MAS boliviano ya no baila solo al ritmo de Evo".

de concretar durante todo el siglo XX. Pero la condición del MAS de frente único de la izquierda, que se dio gracias a un conjunto muy particular e irrepetible de circunstancias históricas, quedó en entredicho. Cada uno de los personajes que se sentaron juntos en el escenario del acto de aniversario representaba a un ala partidaria distinta.

Desde que volvió al país en noviembre de 2020, luego de su exilio mexicano y argentino, Morales controlaba férreamente el aparato del partido. Arce había sido elegido presidente poco antes y formado un gobierno que si bien implicaba una distribución del poder entre los diferentes órganos y bloques del MAS, poseía un núcleo "arcista" y no incorporaba más que tangencialmente a los principales colaboradores de Morales en el pasado, el "entorno" que había manejado las riendas del poder entre 2006 y 2019.

En el interior del MAS, las demandas de renovación se solapaban con disputas faccionales que venían tensionando el liderazgo de Morales. El principal valedor de esta consigna de renovación era, sin embargo, un miembro de la vieja guardia, por mucho tiempo considerado una de las personas más próximas y sucesor de Morales: David Choquehuanca. Este, en su discurso después de su juramento como vicepresidente, el 8 de noviembre de 2020, dijo que el poder debía "fluir". Además, constantemente alentaba a los jóvenes a tomar el testigo. Choquehuanca es el referente de algunos dirigentes intermedios que, por una razón u otra, se han distanciado o se sienten desplazados por la dirección nacional del MAS, dominada por Morales. La consigna de renovación, por tanto, lo beneficiaba en la misma medida en que perjudicaba al ex presidente.

Choquehuanca se enfrentó a Morales tras el referendo de 2016 que debía habilitar al entonces presidente para una tercera reelección. El MAS perdió y Choquehuanca se comenzó a mover como su posible sustituto, lo que ocasionó la respuesta de Morales, quien lo despidió del Ministerio de Relaciones Exteriores en 2017; posteriormente, se "exilió" en un puesto diplomático secundario y todos sus colaboradores directos pasaron a la "congeladora". Entretanto, Morales lograría una controvertida habilitación por la vía de una sentencia del Tribunal Constitucional para disputar un cuarto mandato presidencial.

La reacción contra Choquehuanca se debió a que el entorno evista no podía permitir que se perfilara un nuevo presidente y, por tanto, un nuevo entorno. Tal es la lógica de los agrupamientos políticos en Bolivia: fundamentalmente caudillista. La caída de un líder implica la salida del poder de todo un grupo; por tanto, este se halla fuertemente motivado a impedirla. O, a la inversa, el ascenso de un nuevo dirigente implica el ascenso de un nuevo grupo, como ha ocurrido tras el juramento de Arce como presidente. Esto, pese a que Arce había sido parte del entorno de Morales y había llegado a la candidatura presidencial por una decisión personal de este. El candidato elegido en Bolivia por el MAS para que lo representara en las elecciones de 2020 era Choquehuanca. Morales y el núcleo de exiliados en Argentina antepusieron a Arce, tanto porque les parecía un mejor candidato para un momento de crisis económica como el que vivía el país, cuanto porque no deseaban que un rival –que además es indígena– ocupara el puesto principal. Así, Choquehuanca perdió la oportunidad de ser presidente del país. Obviamente, esto profundizó su distanciamiento de Morales.

Causas de la fisura

"El enemigo principal del MAS es la derecha que busca confrontarnos con traiciones, ambiciones y mentiras. Nuestra obligación es preservar la unidad", tuiteó el 25 de marzo Morales. Días antes, un comunicado del gobierno del presidente Arce exhortaba al oficialismo boliviano a resistir "las tácticas no convencionales [que] utilizando todo el poderío de la guerra multidimensional [esperan] lograr la implosión de las fuerzas internas de nuestro proceso de cambio".[2]

De estas declaraciones se podía inferir tanto el miedo a la escisión en el MAS –y, por tanto, la admisión de la posibilidad de su división– como la tendencia a responsabilizar de esta a un tercero: la derecha boliviana y sus "tácticas no convencionales" de guerra. Para un observador neutral, las causas de los problemas del MAS eran más bien internas, aunque esto no significara que la oposición no siguiera con particular interés la pelea entre facciones, ya que su futuro dependía de cómo esta se desarrollase. También es cierto que los principales medios de comunicación, que tienen una línea editorial *anti-masista*, exponían en grandes titulares cualquier roce o desencuentro entre unos y otros dirigentes izquierdistas. Después del festejo del aniversario ya mencionado, *Página Siete*, el diario más abiertamente enfrentado al MAS, tituló: "Pese a fracturas, el MAS se esfuerza por mostrar unidad".

Pero ¿cuáles eran las causas de la disputa? Primero, el MAS carece de una fuerte institucionalidad, como no la tiene ninguno de los partidos políticos bolivianos. Aunque en Bolivia varios partidos han sido ideológicos y han tenido cierta vida

2 Ministerio de la Presidencia, "La unidad del pueblo es la garantía de la democracia intercultural", marzo de 2022.

interna, su principal tendencia ha sido siempre la *personalista*, lo que tiene que ver con la forma predominante de las relaciones sociales en el país, que no son del todo modernas y están mediatizadas por los resabios de la colonización. En Bolivia, el Estado es débil, siempre ha estado cooptado y manipulado por distintos sectores sociales, nunca ha podido imponerse del todo a la sociedad ni abarcar todo el territorio nacional, así que nadie puede estar seguro de que las normas y los derechos se aplicarán de forma objetiva y permanente, una condición imprescindible para el funcionamiento pleno de las instituciones.

A fines del siglo XIX, el fundador del Partido Liberal, Eliodoro Camacho, elogiaba a su criatura como el "primer partido impersonal" del país. Solo que tampoco lo fue. Apenas llegó al poder se dividió en facciones, según los diferentes presidentes que, en su representación, se iban sucediendo en el poder. Cuando no existen respaldos seguros para la institucionalidad, y cuando las instituciones son débiles, solo los individuos esclarecidos pueden proveer el orden y la certidumbre que se necesitan. El dirigente se convierte así en "caudillo".

El caudillismo es un concepto a menudo mal definido pero que tiene una larga tradición literaria en América Latina. El más célebre sociólogo marxista boliviano, René Zavaleta, llegó a decir que en Bolivia "la forma de organización de las masas es el caudillo".[3]

Aunque federa una amplia red de sindicatos y organizaciones sociales de todo el país, el MAS se formó en torno de la figura de Evo Morales, lo que exigió el alejamiento de otros aspirantes a la máxima dirección, como el dirigente campesino

3 R. Zavaleta, "La creación de la conciencia nacional" en *Obras completas 1,* ob. cit.

Alejo Véliz u otro de los fundadores del "instrumento político" Román Loayza. Recientemente, en el contexto de las amenazas de división, Morales volvió a referirse a estos dirigentes que optaron por salirse y formar parte de otras fuerzas políticas: "Nuestro primer candidato a presidente era Alejo Véliz, pero en 2002 se ha ido con [la candidatura presidencial de] Manfred [Reyes Villa, volviéndose su] diputado; primera traición, pero no ha dividido", afirmó. Y luego señaló: "Segundo traidor, yo diría, Román Loayza; era candidato a presidente con otro partido, tampoco ha dividido".[4]

La subordinación del partido a su jefe funcionó muy bien (ningún disidente pudo dividir al MAS, como recordó Morales) en tanto este tenía una enorme popularidad electoral y su presencia en la papeleta garantizaba la victoria a sus seguidores. También fue exitosa mientras el gobierno de Morales contaba con una gran cantidad de recursos económicos, lo que le permitía ampliar constantemente los canales de acceso al Estado y mantener el vínculo clientelar con grandes masas de seguidores.

Como señalaron hace varios años Pablo Stefanoni y Hervé Do Alto, el "pegamento" del MAS ha sido "la perspectiva de acceso al Estado",[5] perspectiva descubierta gracias a la invención de un "Instrumento Político" que permitía participar electoralmente a los pobres y los indígenas. Hace poco, Morales ha dicho que ni él mismo creía en el futuro del MAS hasta una fecha tan próxima como 2002, año en el que se ubicó de manera inesperada en segundo lugar en las elecciones. ¿La

---

4 ANF, "Evo anuncia registro de nuevos militantes en el MAS por la existencia de 'muchos traidores'", 21 de marzo de 2022.

5 P. Stefanoni y H. Do Alto, *La revolución de Evo Morales. De la coca al Palacio*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006.

razón? Pensaba que él nunca podría ser presidente, porque se lo acusaba de narcotraficante.[6] Por tanto, el movimiento mismo no llegaría a cuajar. Esta es la dimensión pragmática de la política en Bolivia. Cuando la mayoría indígena y popular descubrió, en un lapso que fue de 2002 a 2009, que el "Instrumento" sí funcionaba, se volcó completamente hacia él. Así quedó establecido, en los hechos, un pacto que no por utilitario dejaba de tener gran trascendencia: la mayoría empobrecida y discriminada votaba por el MAS-Evo ("por ellos mismos") y, a cambio, el MAS-Evo franqueaba a esta mayoría el acceso al poder "tanto material como simbólico".[7] Esto convirtió a Morales en el mayor caudillo de la historia de un país lleno de ellos. Además, como su modelo económico estatista marchó bien, especialmente entre 2006-2015, hubo prosperidad y movilidad social. De este modo, Morales logró gobernar más tiempo que ningún otro boliviano, incluido Víctor Paz Estenssoro, líder de la Revolución Nacional y cuatro veces presidente (si incluimos su fugaz reelección de 1964, cuando fue derrocado por un golpe de Estado) y Andrés de Santa Cruz, fundador de Bolivia. Y consiguió así lo ya señalado, esto es, que se alinearan tras él casi todos los sindicatos campesinos (que al inicio lo veían solamente como un líder sectorial, cocalero); los sindicatos obreros y de clase media (que eran obreristas y resistían la posibilidad de apoyar a un dirigente rural); la mayoría de los aymaras (que inicialmente lo veían como alguien ajeno, porque, aunque nació en una comunidad aymara, había vivido en una zona quechua de Cochabamba); la mayoría de los quechuas (que hubieran preferido a uno de los suyos); muchos indígenas guaraníes (que lo percibían como

6 Radio Kausachun Coca, "27 aniversario del MAS-IPSP", 29 de marzo de 2022.
7 *Ibíd.*

"colla" o del occidente andino); y la mayoría de los cenáculos e intelectuales izquierdistas, desde los neomarxistas más sofisticados (como su vicepresidente Álvaro García Linera) hasta los más dogmáticos grupos comunistas, guevaristas y maoístas que quedaban en el país (pues el éxito de Morales también se explica en parte por el hundimiento previo, en la década de 1980, de los grupos marxistas que habían monopolizado el espacio de la izquierda durante el siglo XX).

Transformándose en un caudillo con un apoyo masivo, Morales demostró grandes dotes como estratega político, lo que ulteriormente impidió que el MAS perdiera demasiada sangre a causa de las múltiples batallas que tenía que librar desde el poder y también de los múltiples errores que cometía, entre los cuales los de índole personalista, de "culto a la personalidad", eran los más importantes.

Stefanoni recuerda la condición *sui generis* de este partido. Explica que se trata de "una suerte de confederación de sindicatos, urbanos y rurales, comunidades indígenas y diferentes tipos de organizaciones populares, con escasa organicidad pero mucha capacidad para la representación corporativa de una amplia variedad de intereses sociales de los de 'abajo'". De ahí que el MAS esté siempre en "un permanente e inestable equilibrio: por ejemplo, en el norte de Potosí, debe articular *ayllus* originarios, sindicatos de mineros y organizaciones campesinas; todos deben tener sus representantes en las listas de candidatos, sea a diputados, senadores, alcaldes, etc."[8] Y lo mismo ocurre en otras regiones del país.

Morales, en su "época de gloria", supo mantener este equilibrio con virtuosismo. Un estudio de Fernando Mayorga

8 P. Stefanoni, "El MAS puede ganar sin Evo" en *El País*, 19 de octubre de 2020.

sobre su estilo de gobierno evidencia esto.[9] En él se señala que el ex presidente tenía que negociar con los dirigentes del Pacto de Unidad, el conglomerado de sindicatos afiliados al MAS, las principales decisiones gubernamentales, que podían tratar de políticas públicas, legislación, proyectos de inversión o, muchas de ellas, de cargos y dignidades, lo que Morales hacía para asegurar cotidianamente un mínimo de coordinación entre los grupos internos y el alineamiento del partido con el gobierno.

Con este esfuerzo, Morales renovaba una y otra vez –recreaba sin cesar– el "pacto de unidad" (sin mayúsculas) de los distintos sectores que componían el "evismo", pacto que era estratégico a la vez que clientelar; de él emergía un bloque de poder, en el sentido gramsciano de este término, es decir, un actor histórico con proyección hegemónica, y al mismo tiempo una alianza social "populista", es decir, capaz de agregar en su seno diversas demandas, así como una variedad amplia de posiciones ideológicas.

Las condiciones que permitían el gobierno "decisionista" de Morales acabaron en noviembre de 2019, cuando el jefe del MAS fue derrocado por un movimiento de la clase media y los descendientes blancos que contó con el apoyo decisivo de policías y militares, y que los obligó a él y a su cúpula a pasar a la clandestinidad y luego a salir del país y buscar protección extranjera. Perdió entonces, parcialmente, el control de un partido que previamente se había hecho inmenso: casi un millón de afiliados, la mayoría de ellos jóvenes y deseosos de recibir los beneficios del poder. La corrupción no siempre está incluida, pero tampoco es extraña en estos cálculos. Una

---

9 F. Mayorga, *Mandato y contingencia. Estilo de gobierno de Evo Morales*, CESU / FES, La Paz, 2019.

vez alejado el caudillo, se produjo lo que habían temido –real o retóricamente– los defensores de la constante reelección de Morales: la fragmentación. Así lo planteaba, por ejemplo, García Linera: "Sigo reafirmando que Evo era la única garantía personal de la unidad de una sociedad plebeya, subalterna y popular muy fragmentada; si no hemos ido en 2020 [con Evo Morales como candidato] ha sido por el golpe".[10]

Entonces emergieron varios caudillos regionales que intensificaron la volatilidad organizativa que era connatural al MAS, pues se resistían a alinearse automáticamente tras Evo. Comenzaron las recriminaciones contra este y su entorno, a los que, en un gesto muy interesante para el análisis político, no se les echó en cara su caudillismo, el haber tratado de perpetuarse en el poder, sino otras cosas: haberse "escapado" del país, haberse dado por vencidos frente a la clase media, haber dejado solos a los dirigentes intermedios, etc. En una situación de debilidad extrema, Morales tuvo que aceptar que alguien contrario a él como Choquehuanca fuera candidato, una posibilidad impensable en otras circunstancias. Solo atinó a impedir que fuera el primero de la fórmula y colocó allí a alguien relativamente cercano y sin base social propia: su ministro por más de una década y un hombre que no había demostrado particulares ambiciones (pero tampoco dotes) políticas, Luis Arce Catacora.

Si en 2019-2020 no hubiera tenido tan altas credenciales internacionales y no hubiera contado con el histórico respaldo incondicional de los sindicatos cocaleros, Morales podría haber sido completamente desplazado, como pasó en la historia con otros "grandes derrocados" como Andrés de Santa Cruz o José

10 G. Romano, "García Linera advierte sobre una 'fragmentación popular' en el MAS para 2025", *Agencia Efe*, 6 de marzo de 2022.

Ballivián, poderosos caudillos y presidentes del siglo XIX. En cambio, logró mantener parte de su influencia sobre el MAS, y este, perseguido y vejado por sus enemigos, comprendió que si quería sobrevivir debía aceptarlo, así como aceptar a todos los grupos que habían surgido en su seno, lo que a la postre le permitiría volver al poder. García Linera lo expresó así: "En verdad, lo que ha unido [al MAS después de Morales] ha sido el golpe, este brutal desplazamiento de los sectores populares del poder es lo que los ha vuelto a unir".[11]

Tras haber retornado al país en olor de multitudes, en noviembre de 2020, Morales se puso a la tarea de recuperar su centralidad. Con grandes resistencias, nunca antes vistas, definió las listas de los candidatos a alcaldías y gobernaciones para las elecciones de marzo de 2021. Ajustó cuentas con los caudillos regionales más díscolos: ahuyentó a la popular Eva Copa, ex presidenta del Senado por el MAS durante el gobierno de Jeanine Añez, y la empujó a postular a la alcaldía de El Alto por otro partido (aun así, Copa arrasó en las elecciones), y expulsó del MAS a Rolando Cuellar, dirigente del Bloque Oriente en la normalmente adversa región de Santa Cruz, porque no cesaba de antagonizar con él. Sin embargo, Morales no pudo recuperar todas las posiciones y prerrogativas que tenía en el pasado por el sencillo hecho de la victoria del MAS en las elecciones de octubre de 2020, que si bien él necesitaba desesperadamente para que dejaran de perseguirlo y poder volver al país, entregó al mismo tiempo el poder más significativo de un país presidencialista como Bolivia, el Poder Ejecutivo, a dos personas que no eran él –y una de ellas, declarada adversaria suya–.

11 *Ibíd.*

Por otra parte, el atractivo electoral y político de Morales ya no era el mismo; había quedado "desportillado" por los años de ejercicio casi absoluto del poder, las acusaciones de todo tipo que la oposición había hecho en su contra y, sobre todo, por su obstinación en ocupar el sitial más alto de la política nacional sin límite de tiempo. Aparecía en las encuestas con una menor popularidad e intención de voto que Arce y solo algo mejor que los dirigentes opositores.

Este hecho, la imposibilidad de que el poder volviera completamente a sus manos, es la causa principal de las fisuras en el MAS.

La investidura presidencial convirtió a Arce, si se quiere *automáticamente*, en un caudillo. Las organizaciones y bloques del MAS lo requerían para obtener empleos en el gobierno, que son el principal objeto de deseo de los políticos bolivianos (no solo del MAS). Arce se acostumbró a "negar a Evo" en la campaña electoral, cuando los expertos del marketing político le pidieron no hablar de él. Tampoco lo mencionó en el discurso de aceptación de su cargo ante el Parlamento. Luego del retorno de Morales al país, comenzó a encontrarse con él, pero aclarando que los asuntos gubernamentales serían de su exclusiva responsabilidad. No incorporó a su equipo a los miembros del antiguo entorno evista, ni siquiera tras bambalinas. No obedeció la solicitud pública de Morales de cambiar algunos ministros. No despidió a los funcionarios choquehuanquistas que, contrastando con el talante calculador de su jefe, atacaron públicamente a Morales. Se sabe que el mandatario se molestó cuando el expresidente y jefe del MAS organizó la Marcha por la Patria, una caminata multitudinaria y épica para defender a su gobierno de los ataques de la oposición, pero que claramente significaba un despliegue de la fuerza social

de Morales. Arce respaldó al ministro de Gobierno, Eduardo del Castillo, pese a que este despertó la furia de Morales y de los cocaleros por supuestamente seguir la "agenda de la DEA" (Drug Enforcement Administration, agencia antidrogas de Estados Unidos), cuando hizo detener en enero de este año a un ex-jefe antidroga del último gobierno de Morales, influido por una investigación previa de esta agencia estadounidense que lo había vinculado a una red de protección al narcotráfico. Castillo también criticó a los dirigentes que supuestamente se beneficiaban de los permisos de producción de coca.

Todos estos hechos públicos, y lo que se podía saber de lo que se hablaba en los círculos íntimos del gobierno, indicaban que Arce deseaba proyectar su gestión más allá de 2025, aunque en un comienzo había dicho que no lo haría.

A esto se refería García Linera cuando identificaba "una separación entre el liderazgo político y estatal, que recae en Arce y Choquehuanca, y el liderazgo social, que representa Morales, como algo nuevo que podría manifestarse en candidaturas separadas". "Teóricamente –prosigue el ex-vicepresidente–, tienen la posibilidad de plantear su candidatura en 2025 y tienen todo el derecho a hacerlo; lo que pasa es que no sabemos cuál será la posición de ellos [Arce y Choquehuanca] en términos de las elecciones, si serán candidatos dentro del MAS o no lo serán".[12]

En suma, "las tendencias centrífugas [dentro del MAS] son grandes".[13] El ex-copiloto de Morales buscaba un "algoritmo" para lograr que las diversas facciones del MAS sigan actuando dentro de un mismo marco organizativo. Esto pronto se reveló imposible. El conflicto escaló sistemáticamente y terminó con

12 *Ibíd.*
13 *Ibíd.*

Morales alineando sus alfiles y torres para expulsar a Arce del partido. Para quienes militamos en la izquierda en los 80, todo esto resultó enormemente previsible. Antes del MAS, la izquierda boliviana siempre había sido cismática.[14] Y volvió a serlo.

14 Dos partidos de base popular anteriores, como el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el Movimiento de la Izquierda, se convirtieron en media docena de agrupaciones el primero, y en tres partidos distintos el segundo, y perdieron su influencia de antaño. La diferencia entre el MAS y estos partidos está en que, por su extracción social y su fortaleza, el primero no ha buscado componendas ideológicas con la elite señorial del país.

Comienza la crisis cambiaria

Como los economistas de izquierda han denunciado desde hace mucho, el desarrollo de los países latinoamericanos, entre otros, está determinado por la obligación de comprar lo que necesitan y no producen en una moneda foránea, el dólar. Esta es una imposición de la historia política del mundo sobre el funcionamiento actual de la economía. Un tributo a los países industrializados por parte de los demás (tener que comerciar en la moneda de los primeros) que perpetúa esta relación, ya que limita el avance productivo de los segundos, que solo pueden adquirir insumos en la medida en que tengan dólares. Y tengan una manera de obtenerlos. Esto les exige ser exportadores de materias primas, lo que garantiza la reproducción de la división internacional del trabajo, en la que estos países cumplen un rol subalterno, y garantiza el suministro seguro de las naciones que cuentan con divisas fuertes. La ventaja estratégica que tal posición ofrece a estas naciones es incomparable; prácticamente garantiza su dominio sobre el mundo. La más beneficiada es, obviamente, los Estados Unidos, que poseen la facultad de imprimir la principal "moneda de referencia" mundial.

En este contexto se explica la historia económica de países como Bolivia. Sus procesos de desarrollo endógeno están limitados por su disponibilidad de divisas.

En este siglo, Bolivia se benefició de un acontecimiento productivo inicialmente interno: el descubrimiento y explotación de yacimientos de gas y minerales. Este hecho productivo se trastocó, al realizarse comercialmente, en un flujo muy importante de ingresos que impactó en la distribución y amplió y profundizó el mercado interno. El aparato productivo comenzó a crecer simultáneamente, pero, partiendo de muy abajo, no logró ponerse al mismo paso que el aumento de la demanda. En un país no industrial, ambos crecimientos requirieron de ingentes importaciones, de bienes de capital y de bienes de consumo. Y estas debieron hacerse en dólares. Así que Bolivia vendió su producción en dólares y compró bienes en dólares; la diferencia entre una cosa y otra fue quedándose en el país en la forma de “reservas” oficiales, los dólares depositados en el Banco Central y los demás bancos, y de “reservas” extraoficiales, depositadas en el “colchón *bank*”.

Esto es lo que siempre pasa, así funciona cualquier economía tercermundista, pero se intensificó tremendamente desde más o menos 2005 hasta ahora. Este proceso acelerado de venta de recursos, multiplicación y redistribución de ingresos, fortalecimiento del mercado interno, crecimiento del aparato productivo nacional y de las importaciones, cambió fuertemente al país: más clases medias, más beneficios empresariales, la aparición de algunas megaempresas y, en el campo público, más infraestructura. Podría haber sido mejor si la nueva demanda interna era absuelta por la industria nacional y no daba lugar a un crecimiento tan grande de las importaciones; a causa de ello, las actividades nacionales que más se beneficiaron del

boom fueron las que no competían con las importaciones (las no transables). Podía haber sido mejor si la inversión pública era más eficaz. Pero estos son otros problemas. Lo cierto es que, en términos histórico-comparativos, fue un proceso muy positivo, insospechable para quienes conocían las condiciones de la economía boliviana en los años 90. En ese tiempo, el PIB llegaba a apenas 8.000 millones de dólares, así que las reservas internacionales oficiales que tenemos[1] hubieran cubierto el 50% del PIB de entonces. En cambio, sólo cubrían el 10% del de 2023. Tal fue la dimensión del cambio.

El punto débil de este proceso fue que tuvo que realizarse en dólares, en una moneda foránea. Así que cuando por distintas razones las exportaciones comenzaron a flaquear, el país solo tenía dos opciones: ralentizar su crecimiento o seguir al mismo ritmo echando mano de sus reservas para comprar los insumos y bienes que su aparato productivo y su mercado interno seguirían demandando. Eligió lo segundo pero la creciente carestía de dólares que esta decisión implicó lo llevó a lo segundo: el frenazo.

Esto demuestra que países como Bolivia necesariamente deben ser fuertemente exportadores para poder crecer. Digamos que este destino les es impuesto por las condiciones del comercio internacional y que es la forma real —y no una supuesta confabulación contra las decisiones soberanas en materia económica— en la que se manifiesta su dependencia. Tal es el verdadero *imperialismo*.

Sin entrar en los efectos económicos que la carestía de dólares tendrá, tema que abordaremos más abajo, aquí solamente subrayemos que los límites de nuestro crecimiento

1 3.538 millones de dólares el 8 de febrero de 2023, la última cifra conocida hasta la publicación de este libro.

endógeno están marcados por la necesidad de pagar nuestras compras —y por tanto nuestras deudas— en dólares. Todos los procesos de desarrollo latinoamericano se han topado contra este escollo; *el cuento de los dólares* mantiene la modernización de nuestras economías y sociedades al ritmo de nuestro éxito como proveedores de los países ricos.

El agotamiento del "ciclo del gas"

Debido a su peculiar conformación geográfica y geológica, la montañosa y selvática Bolivia se ha especializado en la extracción de recursos naturales no renovables y no cuenta con muchas alternativas a este tipo de explotación. Para dar una idea de esto, digamos que la primera exportación "no tradicional" del país es la soja, con apenas tres millones de toneladas por año, esto es, el 5% de lo que produce la Argentina, el 3% de lo que vende el Brasil y un tercio de la producción de Paraguay.

Pues bien, las reservas de gas del país, que en los años 90 llegaron a ser las principales reservas certificadas de Sudamérica, han decaído significativamente. Por esta razón, en 2023 se produce 33% menos gas que en 2014. La causa es, obviamente, la falta de nuevos descubrimientos. De 2006 a 2019 se perforaron 74 pozos exploratorios –una cantidad baja respecto a los parámetros internacionales–, la mayoría de los cuales fracasaron. En 2023 se anunció que un pozo había tenido éxito, pero su rendimiento no se ha cuantificado, así que es posible suponer que es pequeño.

La escasez de las inversiones en extracción de gas y minerales constituye uno de los talones de Aquiles del modelo

eminentemente redistribuidor diseñado por el presidente Evo Morales y su ministro de Economía Luis Arce. La oposición criticó al modelo por haber cobrado demasiados impuestos a las empresas petroleras y haber bloqueado, con ello, las inversiones en exploración de nuevos yacimientos. Esta debilidad se ha ido manifestando en los últimos años en un creciente desfinanciamiento de la economía, que sufrió déficits comerciales y fiscales cada vez mayores. La recesión producida por la pandemia y el mal gobierno de Jeanine Añez profundizaron esta deriva. Desde octubre de 2019 –es decir, antes de la crisis política por las elecciones que fracasaron ese mes y el posterior derrocamiento del presidente Evo Morales– hasta febrero de 2023, las reservas de divisas cayeron de 7.400 a 3.538 millones de dólares.

Por eso, el desafío más complicado que tenía el presidente Arce, en su condición de estratega de la prosperidad boliviana del periodo 2006-2016, era impedir que la recesión y las dificultades crónicas de la industria gasífera, la principal actividad exportadora del país, hicieran escasear las divisas y detonaran una crisis cambiaria. Un desafío que, como ahora sabemos, no pudo superar.

El deseo del nuevo gobierno del MAS de mantener el modelo que estuvo vigente durante el periodo de Evo Morales predominó sobre la necesidad de adaptarlo a una nueva realidad. Aquí puede introducirse una observación muy útil del investigador social Armando Ortuño. Como muestra el ejemplo del economista y político argentino Domingo Cavallo, dice Ortuño, los creadores de un modelo generalmente no son los más idóneos para enfrentar la crisis del mismo. Por razones psicológicas fácilmente comprensibles, carecen de la flexibilidad necesaria para hacer cambios.

Radiografía de la pérdida de las reservas

Como hemos dicho, Bolivia está obligada a comerciar en una moneda que no le pertenece, así que su capacidad internacional de compra depende de su simétrica capacidad de obtener divisas extranjeras mediante sus exportaciones. ¿Por qué llamar a este obvio condicionamiento una "restricción"? Tomemos en cuenta que las importaciones de suministros industriales y bienes de capital representaron el 53% de las importaciones de 2018, y que, antes de ese año, la proporción no fue muy diferente. Podemos decir, entonces, que cada año más de las mitad de las divisas que se usan para importar son gastadas en compras de materias primas y maquinarias destinadas a poner en movimiento y ampliar el aparato productivo nacional, a nutrir la manufactura y la construcción de infraestructura. Por la causa obvia, el escaso desarrollo industrial del país, estas importaciones no son "sustituibles" por productos nacionales.

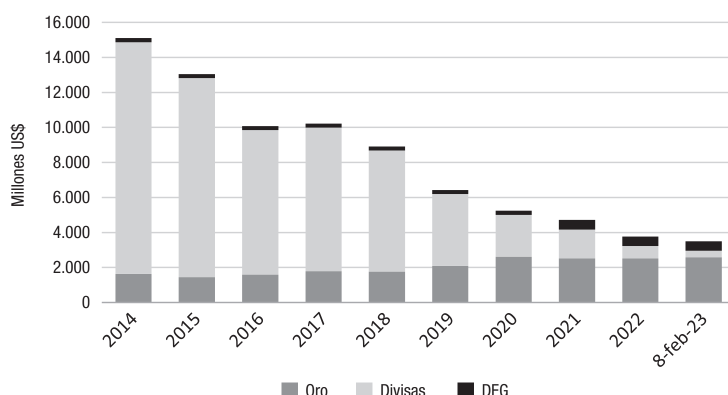
De modo que la actividad en los ramos económicos fundamentales, su ampliación cada año y los efectos de este crecimiento sobre la economía, todo esto depende de que haya divisas para la importación. Cuando estas divisas no están ampliamente disponibles en la economía, esta escasez relativa pesa como una restricción, también relativa, que pone un límite a los procesos productivos internos y, con ello, al crecimiento global. El país incluso puede verse en la necesidad de detener temporalmente su crecimiento con el propósito de disminuir la necesidad de importar.

Esta implicación puede ser aún de mayor alcance si tomamos en cuenta que otros dos componentes fundamentales del proceso productivo también tienen que ser importados;

es decir, que se accede a ellos mediante el empleo de divisas: ciertos "combustibles y lubricantes" (gasolina, diésel y derivados) con los que Bolivia no cuenta o que no puede producir en cantidad suficiente en el último tiempo por la caída general de la actividad hidrocarburífera del país, y el "equipo de transporte" que importamos en su integridad y que, en parte, se destina a labores productivas. Si sumáramos estas importaciones a las otras, podríamos decir que más o menos el 81% de las compras nacionales en el extranjero son *gastos inflexibles del crecimiento*, es decir, gastos que no es posible recortar si al mismo tiempo se desea mantener o mejorar el ritmo de la expansión económica.

Esta es la razón por la que el Gobierno no procuró tales recortes, pese a la necesidad de adaptar el nivel de las importaciones al hecho negativo que representó la caída de los ingresos de divisas por exportaciones desde 2015, el año en el que comenzó la caída de los precios internacionales de las materias primas. Como resultado de esta política de priorización del crecimiento (o, miedo al ajuste, si queremos verlo negativamente), hasta 2019 el país compró bienes y servicios por aproximadamente 2.000 millones de dólares más que el valor de los bienes y servicios que vendió, déficit que generó un deterioro continuo de sus reservas de divisas.

Reservas internacionales (millones de dólares)[2]



La caída de las reservas se ha visto acelerada por la política cambiaria del país, que mantiene la relación dólar-boliviano en 6,87 para la compra y 6,97 para la venta desde 2011. El tipo de cambio fijo favorece a las importaciones y perjudica a las exportaciones, y, al mismo tiempo, ayuda a mantener controlada la inflación, ya que, en una sociedad de mercado, un dólar "barato" como el que resulta de un tipo de cambio que no se mueve por largo tiempo, elimina o limita la carestía de productos, facilitando que los agentes económicos necesitados de ellos acudan a la importación. De este modo, los precios suben con dificultad, pero las divisas extranjeras que tiene el país se gastan con premura.

La decisión gubernamental de priorizar el crecimiento económico también se manifestó, aunque bajo otro aspecto, en la política de continuación de los altos niveles de inversión

2 Tomado de L. C. Jemio, "La caída de las RIN en Bolivia durante el periodo 2015-2022" en L. C. Jemio y A. Morales, *2023: Riesgo de crisis cambiaria*, La Paz, FVPK, 2023.

pública que se lograron en el pasado. Puesto que el país no ha presentado en general, desde 2015, déficits corrientes, se concluye que la inversión pública ha sido responsable del déficit fiscal total.

Finalmente, otra causa de pérdida de reservas fue la fuga de divisas hacia el norte por razones políticas y económicas. Pongamos un ejemplo. El presidente Arce cometió el error inicial de hablar de una posible devaluación del dólar, lo que tuvo consecuencias importantes. Junto al impuesto a las grandes fortunas y los nervios poselectorales, causó la pérdida de unos 1.200 millones de dólares de las reservas internacionales del país, que el día de su inauguración estaban en su nivel más bajo en décadas. Luego siguieron cayendo.

Tras el inicio de la guerra en Ucrania, las tasas de interés subieron fuertemente en las economías desarrolladas, retomando abruptamente una tendencia que ya existía antes de la pandemia, pero que había quedado suspendida por esta. Fuere cual fuese la causa, los propietarios bolivianos de capital sacaron su dinero a un ritmo promedio de 1.000 millones de dólares anuales desde 2015, según se registra en la partida de "errores y omisiones" de la balanza de pagos.[3]

Estalla la crisis

La crisis estalló con la aguda caída de las reservas de dólares que el Banco Central de Bolivia (BCB) poseía en efectivo, que pasaron de 620 millones el 24 de enero a 372 millones el 8 de febrero de 2023. Este monto no representaba el total de las

3 *Ibíd.*

reservas internacionales del país, que eran de 3.538 millones de dólares, sino solamente las de disponibilidad inmediata; el resto se encontraba invertido en oro y otros activos. Tras el revuelo que la cifra causó en la prensa, el BCB tomó la controvertida decisión de comenzar a comprar dólares a los exportadores a un precio "especial" de 6,95 bolivianos. Se comenzó a hablar de la "desesperación" de las autoridades económicas por conseguir dólares y entonces se produjo lo que estas describieron como una "demanda inusitada y especulativa" de divisas. Como suele ocurrir durante estos fenómenos, cada nuevo evento, incluso las medidas oficiales, amplificaron la preocupación y la demanda de dólares. Contribuyó a ello, en especial, que el fiscalizador gubernamental de los bancos amenazara con procesar a quienes fueran descubiertos especulando con divisas.

El BCB inyectó dólares al mercado, pero las cantidades de que pudo disponer no consiguieron tranquilizarlo ni satisfacer la demanda. Su decisión de vender directamente las divisas en sus oficinas generó colas, primero, y luego fue suspendida. Posteriormente se aprobó la "ley del oro", que lo autorizaba a vender 21 de las 43 toneladas de oro que tenía, con el fin de obtener divisas. Posteriormente, no se informó si esta venta se había realizado o no. La publicación del nivel de las reservas también quedó suspendida. El dólar en el mercado "paralelo"(i-legal) fluctuó inicialmente entre 7,5 y 8 bolivianos por dólar.

Las escasez de divisas no creó grandes turbulencias financieras de inmediato por varias razones: el Gobierno descartó completamente una devaluación; la inflación era baja –en 2022 Bolivia había brillado por tener una inflación de algo más del 3%, la menor de la región–, y alrededor del 90% de los depósitos y créditos estaban nominados en moneda nacional. Este último es uno de los grandes logros del modelo econó-

mico *masista*. La mayoría de los economistas consideraba que, mientras la población no sacara sus depósitos en bolivianos de los bancos para tratar de cambiarlos por dólares –algo que no tenía necesidad de hacer dada la baja inflación–, entonces el riesgo de que la crisis cambiaria se convirtiera en una crisis financiera era limitado.

Lo que había puesto al modelo económico boliviano al borde del desorden interno era el crecimiento en valor y volumen de las importaciones de combustibles, que en 2022 llegaron a ser de 4.200 millones de dólares, el 32% de las importaciones totales. Al mismo tiempo, las exportaciones de gas solo habían sido de 3.400 millones de dólares, lo que había convertido al país, después de muchas décadas, en importador neto de hidrocarburos. Esta nueva realidad se debía a lo que ya dijimos: el agotamiento de los yacimientos y la consiguiente disminución de la producción de gas.

Arce había defendido siempre que el modelo boliviano no se basaba en el comercio exterior, sino en la fortaleza de la demanda interna, que había sido lograda con medidas como la "bolivianización" de las operaciones bancarias. Sin embargo, como todos los países que comercian en monedas extranjeras, Bolivia necesitaba exportar el valor necesario para poder financiar sus importaciones. Y estas se habían elevado mucho, justamente por el impulso a la demanda interna. El presidente Arce parecía tener el control, pero se le cruzó en el camino la guerra en Ucrania y la crisis mundial de precios de la energía, que cambiaron la magnitud de las necesidades de dólares del país. Simultáneamente, los efectos de la guerra encarecieron el dólar y llevaron los capitales latinoamericanos, entre ellos los bolivianos, al norte, donde las tasas de interés subían significativamente.

Bolivia crece al modo "holandés"

Según los historiadores económicos, los periodos de prosperidad de nuestra historia respondieron a sendos procesos de ampliación e intensificación del comercio internacional de materias primas; subieron los precios de estas (plata, estaño, gas) y Bolivia aprovechó la oportunidad que se le presentaba para venderlas a precios altos.

La existencia de un vínculo causal entre ambos hechos es, hoy, una teoría generalmente aceptada. En los años 90, se pretendía relacionar el crecimiento económico con el ahorro y con la disponibilidad de capital, porque se consideraba que la atracción de inversión extranjera constituía la variable clave para lograr el primero. La experiencia nacional en esa misma década y las dos posteriores mostró que a países como Bolivia el capital les llega, sobre todo, a través de booms exportadores. (También probó que poder disponer de una importante masa de recursos financieros no necesariamente resolvía sus problemas del desarrollo, como creía el neoliberalismo).

En Bolivia, los booms exportadores se han dado junto con shocks de liquidez y aumentos del nivel de las reservas de divisas (esto último, tanto en el periodo 2011-2015 como en el lapso 1972-1977; no, en cambio, en el tiempo de los "barones del estaño", en el que las condiciones financieras eran distintas). Durante un auge, la mayor disponibilidad de dólares expande la demanda agregada y, simultáneamente, aumenta la capacidad de compra que tiene el país, lo que impulsa sus importaciones legales e ilegales, y también sus actividades internas –sobre todo las no transables, que pueden eludir la competencia de las importaciones–; ambas dinámicas generan ocupación y bienestar.

Estos picos de actividad económica alentados por la inserción exitosa del país en auges comerciales internacionales estuvieron asociados a fenómenos ambiguos: i) la reprimarización de la economía, a causa de la altísima rentabilidad de la exportación de materias primas; ii) un aumento vertiginoso de la liquidez interna y la consiguiente ampliación de la demanda agregada, que, al no poder ser satisfecha por la industria y la agricultura nacionales, presionó sobre las importaciones y –en el campo de las políticas– indujo a la adopción de un tipo de cambio fijo, orientado a controlar la inflación.

Otros fenómenos asociados fueron: iii) el crecimiento de las actividades no transables, tales como la construcción, los servicios financieros, los restaurantes, los viajes, el entretenimiento, etc.; iv) la apreciación de la moneda nacional, a causa del drástico ingreso de divisas y de la política cambiaria mencionada, y v) la caída de las actividades exportadoras no tradicionales, como consecuencia de la apreciación monetaria, que elevó los costos laborales.

Tales fenómenos corresponden a un anatemizado paradigma de crecimiento, que la literatura económica denomina: "enfermedad holandesa". Un denominativo que hay que manejar con pinzas, ya que implícitamente sugiere la existencia de un modelo de crecimiento "normal", sostenible y autopropulsado, que sería el industrial, frente al cual el crecimiento de los países no industriales con recursos naturales, como Bolivia, representaría la anormalidad y la adversidad propias de una "enfermedad" o una "maldición". Quizá es tiempo de aceptar que el estilo "holandés" de expansión económica, con todas las características que hemos anotado, es inevitable para economías que, como la nuestra, se basan en la explotación de recursos naturales no renovables. No hay razones para creer

que aquello que ha sucedido una y otra vez a lo largo de la historia vaya a cambiar radicalmente en el futuro. Admitir esta realidad y, por tanto, la persistencia de este tipo de crecimiento, ha sido una de las ventajas de los gobiernos *masistas*, que explotaron la necesidad nacional de "vivir de los recursos naturales" a su favor. No otra fue la principal fortaleza del llamado "Modelo Económico Social Comunitario Productivo". Simultáneamente, la debilidad de este fue seguir dócilmente el designio extractivista, sin tratar de aprovechar los recursos que la extracción proporciona para diversificar gradualmente la economía y superar su dependencia, aunque hay que reconocer que este no es un objetivo sencillo de lograr. Por otra parte, el peor error del modelo fue confiar exageradamente en la iniciativa estatal para resolver tanto los pequeños como los grandes requerimientos del desarrollo nacional, con lo que despilfarró una gran cantidad de recursos que podrían haberse invertido mejor. Sin embargo, no cabe duda de que este modelo, con sus múltiples errores, logró establecer un línea de crecimiento que se extendió al periodo de la "post-prosperidad", planteando así un desafío a sus críticos. Claro que, como vimos, parece que estos reirán los últimos. O quizá los penúltimos, porque si los cambios políticos que probablemente le esperan al país después de 2025 hicieran pasar a este de un largo periodo de crecimiento a un periodo de depresión y retroceso, podrían volver a hundir a las fuerzas anti-populistas en un marasmo como el que los abrazó en el gobierno de Añez. Pero dejemos la bola de cristal a quienes saben cómo ver en ella.

Epílogo
La crisis del MAS

Como hemos visto a lo largo de este libro, la crisis del MAS comienza con el adelgazamiento de sus vínculos con la clase media, en particular con la clase media popular y de origen indígena, que dejó de respaldarlo en varias ocasiones.

Al perder las clases medias, el MAS perdió también la hegemonía política; simultáneamente, aquello hizo imposible su hegemonía cultural, ya que los operadores de la misma en países como Bolivia son, justamente, las clases medias. Además, el MAS solo muy episódicamente tuvo el deseo de conquistar una hegemonía cultural. Siempre estuvo centrado en la "guerra de maniobra" democrática, es decir, en reunir todas sus fuerzas en los procesos electorales para imponer una mayoría muy grande que le permitiera controlar el poder. Esta estrategia, rizando el rizo, terminó por enajenarlo de la clase media, que la entendió como no consensual y autoritaria.

Desde 2016, los gobiernos del MAS se han hallado crecientemente bajo el asedio de la cultura dominante, que es fundamentalmente *anti-masista*. Esto se puede observar en la extrema debilidad de las ideas y posiciones oficialistas en la

prensa, una debilidad que comprometió incluso la gobernabilidad *masista*, como se vio en la revuelta de 2019 y en varios episodios del gobierno de Arce.

Uno de los factores de "hegemonía implícita" era el éxito del modelo económico del MAS, que parecía haber encontrado la fórmula para eludir los ciclos espasmódicos, la alzas y bajas del extractivismo. Ya ha quedado claro, sin embargo, que este modelo, igual que otros anteriores de capitalismo de Estado, sufría una de las "miopías extractivistas" típicas y no reinvertía (o lo hacía de forma errática en el caso del litio) en las fuentes de su dinámica, es decir, en recursos no renovables. El agotamiento de los yacimientos puso al modelo en una situación de extrema debilidad frente a la que el MAS no ha sabido cómo reaccionar.

Toda vez que este modelo comenzó a hacer aguas en el contexto de la crisis económica generada por la guerra rusa-ucraniana, la irradiación hegemónica del mismo ha desaparecido. Solo queda en el discurso gubernamental, fosilizada. Se trata de un discurso exitista hueco que ya no convence a la mayoría y que se torna cada vez más alienado respecto de la realidad.

Junto con todos estos retrocesos, e impulsándolos, se produjo la división interna del MAS. Esta se debió a la incapacidad que tuvo el "evismo" para institucionalizar al partido, incapacidad que se derivó de la cultura política caudillista del país. Sin institucionalidad, el MAS no pudo concebir/gestionar gobiernos que no estuvieran directamente en manos de su principal caudillo.

Evo Morales posee una personalidad narcisista y una visión personalista de la política popular, que son respaldadas acríticamente por sus seguidores, con la ilusión de que ese apoyo servil les permitirá, algún día, volver al poder. Por otra parte,

los "renovadores" encabezados por Luis Arce y David Choquehuanca han dado paso al oportunismo de los dirigentes sociales cuya ideología nunca ha ido más allá del rechazo al neoliberalismo y a la pérdida de las ventajas corporativas de sus organizaciones que el neoliberalismo causaba. Estos dirigentes nunca se habían elevado por encima del "sindicalismo" criticado por el marxismo como fundamentalmente egoísta y cortoplacista. La "renovación", al desplazar al "evismo", que era portador de la autoconciencia del movimiento, llevó a su extremo la tendencia de aprovechamiento corporativo del Estado que siempre hubo en el MAS.

El MAS consumó la profecía de las ciencias sociales bolivianas de un gobierno de los plebeyos, de los indígenas, campesinos y trabajadores, sin mediaciones "señoriales". Esta profecía vinculaba tal gobierno con la emancipación de los sujetos del mismo y del país. Luego de un ciclo de 20 años, es posible decir que la ocupación del Estado por los subalternos históricos del país ha sido progresista en la medida en que revolvió la vieja y osificada correlación de fuerzas étnico-raciales y clasistas del país, y auspició procesos de movilidad económica muy importantes. También generó una nueva oleada de modernización pivotada por la extracción de recursos naturales, con algunas cosas en común respecto a las oleadas previas (como la insostenibilidad), pero también con características propias, que reconfiguraron al país. Los gobiernos del MAS fueron, por razones obvias, los menos racistas de la historia boliviana (sin dejar de serlo del todo).

Pero el poder no es una fuerza externa que se domina, sino un medio en el que uno se instala. El Estado posee códigos y mecanismos de reproducción que no se pueden trastocar por medio de nuevas normativas y otras reformas externas y

superficiales, como el MAS supuso ingenuamente. El contenido de la norma puede ser diferente, pero la lógica de su aplicación y decodificación sigue dependiendo de los dispositivos hegemónicos.

La llegada de los plebeyos al Estado, emancipadora desde el punto de vista del empoderamiento de estos, como acabamos de decir, los transformó internamente de un modo regresivo. Carente de un programa que fuera más allá del rechazo al neoliberalismo y la revaloración puramente simbólica de los capitales indígenas, el MAS terminó atrapado por la ideología del Estado boliviano, la misma que precedía a la instalación de esta organización en él.

Esta ideología del mando por el mando (en busca de la renta), del extractismo, del caudillismo, del corporativismo, del uso instrumental de la justicia, del racismo y del eurocentrismo es la que los criollos bolivianos constituyeron en casi dos siglos como cultura política del país. Por otra lado, como es lógico, el MAS mismo no era ajeno, sino un producto de esa cultura política. Nadie escapa a la sociedad en la que nace. La cuestión aquí está en que un proyecto real de emancipación requiere al menos una toma de conciencia de la situación heredada, además de la voluntad de remar contra la corriente, lo que el MAS tuvo muy poco. Su visión del Estado fue convencional decimonónica (instrumento de una coalición de fuerzas) y no zavaletiana, lugar de reproducción ideológica. Mucho menos foucaltiana, nodo de una red discursiva que conserva y altera el sentido social.

Más allá de la cancelación del neoliberalismo y el simbolismo pro-indigena, es decir, de la hegemonía política, el MAS fue un grupo gobernante sin agencia, un objeto de la "microfísica del poder". O, mejor dicho, una víctima de la hegemonía

de la cultura política criolla boliviana. La hueste "barbárica" ocupó Roma solo para ser conquistada por las maneras y los vicios romanos, aunque de una manera distinta de la descrita por la "paradoja señorial", porque el racismo impidió la plena transformación de los indios en señores. En cambio, se hicieron oportunistas, corruptos y se dividieron por *pegas*.

Y, sin embargo, la presencia de MAS en el poder provocó un cambio social no previsto o, al menos, involuntario en parte, que, en mi opinión, será su mayor legado: el poder *masista* ayudó a la constitución —al avance— de un sujeto plebeyo e indígena que antes apenas tenía una existencia fantasmal y que ahora es uno de los protagonistas, y no el menor, de la vida nacional.

Este sujeto comenzó su andadura hace mucho, haciéndose consciente a momentos y sumergiéndose luego en la inopia, y reemergiendo en las luchas por la tierra, por la educación y, finalmente, por el poder. Se repuso de muchas derrotas y se repondrá de la gran derrota que, al parecer, lo espera en el horizonte inmediato.

Si queremos ser optimistas , podemos pensar que aprenderá de sus errores y será cada vez más consciente y capaz de ejercer una reforma intelectual y moral del Estado; que la próxima vez no llegará al poder para quedar atrapado en/por él, como ha ocurrido en la experiencia del MAS. En todo caso, sea así o no, seguirá disputando el mando y el sentido común de la bolivianidad. Como dijo preclaramente Zavaleta, "Bolivia será india o no será".

Perspectivas de conjunto del MAS

Las antinomias del MAS[1]

El Movimiento al Socialismo (MAS) y su gobierno de casi dos décadas serían impensables sin la democracia que Bolivia reconquistó en 1982. Que un partido de tan fuerte raigambre campesina llegara al poder, en 2006, en representación de los pobres e indígenas, desmintió lo que habían escrito los teóricos radicales –entre ellos, Álvaro García Linera, quien se convertiría en parte de la cúpula del MAS y en vicepresidente del país por 13 años–: que la democracia "minimalista" y "procedimental" era una suerte de "simulación";[2] y que los procesos electorales eran "rituales semi-carnavalescos de renovación" manipulados por las empresas transnacionales y Estados Unidos.[3] Por el contrario, la razón por la que Evo Morales logró canalizar el enorme malestar social contra el ciclo neoliberal (1985-2003) fue que era lo que los marxistas ortodoxos llaman un "electoralista". Morales, sin duda, no pensaba que el voto es una "simulación" o un "ritual semi-carnavalesco".

1 Publicado en *Nueva Sociedad* 304, marzo – abril de 2023.
2 Á. García Linera, "Neoliberalismo: 16 años perdidos" en *El Juguete Rabioso*, 20 de enero de 2002.
3 L. Tapia, *La velocidad del pluralismo*, Comuna / Muela del Diablo Editores, La Paz, 2002.

Fue el voto lo que permitió que, en 1997, Morales llegara al Parlamento como diputado (con una votación récord en su circunscripción), se hiciera conocido en todo el país, organizara una estructura política que al principio era precaria pero aun así pesaba como la mayor de la izquierda y, más importante todavía, que proyectara su figura como "presidenciable" (obtener la segunda mayoría en la elección de 2002 resultó fundamental para que ganara con más de 50% en 2005).

Por estas razones, aunque el ascenso de Morales al poder fue sin duda sorpresivo, a causa de su condición étnico-racial y de que había sido un dirigente sindical involucrado en conflictos sociales muy graves vinculados a la lucha contra la erradicación de los cultivos de coca, era una posibilidad menos inverosímil que un salto similar de otros líderes de la izquierda boliviana que pugnaban por el mismo puesto de "director general" de la sublevación contra el neoliberalismo. En particular, en ese periodo Morales le ganó el liderazgo supremo al dirigente indianista Felipe Quispe, el "Mallku", que aparecía ante el país como un hombre muy radical, lo que al final le impidió trascender los límites del electorado aymara de la región del Altiplano.[4]

En tanto extensión electoral del sindicalismo, en particular del campesino, el MAS fue desde su nacimiento un portador de postulados democráticos presentes en la tradición boliviana, forjada en las luchas de los sindicatos por las libertades democráticas que necesitaban para existir. Esta tradición está compuesta por cuatro convicciones populares simples pero profundas: apoyo a las libertades de asociación, huelga, expresión y protesta; apoyo al apotegma liberal "un ciudadano, un

4 F. Molina, *Historia contemporánea de Bolivia*, 2ª edición, Libros Nómadas, La Paz, 2021.

voto"; apoyo al derecho de la mayoría a mandar; y, finalmente, apoyo a la alternancia y rotación de los dirigentes (que tiene raíces en las tradiciones políticas indígenas).

Pero el MAS no solamente fue el resultado de las posibilidades de la democracia "formal", sino, al mismo tiempo, la encarnación de la democracia definida como "autodeterminación de las masas". René Zavaleta, autor boliviano de esta definición,[5] observó en su célebre ensayo *Las masas en noviembre* que las clases trabajadoras, que hasta entonces solo habían luchado por consignas económicas o revolucionarias, en 1979 comenzaron a hacerlo por la democracia, superando el conato golpista del coronel Alberto Natusch Busch y constituyendo un impresionante movimiento democrático popular. Este nuevo movimiento todavía estaba dirigido por la izquierda de la clase media criolla, pero Zavaleta creía que en el futuro podría proyectarse, "sin mediaciones", para llevar a los "plebeyos" (sobre todo a los indígenas) al poder.[6] Pues bien, el MAS fue la consumación de esta profecía.

Tenemos, en suma, que la *performance* del partido de Evo Morales ha sido el resultado de la democracia en tanto sistema político *constituido* o superestructura jurídico-política, y de la democracia en cuanto lucha política *constituyente* o mecanismo de ascenso social y de transformación de las estructuras económicas y étnico-raciales bolivianas.

Esta fuerte raigambre democrática popular permite dilucidar el comportamiento del MAS a lo largo de toda su historia, inclusive la conducta que tuvo durante su peor crisis, en noviembre de 2019, cuando Morales cayó en medio de la

5 R. Zavaleta, "Cuatro conceptos de democracia" en *Obras completas* 2, Plural Editores, La Paz, 2013.

6 R. Zavaleta, "Las masas en noviembre" en *Obras completas* 2, ob. cit.

inacción de las bases de su movimiento, pero también tras negarse a ordenar que los militares reprimieran las protestas en su contra.[7] Esta filiación democrática hace que todos los intentos de subsumir la experiencia boliviana bajo el MAS en otras como la nicaragüense o la venezolana terminen en un fiasco analítico. En cambio, son más pertinentes las comparaciones con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y con el llamado "populismo" latinoamericano.

Iliberalismo ideológico

Al mismo tiempo que expresa el espíritu democrático de las masas, la ideología efectiva del MAS posee un fuerte aspecto iliberal, que proviene de la tradición revolucionaria y marxista que, junto con la cultura sindicalista/corporativa, también ha configurado a la izquierda boliviana. Así, este partido discrepa fuertemente de algunas características de la democracia liberal; señalaremos a continuación las cuestiones en torno de las cuales se dan las cuatro antinomias más importantes:

1. Neutralidad ideológica. Según uno de los padres de la democracia liberal, John Stuart Mill, la sociedad no puede apuntar en una sola dirección porque no se puede saber, con certeza, qué valores y qué fines le convienen indiscutiblemente al ser humano. Esto por varias razones, pero principalmente porque los valores y los fines se oponen entre sí y es imposible dirimir *científicamente* cuáles son los mejores. Por ejemplo, es imposible elegir de modo indisputable entre la *igualdad* y la *libertad* de lucrar y por tanto, "desigualarse". O entre la

7 F. Molina, "Evo Morales publica sus memorias: 'Me siento encarcelado en un calabozo'" en *El País*, 28 de agosto de 2020.

solidaridad con los desposeídos y el derecho de propiedad. Los fines humanos son distintos y, algunos de ellos, incompatibles entre sí.[8]

Situado ante eso, el liberalismo prescribe la democracia como un *espacio vacío*; una suerte de mercado en el que los valores y fines pueden competir libremente entre sí, ganando y perdiendo primacía al ritmo de la volubilidad humana, y en el que no se prejuzga cuál debe ser el bien común ni se propone una idea general de la felicidad. Para ello se requiere que el Estado se mantenga equidistante de las iglesias y las ideologías, y que las normas no sean sustantivas, sino procedimentales, pero que se cumplan a rajatabla.[9]

El MAS, en cambio, ve la democracia como un *instrumento* para lograr el "bien común", un conjunto de fines que se consideran deseables para todos en la medida en que son buscados por los pobres y explotados (hay detrás de esto una concepción de la historia que se remonta al marxismo, al hegelianismo e incluso al cristianismo). Tanto es así, que ha inscrito estos fines supremos en la Constitución de 2009. Veamos, por ejemplo, el artículo 8. i:

> 8. i. El Estado asume y promueve como principios ético-morales de la sociedad plural: *ama qhilla, ama llulla, ama suwa* (no seas flojo, no seas mentiroso ni seas ladrón), *suma qamaña* (vivir bien), *ñandereko* (vida armoniosa), *teko kavi* (vida buena), *ivi maraei* (tierra sin mal) y *qhapaj ñan* (camino o vida noble).[10]

8 I. Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 1988.
9 R. Dahl, *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, 1992.
10 Constitución Política del Estado en Gaceta Oficial del Estado Plurinacional de Bolivia.

Aunque el MAS ha logrado lo que antes de él parecía impensable, constitucionalizar el Estado laico (lo que le ganó la enemistad eterna de la iglesia católica), al mismo tiempo le dio al Estado una fuerte impronta ideológica solo parcialmente secular. Esta carga ideológica se expresa en los nombres de las instituciones y las leyes, en los currículos educativos, en el ceremonial oficial –religioso en parte, con *ch'allas* e inmolaciones andinas– y en las nuevas festividades, como el Año Nuevo Andino-Amazónico. Durante estos años, el MAS se ha liberado de toda cortapisa que le impidiera usar el Estado de manera premeditadamente parcializada para lograr lo que Zavaleta llamaba la "nacionalización" de Bolivia,[11] esto es, para imponer la "mirada hacia adentro" nacionalista que este partido profesa en la economía, la sociedad –donde es una mirada hacia los pueblos indígenas– y la política. Todo esto solamente fue posible, claro está, en la medida en que el MAS lograba grandes mayorías electorales que le permitían contar con dos tercios de los votos parlamentarios y controlar casi todas las reparticiones estatales. De este modo, la democracia electoral se disoció de la democracia liberal y a menudo se contrapuso a ella.

2. Limitación del poder. Para evitar efectos del exceso de poder como el recién mencionado, la democracia liberal prescribe un sistema de pesos y contrapesos orientado a recortar y limitar las posibilidades de acción de los partidos y los caudillos. La democracia necesita de tal aparato para impedir que estos, en nombre de mayorías transitorias, eliminen a las minorías y generen un pensamiento único, es decir, para garantizar la

11 R. Zavaleta, "Lo nacional-popular en Bolivia" en *Obras completas* 2, ob. cit.

neutralidad ideológica mencionada más arriba. Ambos elementos de la democracia liberal son complementarios entre sí.

El MAS ha antagonizado fuertemente con esta prescripción democrática, que se le antoja una trampa para asegurar el conformismo social e impedir el cambio. En febrero de 2006, es decir, poco después de llegar al poder, Morales declaró en el VIII Congreso de las Federaciones de Campesinos Cocaleros que lo estaban reeligiendo como presidente de esos sindicatos agrarios:[12] "yo a veces me siento prisionero de las leyes neoliberales; quiero hacer algo y me dicen que es ilegal hacerlo mediante decreto; quiero hacer otra cosa y es inconstitucional porque todo lo que piensa el pueblo es inconstitucional; por eso quiero decir que me siento prisionero de las leyes bolivianas".[13] Dos años más tarde, causó revuelo al pronunciar las siguientes palabras: "Cuando algún jurista me dice: 'Evo, te estás equivocando jurídicamente, eso que estás haciendo es ilegal'; bueno, yo le meto nomás, por más que sea ilegal. Después les digo a los abogados: 'si es ilegal, legalicen ustedes, para qué han estudiado'".[14]

Ambas declaraciones generaron fuertes críticas. Los rivales del MAS remarcaron la contradicción de estas palabras con el principio liberal de sometimiento del poder a los límites establecidos por la Constitución y las leyes.

3. Pluralismo. Como en la sociedad democrática nadie tiene completamente la razón ni tampoco el poder para imponer del todo su perspectiva, resulta imprescindible la cooperación entre distintos. En cambio, el MAS es alérgico al pacto (una

12 Morales mantuvo sus cargos sindicales en paralelo al de presidente de Bolivia.

13 P. Stefanoni, "Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales" en *Nueva Sociedad* No 209, mayo-junio de 2007.

14 "Evo Morales confiesa que da 'pasos ilegales' en Bolivia para aplicar sus reformas" en *Efe*, 29 de junio de 2008.

práctica habitual y poco transparente bajo el neoliberalismo; en Bolivia, sinónimo de la época de la "democracia pactada") y cree que es imprescindible formar mayorías incontrastables. Justamente, el MAS es partidario de la democracia electoral porque las votaciones recibidas, a menudo de más de 60%, le permitieron esta concentración de poder que, luego, le facilitaron rodear y evadir los límites legales al poder. Mientras lo logró, entre 2009 y 2019, excluyó a los otros partidos y estableció con ellos relaciones de abierta enemistad, que se complicaron todavía más luego de la crisis de 2019, que el MAS consideró un golpe de Estado. La lógica "amigo/enemigo" se corresponde con los otros elementos ideológicos que hemos mencionado: la imaginación de la democracia como un espacio "lleno" de una determinada ideología y como un mecanismo de acumulación del poder necesario para la transformación social.

4. Autonomía social. Con diferentes métodos, como la igualdad política, la concesión de los mismos derechos legales, etc., la democracia liberal intenta que emerja un medio social –por lo menos formalmente– autónomo. Esta tarea le permite viabilizar la hipótesis del *autogobierno*, que es fundamental para el funcionamiento de cualquier sistema democrático.[15] El MAS ha sido siempre muy crítico respecto de esta construcción política. En tiempos del neoliberalismo boliviano, García Linera escribía que no era posible equiparar la agencia política de un millonario y la de un obrero; por tanto, sostener que ambos eran igualmente autónomos constituía un mero dispositivo propagandístico.[16]

---

15 R. Dahl, ob. cit.

16 Á. García Linera, "¿Qué es la democracia?" en *Pluriverso. Teoría política boliviana*, Comuna / Muela del Diablo Editores, La Paz, 2001.

El MAS considera que las instituciones democráticas están determinadas desde fuera por la economía y, más directamente, por la lucha de clases. Entonces, cuando no sirven *directamente* a la emancipación, son títeres de una serie de poderes conservadores.

Muchos de los dirigentes del MAS creen que el derrocamiento de Morales en noviembre de 2019 fue un golpe de Estado totalmente instrumentado por Estados Unidos para apropiarse del litio y otros recursos naturales bolivianos.[17] En general, en este partido existe una fuerte inclinación hacia las teorías de la conspiración. Como la sociedad carecería de autonomía, los momentos históricos en los que la población les da la espalda a las ideas y las organizaciones nacional-populares (como en 2019) se explican por el engaño y la manipulación de la embajada estadounidense, la Central de Inteligencia Estadounidense (CIA, por sus siglas en inglés), las empresas transnacionales, los medios de comunicación, etc.

Vamos a llamar a esta visión de la sociedad "constructivista", porque, igual que Platón en la *República*, considera a los dirigentes (reaccionarios o revolucionarios) como seres dotados de la capacidad y el poder para definir efectivamente el funcionamiento de la sociedad. Recordemos que el MAS fundamenta esta creencia en el hecho de que la sociedad está determinada por causas externas. Así, paradójicamente, el determinismo se desdobla en un fuerte subjetivismo, para el cual el poder hace la historia.

Por eso el MAS no cifra el cambio social en la construcción de una nueva hegemonía cultural, sino en la disputa por la titularidad del poder. Para usar el léxico gramsciano, se inclina

17 [Juan Ramón] "Quintana: El golpe de 2019 tuvo su origen en el intento fracasado del golpe de 2008 en Bolivia" en *ABI*, 13 de julio de 2021.

por la "guerra de maniobras" (eso sí, electoral) antes que por la "guerra de posiciones".[18] La cuestión primera y final es, para este partido, *quién gobierna*, ya que este podrá modelar el mundo social a su imagen y semejanza.

El constructivismo no toma en cuenta lo imprevisible y lo caótico que es inherente a la vida histórica y sobreestima el papel de lo premeditado en el proceso social. Si en 2019 ocurrió un proceso muy complejo en el que se combinaron el racismo y el "pánico de estatus" de la elite criolla,[19] la "rebeldía de derecha" de sectores medios,[20] además de los viejos hábitos conspirativos de Bolivia, el MAS prefiere reducir todo esto a la dimensión de una confabulación imperialista. Además, esta interpretación le conviene políticamente, porque saca de la ecuación sus propios errores políticos.

Ahora bien, anotemos que esta característica del constructivismo (o del platonismo), es decir, la suposición de que lo que importa es quién gobierna y no el sistema de relaciones políticas, se corresponde de modo profundo con la cultura política boliviana, que siempre ha sido caudillista, presidencialista y antiinstitucional. Es de esta conjunción entre ideología y tradición de donde surgió Evo Morales, seguramente el caudillo más importante de una historia nacional de caudillaje desmedido. En el momento de auge del MAS (hacia 2014), el culto a la personalidad de Morales llegó a extremos que hacían recordar al tratamiento dado a reyes y jefes totalitarios.[21] La necesidad de que Morales fuera reelegido constantemente para

18 A. Gramsci, *Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Siglo XXI, Ciudad de México, 1970.

19 F. Molina, *Racismo y poder en Bolivia*, Oxfam / Fundación Friedrich Ebert, La Paz, 2021.

20 P. Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

21 "El culto a Evo llega a sus padres" en *El País*, 12 de julio de 2016.

mantener su dominio carismático sobre la política nacional y, muy importante, para conservar intacta la constelación caudillista, es decir, el "entorno" en el poder (porque el caudillismo siempre es un fenómeno colectivo), debilitó fundamentalmente el denominado "proceso de cambio": el desconocimiento del referéndum de 2016, que rechazó la reelección, dejó las banderas democráticas en manos de la oposición, que comenzó a reclamar que se respetara la victoria del "No" y que Morales desistiera de presentarse a un cuarto mandato.[22]

Tenemos entonces que el "régimen" –llamémoslo así sin propósito peyorativo– implantado por el MAS en el país durante casi dos décadas de gobierno ha combinado una fuerte democracia electoral, solo cuestionada en 2019, y un débil pluralismo. La democracia boliviana bajo el MAS no se ha asemejado tanto al ideal moderno de la poliarquía, nominado así por Robert Dahl para diferenciarlo del ideal democrático de la antigüedad, como a este último;[23] ha hecho menos hincapié en evitar los malos gobiernos distribuyendo el poder que en el derecho a la expresión de la mayoría y su autogobierno. En suma, ha sido un régimen democrático "híbrido", con ciertos elementos de democracia representativa y otros de *tutelaje*, que, como se sabe, era el sistema predemocrático de gobierno, que reservaba el poder exclusivamente a un grupo específico de la sociedad.[24] En este caso, sin embargo, se trata del grupo mayoritario.

Este "iliberalismo" se replicó en el terreno internacional: Morales no solo se alineó sin fisuras con el bloque bolivariano (Cuba, Venezuela, Nicaragua), con el cual encontraba

22 P. Stefanoni, "Las lecciones que nos deja Bolivia" en *Nueva Sociedad* edición digital, marzo de 2020, www.nuso.org.
23 R. Dahl, ob. cit.
24 *Ibíd*.

afinidades ideológicas, sobre todo el rechazo al imperialismo estadounidense, sino que expresó su afinidad con diversos liderazgos "iliberales" –e incluso autoritarios– en el escenario global: se mostró a gusto con el "hermano" iraní Mahmud Ahmadineyad y, más recientemente, felicitó al presidente ruso Vladímir Putin por su cumpleaños en un tuit en el que lo llamó el representante de los "pueblos libres, dignos y antiimperialistas",[25] y en 2017 condecoró al dictador de Guinea Ecuatorial, a quien le pidió consejos para ganar elecciones con 90% de los votos.[26]

El MAS y la cultura política boliviana

Alguna gente en la izquierda boliviana esperaba que cuando los indígenas y plebeyos llegaran sin mediaciones al poder rompieran de forma completa y radical con la cultura política boliviana tradicional, que consideraban racista, eurocentrista, caudillista y proclive al uso arbitrario de la ley. Esta ilusión era paternalista y no se cumplió. Así, el apoyo inicial de esta izquierda se tornó en su opuesto, el aborrecimiento del MAS, el escarnio de todo lo que este piensa o hace.[27] Actualmente, es la derecha la que pretende que el comportamiento del MAS no tiene nada que ver con la cultura política boliviana. Esto le permite atribuir los excesos caudillistas y el *lawfare* de los gobiernos *masistas* exclusivamente a la ideología y la natura-

25 "Muchas felicidades al hermano presidente de Rusia, Vladimir Putin en el día de sus cumpleaños", tuit, 7 de octubre de 2022.

26 "Evo dice que quiere aprender de Obiang para ganar elecciones con más del 90%" en *Urgente.bo*, 23 de noviembre de 2017.

27 Ver L. Tapia y M. Chávez, *Producción y reproducción de desigualdades. Organización social y poder político*, CEDLA, La Paz, 2020.

leza de este partido. Según esta visión, en los años 90 Bolivia ascendía hacia una plena democracia liberal cuando fue interrumpida por la irrupción del "populismo" y del "socialismo del siglo XXI", que se las arreglaron para detener este avance y perpetrar una "dictadura invisible".

Los tres principales argumentos con los que se justifica esta creencia son la ruptura de las leyes y el supuesto uso del fraude para lograr la reelección del presidente Evo Morales en 2019; la persecución judicial a varios dirigentes de la oposición, en particular a Jeanine Añez, la presidenta que sustituyó a Morales, y a Luis Fernando Camacho, el líder de las protestas cívicas en 2019 y posteriormente gobernador de Santa Cruz, que encabezan una larga lista de "presos políticos" (acusados en el marco de los megacasos Golpe I y II); y, en tercer lugar, la supuesta manipulación del Tribunal Electoral y la pretendida corrupción del padrón electoral vigente, así como la alegada intención de "extinguir a la oposición" para asegurar nuevos triunfos electorales.[28]

El MAS niega todos estos cargos. Rechaza que haya presos políticos en Bolivia y considera que todos los opositores detenidos o procesados sufren esta situación por delitos vinculados al "golpe de Estado" de 2019. También rechaza haber cometido fraude y que las elecciones en Bolivia sean tramposas, poniendo como ejemplo el hecho de haber ganado en 2020 con 55% (un porcentaje mayor al de 2019) cuando el gobierno (de Añez) era abiertamente contrario a su candidatura y perseguía a los seguidores de Morales. El MAS incluso niega haber violado la Constitución para habilitar a Morales como candidato por cuarta vez en las elecciones de 2019, ya que consiguió

28 J. Quispe, "El MAS aplica al menos 5 estrategias para anular a opositores hacia 2025" en *Página Siete*, 18 de febrero de 2023.

un fallo favorable del Tribunal Constitucional Plurinacional. Sin embargo, muchos de sus dirigentes han admitido que propiciar esta habilitación en el Tribunal Constitucional fue su peor error político, no porque fuera contraria al precepto de objetividad de la ley, una objeción que se les antoja "neoliberal", sino porque desoyó el resultado del referéndum de 2016 (en el que ganó el "No" a una nueva reelección con 51%), es decir, chocó contra unas de las bases del régimen democrático híbrido que hemos descrito antes.

Se necesitaría argumentar largamente para demostrar que la verdad se encuentra en algún punto intermedio entre estas dos versiones. Por un lado, Bolivia sería una "dictadura" en la cual se puede publicar en los principales periódicos y decir por televisión que hay "una dictadura". Por otro lado, no cabe duda de que existe *lawfare*, que la justicia carece de independencia y que no se cumple el debido proceso. Pero estos males no son un invento del MAS, arrancan junto con el nacimiento de la República. Uno de los principales denunciantes de la "dictadura invisible", Carlos Sánchez Berzaín,[29] era famoso en los años 90, cuando fungía de abogado y mano derecha del patriarca del neoliberalismo, Gonzalo Sánchez de Lozada, por su capacidad de torcer las decisiones de los tribunales.[30] El oportunismo político del órgano judicial boliviano es legendario y no se reduce a la existencia de "presiones" desde arriba. Los mismos fiscales y jueces que en el tiempo de Áñez iniciaron al ex-presidente Evo Morales y a muchos otros dirigentes del

29 En su condición de director de la ONG estadounidense *Interamerican Institute for Democracy*, Sánchez Berzaín impulsó un foro titulado, justamente, "Bolivia, la dictadura invisible", realizado en mayo de 2022.

30 "Confirman que Sánchez Berzaín mantiene intacto su poder" en *ANF*, 10 de noviembre de 2003; "Goni es una persona de mucho poder en Estados Unidos. Entrevista con Víctor Hugo Canelas" en *HoyBolivia.com*, 8 de marzo de 2018.

MAS juicios por todas las causas imaginables los suspendieron en cuestión de semanas y *motu proprio* cuando este partido volvió al poder encabezado por Luis Arce.

René Zavaleta afirmaba que en Bolivia no había condiciones estructurales para la democracia representativa (añadamos: "plena") porque en el país no se había producido la weberiana "separación entre el Estado y la sociedad". Este sociólogo creía, además, que tal democracia no podía darse en Bolivia mientras siguiera siendo un país "abigarrado", es decir, en el que coexistieran simultáneamente varias civilizaciones y culturas.[31] Ya constituye una tradición literaria intentar explicar la sociedad boliviana por medio de su contraste con la vecina sociedad chilena.[32] En Chile habitaría una población homogénea, cuyos principales mestizajes parecen haberse realizado con las migraciones europeas. Es posible encontrar, también, una elite con capacidad hegemónica que ha impuesto una identidad y un proyecto de país unificados, que tienden a conservarse frente a las innovaciones (como pudo verse el año pasado en el rechazo mayoritario a una reforma constitucional percibida como radical). Los historiadores se refieren a este consenso conservador como "el peso de la noche", por una frase del ministro chileno decimonónico Diego Portales.[33]

En Bolivia no existe nada parecido. Muy minoritaria y racista, la elite de descendientes de españoles de este país solo pudo ser hegemónica por la vía de la exclusión de los indígenas –es decir, de la inmensa mayoría de la población– de la vida pública. Las ideas liberales, que se importaron al país por

31 R. Zavaleta, "Cuatro conceptos de democracia", ob. cit.

32 Por ejemplo, R. Zavaleta en "El poder dual" y en "Lo nacional-popular en Bolivia" en *Obras completas* 2, ob. cit.

33 Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Planeta / Ariel, Santiago de Chile, 1997.

razones de moda y conveniencia coyuntural, sirvieron como cobertura de un dominio de tipo tradicional. Y cuando este arreglo dejó de ser viable por la protesta y la organización plebeyas, surgieron las "dos Bolivias",[34] cada una armada de una concepción antagónica respecto a la de la otra en torno de la construcción nacional. Por un lado, la Bolivia "nacional-popular", endógena, indígena, estatista, de izquierda; por el otro lado, la Bolivia "liberal", cosmopolita, blanca, privatizadora, de derecha. La una contando con su número; la otra, con la mayor parte de los capitales económicos y culturales del país.

Se suscitó entonces el mutuo bloqueo y la disputa entre ellas, fuente de la célebre conflictividad boliviana. Bolivia ha oscilado como un péndulo entre uno y otro proyecto, y se han producido periódicas "refundaciones" del Estado (véase el caso del gobierno de Añez, que pese a ser transitorio y tener escasa duración, intentó infructuosamente refundar el país en un sentido "neoliberal" y dejar atrás la herencia del MAS). Todo esto impidió que se enraizara una institucionalidad democrática "objetiva", que no fuera fácilmente manipulable por los actores en lucha.

En otros términos, esto significa que el Estado boliviano nunca ha tenido la fortaleza necesaria para resistir la instrumentalización de la elite tradicional o la de las masas organizadas en movimientos sociales, según cuál fuera la correlación de fuerzas entre esas "dos Bolivias". En estas condiciones, la democracia se ha sustentado en el apego de la población a la participación y el voto, que le sirven para mejorar sus condiciones de vida, y en la aspiración mayoritaria a resolver los conflictos en paz; no, en cambio, en un sistema de garantías, pesos y contrapesos.

34 Este concepto, muy expandido, aparece de manera referencial en F. Reinaga, *La revolución india* [1970], s/e, La Paz, 2007.

¿Qué se recordará del MAS en 50 años?

El "proceso de cambio" desde el punto de vista de la Historia[1]

En su clásico ensayo *Las masas en noviembre*, referido a los acontecimientos de 1979, René Zavaleta observó que tras ellos se podía intuir la progresiva formación de un movimiento democrático; por primera vez, el pueblo trabajador había enfrentado el golpe del coronel Alberto Natusch Busch no en pos de consignas económicas o revolucionarias, sino por la democracia. Zavaleta también se fijó en que los indígenas, y en particular los aymaras, habían pugnado por actuar autónomamente en esta batalla. Que dejaban de ser, entonces, personajes secundarios de los dramas políticos nacionales. Si bien este movimiento todavía estaba, en el momento en que Zavaleta escribía, mediatizado por una izquierda de clase media y blanca, la Unidad Democrática Popular, que lo representaba en el campo político, este autor profetizaba que evolucionaría y, a la larga, terminaría por llevar directamente a los "plebeyos" al poder. El Movimiento al Socialismo (MAS) cumplió esta

1 Publicado en *Bolpress*, el 21 de marzo de 2023.

profecía el 22 de enero de 2006. Este fue el mayor cambio histórico introducido por el proceso político que comenzó esta fecha –para responder directamente al interrogante que nos hemos planteado: ¿Qué se recordará del MAS en, digamos, 50 años?– Fue la primera vez en la historia boliviana que un movimiento campesino y sindical popular llegaba directamente al poder. Sin duda, esto quedará en los anales nacionales como una hazaña extraordinaria.

Esta fue posible gracias a la continuidad y a la relativa profundidad logradas por la democracia en las dos décadas previas a la fecha señalada, aunque al mismo tiempo el cambio ocurrió, en opinión de sus principales protagonistas, en contra y para superar lo realizado en dichas décadas. Una paradoja típica de la democracia.

Algunos lectores quizá quieran cuestionar la afirmación que acabo de hacer. Desde el comienzo de la existencia del MAS, sus críticos han dudado de la legitimidad de su rótulo popular. Una de las formas en que lo hicieron fue negar que el líder de este partido, Evo Morales, fuera realmente indígena. Para refutarlo usaron, principalmente, razones lingüísticas: Morales tenía dificultades para hablar en el aymara de su madre o en el quechua de su entorno laboral y vital; ergo, no era indígena. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, decidió que el presidente boliviano era un "mestizo" por su forma de hablar y no dejó de añadir, con retintín racista, que además era "astuto", es decir, avivado –como la literatura criolla ha supuesto siempre que sean los cholos–, ya que se hacía pasar por un modesto y mal vestido indio para lograr sus objetivos políticos.

Estas críticas no tomaban en cuenta –de forma inconsecuente, porque en otros casos sí reconocían– los cambios que vivían los indígenas bolivianos como resultado de los procesos

de modernización y de las presiones del racismo crónico de la sociedad. Uno de estos cambios ha sido, como se sabe, el abandono por parte de estos de los idiomas nativos, que hacen vulnerables a quienes saben manejarlos, y una paralela inclinación hacia el monolingüismo castellano, que está asociado a un mayor estatus social.

Por otra parte, la biografía de Morales es incontestable. Ningún otro presidente boliviano, ni Belzu, que tenía ascendencia árabe, ni Melgarejo, que era alto y barbado, ni Santa Cruz, que pertenecía a la élite criolla; ningún otro presidente ha tenido una cuna tan modesta, tan rural y tan indígena como Evo Morales.

También se ha señalado varias veces que el "entorno evista" estaba constituido por elementos de la clase media, como Álvaro García Linera, Juan Ramón Quintana, Carlos Romero, Gabriela Montaño, Adriana Salvatierra, etc. Todos ellos ocuparon importantes cargos ejecutivos y parlamentarios en los tres gobiernos de Morales. Esto es indudable, pero también hay que señalar que todos ellos fueron invitados al MAS cuando este ya se aprestaba, contra sus propias expectativas, a tomar el poder. Y que a esa posición expectante y al borde del poder lo habían llevado Morales, Santos Ramírez, Leonilda Zurita, Silvina Cuellar, Román Loayza, David Choquehuanca, Walter Delgadillo, Huracán Ramírez, Abel Mamani y muchos otros líderes populares.

Al mismo tiempo que el entorno *clasemediero* que he mencionado se iba haciendo fuerte en las estructuras políticas del país, el núcleo campesino, obrero y vecinal se mantenía como un factor importantísimo, tanto de gobierno como de gobernabilidad, en los sucesivos gobiernos del MAS. Aunque, por otra parte, este núcleo no dejase de expresar unas deficiencias

educativas y performativas que cabía esperar de los indígenas y los pobres en una sociedad racista y fuertemente desigual como la boliviana. A consecuencia de estas deficiencias, se produjeron algunas cooptaciones de parte del "entorno" y de otros operadores blancos y de clase media. También hubo ciertos "blanqueamientos" sistémicos, como las normas para garantizar que los funcionarios públicos fueran profesionales universitarios, normas aprobadas para resistir las presiones realizadas por los sindicatos a fin de colocar directamente a sus representantes en el aparato público. Estas cooptaciones y blanqueamientos quizá podrían haber seguido extendiéndose hasta generar una situación parecida a la "paradoja señorial" de la Revolución Nacional que teorizó Zavaleta, pero el proceso fue interrumpido por la crisis de 2019. Desde entonces, la tendencia al enclasamiento de los jerarcas *masistas* en la élite ha quedado bloqueada por la polarización entre este partido y la clase media opositora; y los campesinos y semi-campesinos con conciencia de clase han seguido pisando fuerte en las estructuras del oficialismo. La citada tendencia hacia la "paradoja señorial", sin embargo, sigue existiendo, como muestra, por ejemplo, el caso del ministro de Justicia Iván Lima, interlocutor de la élite dentro del gabinete de Luis Arce. Con lo que quisiera que nos quedemos es con lo siguiente: los gobiernos del MAS, pese a haber tenido mucho poder en su momento, han sido *gobiernos subalternos*, un oxímoron interesante y que probablemente dará que hablar a la sociología boliviana.

Una vez planteada la premisa de que con el MAS los indígenas y plebeyos llegaron directamente al poder, podemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hicieron en él? y evaluarlo desde un punto de vista histórico, desde el largo plazo. (Si no

se adopta este punto de vista, muchas de las afirmaciones que vienen resultarán incomprensibles o absurdas para los lectores).

El péndulo extractivista

Alguna gente de la izquierda cree en el mito de la superioridad histórica y moral de los desposeídos, un mito que se remonta al cristianismo, pasando por Marx y Hegel. Esta gente esperaba, en consecuencia, que estos seres humanos sin propiedad y, además, estos seres humanos que provenían de civilizaciones resistentes al capitalismo, gobernaran en ruptura completa con la cultura política boliviana, que cabe describir, someramente, como extractivista, rentista, empleomaniática, inmediatista, autoritaria, caudillista y racista. Estas gentes se pegaron una gran decepción al constatar que, ¡oh, sorpresa!, no era así, y entonces en su mayoría pasaron al campo de la oposición más ferviente. Estoy pensando por ejemplo en Silvia Rivera, en Luis Tapia, en Alejandro Almaraz y otros. Quienes no estábamos intoxicados por este mito, en cambio, sabíamos desde el comienzo que el MAS no podría eliminar el caudillismo, el clientelismo y otros ismos bolivianos porque los mismos tenían causas profundas y estructurales, que este partido, además, no tenía muchas posibilidades de enfrentar, en la medida en que su proyecto de cambio constituía un momento más en la oscilación del péndulo extractivista de nuestra historia, cuya curva dura más o menos 20 años, y ora se inclina hacia un orden liberal, ora hacia un orden estatal.

Al mismo tiempo, tampoco era cierto lo que la derecha empezaba a decir, esto es, que todos los males que empezaban a hacerse patentes en el "proceso de cambio" acababan de ser

inventados y patentados por el MAS, que no se debían a la cultura política boliviana, y que nada tenían que ver con los determinantes estructurales de una sociedad pobre y basada en la explotación de recursos naturales. De este modo, claro está, estos opositores querían –y quieren– enfatizar la culpabilidad del MAS para llevar agua a su molino político.

Creo, por el contrario, que la Historia mostrará al "proceso de cambio" como una más de las concreciones, temporales y acotadas, de un conjunto de fuerzas y disposiciones de larga duración dentro de la sociedad boliviana. Por tanto, en medio siglo, el llamado "proceso de cambio" va a ser considerado como otro gran proyecto extractivista igual que el neoliberalismo y, antes que él, el capitalismo estatista del 52 y, todavía antes, el liberalismo estannífero y, primero que todo, el liberalismo argentífero. Para no remitirnos hasta la Colonia… Los plebeyos en el poder no han cambiado este círculo encantado de la Historia, sino que han tratado de beneficiarse con él, como antes hicieron también los miembros de la élite tradicional.

Por supuesto que hay grandes diferencias entre el modelo de desarrollo neoliberal y el modelo de desarrollo capitalista de Estado, en especial en cuanto a qué sectores de la sociedad ganan y cuáles pierden con cada uno de estos modelos. En el neoliberalismo, gana la élite tradicional, la mejor preparada para aprovechar la inserción sin atadura del país a la economía capitalista. Impera la racionalidad instrumental, que favorece a los fuertes sobre los débiles. En el capitalismo de Estado, gana la contra-élite burocrática, que "parte y reparte" el pastel de la riqueza existente e impera la racionalidad corporativa, que favorece a los grupos organizados por encima de los individuos aislados. Sin embargo, ambos modelos son igualmente extractivistas y por tanto rentistas –siendo distintos los bene-

ficiarios principales de las rentas que generan: las camarillas empresariales versus los grupos sociales de presión–; ambos son igualmente desistitucionalizadores, aunque las instituciones que destruyan sean distintas en cada caso –el neoliberalismo destruye las instituciones estatistas, es privatizador, mientras que el estatismo elimina las instituciones neoliberales, es nacionalizador–; ambos son insostenibles a largo plazo, como se ha probado ya históricamente, aunque alguno pueda durar más que el otro y, finalmente, ambos son caudillistas, aunque en uno puedan haber caudillos más grandes y populares que en el otro.

Puesto que este tiempo de cambio plurinacional está "embutido" dentro del destructivo péndulo extractivista que modela la historia nacional, probablemente su legado institucional desaparezca detrás de él. Recordemos que, un lustro después de la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada, pocas instituciones que este había impulsado con aparente éxito seguían existiendo. En los próximos años, sin embargo, conforme el capitalismo de Estado presente más problemas de funcionamiento, es posible que algunas de aquellas instituciones neoliberales, *aggiornadas* de acuerdo a los tiempos, vuelvan a tener aliento. De igual forma, probablemente eso que se desvanezca tras el fin del "proceso de cambio" vuelva a resurgir décadas después. Tal ha sido la lógica de la historia boliviana hasta ahora.

En el campo económico

¿Quiere decir esto que no hay progreso histórico? Sí y no. En términos estrictamente económicos, lo que estos proyec-

tos extractivistas de distinto signo han dejado, digamos que para el futuro, es una capa más de infraestructura construida (entendiendo "infraestructura" en un sentido muy amplio: construcciones, pero también ciertos compromisos estatales y ciertos modos de actuación), cuya acumulación sobre las otras capas va formando el tronco de la modernidad boliviana. Entonces, sí. Es obvio que no es concebible volver a un tiempo sin mercado nacional, sin agroindustria, sin vertebración carretera, sin electricidad y agua potable o sin redes de internet. Tendría que ocurrir una catástrofe para que algo así pasara. Pero esta es una modernidad exterior, porque la mentalidad económica que se encuentra dentro de ella continúa siendo muy parecida a lo largo del tiempo, a pesar de los años transcurridos: rentista, anticompetitiva, etc. Este es –o podría ser– el "carácter conservador de la nación boliviana", para usar un título del HCF Mansilla con el que este autor no siempre es consecuente.

En el campo político

En el campo político, se recordará esta del MAS como una de las "revoluciones políticas" de la historia nacional. Entiendo como "revolución política" a la sustitución completa de una élite política por otra, a un cambio que afecta a todos los grupos dirigentes del campo político. La llegada al MAS al poder y su consolidación en él causaron el desplazamiento radical de la élite política previa, la desaparición de los partidos en los que estaba organizada y la salida de escena de sus dirigentes. No necesitó emplear una gran cantidad de violencia para ello; le bastó el uso del *lawfare* (judicialización), que sumó al

efecto del desprestigio natural de los partidos neoliberales por el abucheado papel que habían cumplido con anterioridad. Esta atenuación de la violencia fue un resultado de la democracia, que, como se ve, es una innovación con consecuencias mucho más perdurables (y dignas de conservar) que los famosos modelos extractivistas.

La radicalidad del recambio de élites políticas fue un resultado directo de la condición social del MAS, puesto que en otros procesos de este tipo las relaciones sociales entre los que llegaban y los que se iban, todos miembros de la misma élite social, atenuaba los deseos de los primeros de hacer *tabula rasa*. Por esta razón muchos sostienen que la desinstitucionalización que propició el MAS no tiene parangón histórico. Creo que esa percepción se debe más bien a que nunca antes hubo instituciones estatales de las que se hubieran removido de manera integral a los miembros de la élite, que ha sido la poseedora tradicional del capital educativo del país. Ciertamente que ha habido otras revoluciones políticas en el pasado, pero ninguna dentro del marco democrático: la Revolución Federal sacó de en medio a los constitucionales chuquisaqueños y entronizó a los liberales paceños, que eran otro sector, el emergente, de la élite; luego hubo un compromiso entre ambos grupos y, en la práctica, se fusionaron. La Revolución Nacional –revolución *social* además de política, porque cambió significativamente la naturaleza de las relaciones de producción– comenzó colocando en la dirección del Estado a la parte más empobrecida de la élite, en alianza con ciertos sectores subalternos, pero acabó readmitiendo a muchos elementos de la "rosca", la cúpula oligárquica que había vencido (este fue uno de los aspectos de la ya mencionada "paradoja señorial"). La reconquista de la democracia en 1980 echó a los funcionarios y líderes

comprometidos con las dictaduras militares que, si bien se reciclarían a través de Acción Democrática Nacionalista de Hugo Banzer, lo harían bastante después.

También ha habido transiciones más moderadas y entremezcladas, como la revolución republicana de 1920 o la revolución restauradora de Barrientos en 1964.

La gestión del MAS también pasará a la historia, me parece, como un cuadro de continuidad de ciertas costumbres políticas muy arraigadas y ciertos hábitos mentales inveterados, aunque dentro de un periodo indudablemente diferente del resto de la historia nacional, que es el periodo democrático. Esta etapa es inusual, extraordinaria, y se explica en buena parte por el consenso internacional sobre este modo de gobierno que se dio paralelamente.

Si comparamos los gobiernos del MAS con los otros que hubo en este mismo periodo, el democrático, me parece que salen ganando en cuanto al autogobierno o gobierno de la mayoría, que es uno de los ideales democráticos, y por eso han sido ampliamente reconocidos por las potencias occidentales; y que salen perdiendo en cuanto a pluralismo y Estado de Derecho. Sin duda, durante la veintena de años que duró la "democracia pactada", ser minoría y estar dentro de la oposición de tipo parlamentario no era tan peligroso como lo es ahora; y si bien el sistema de justicia estaba cooptado políticamente y era corrupto, esta cooptación no era monopartidaria y por eso la corrupción estaba más acotada y no se había desbordado, como ocurre ahora; en tercer lugar, si entonces había represión contra los opositores extraparlamentarios, a veces sangrienta (para mencionar tres casos: la masacre de Amayapampa, la "guerra del agua" en Cochabamba y el "octubre negro" en El Alto), normalmente esta no se traducía en *lawfare* (con solo

pocas excepciones, como la defenestración de Édgar Oblitas de la Corte Suprema de Justicia y el apresamiento de Manuel Morales Dávila).

Si se comparan los gobiernos del MAS con otros de fuera del periodo democrático, no creo, como algunos dicen ahora, que sean peores en términos democráticos. Hace poco la presidenta de la Federación de Periodistas, Zulema Alanes, declaró que hoy estamos "peor que durante las dictaduras militares"; pienso que esta esa es una exageración retórica. Para dar solo un argumento, tanto Alanes como otros opositores como Ronald MacLean, Jeanine Añez e incluso Luis Fernando Camacho pueden decir en los periódicos y las televisiones que vivimos en una dictadura, lo que sin duda hubiera sido imposible bajo Banzer o Luis García Meza, especialmente si se trataba de alguien en la ubicación de Añez o de Camacho.

Si Alanes se refería a la libertad de expresión, no creo que el periodo del MAS pase a la historia como uno particularmente duro. Ha habido incidentes, despidos, presiones indebidas, normativas malintencionadas, pero corresponde al narcisismo de los periodistas creer que están "peor que en las dictaduras militares" en un tiempo en que es posible publicar todo, e incluso generar oleadas de indignación o de preocupación económica desde los medios de comunicación.

En todo caso, no se deben ignorar las tendencias iliberales del MAS, que se originan en el sustrato corporativo del que emerge, y que se agravan por la influencia de ciertas ideologías revolucionarias sobre el pensamiento izquierdista nacional. Ahora bien, dicho esto, no podemos pensar que el MAS introdujo el reeleccionismo o el "semi-bipartidismo sucio" en nuestra historia. Es conocido que otros presidentes del pasado intentaron reelegirse constantemente, con iguales

resultados catastróficos que los obtenidos por Evo Morales. Y el "semi-bipartidismo sucio", es decir: la lucha entre un partido parlamentario hegemónico y un partido o un grupo de partidos parlamentarios contra-hegemónicos que están autorizados a hacer oposición; pero, al mismo tiempo, se hallan impedidos de llegar al poder por la vía electoral ha sido el sistema de partidos más común de la historia boliviana. La "democracia pactada" fue una excepción neta en esta historia, que probablemente se debió a la ausencia –por distintas razones que no tengo espacio para explicar aquí– de un partido/caudillo hegemónico en tal lapso.

El *lawfare* comenzó, hasta donde podemos saber, con las guerras y los juicios entre pizarristas y almagristas, es decir, desde las primeras jornadas coloniales.

Por otra parte, el MAS ha encarnado y, por tanto, ha dado continuidad a muchos clivajes repetitivos de nuestra formación social (la tensión entre los territorios del norte y los de sureste, o entre las culturas regionales y las culturas migrantes, o entre desarrollismo y naturaleza), aunque desde una perspectiva completamente nueva, porque el sujeto social también ha sido nuevo. Esta novedad también dejará huella en la historia.

En el campo social

Lo más pionero y original de este tiempo, se halla en el campo social. En tanto se trata de la introducción de nuevas instituciones, no podemos estar seguros de que perdurarán. Probablemente terminen sucumbiendo en las garras de la polarización a la que conduce inevitablemente el péndulo extractivista y en las del racismo ancestral de la sociedad boliviana ¿De qué

hablo? De la valoración que se ha hecho en este tiempo *masista* de los capitales lingüísticos, simbólicos, culturales, religiosos, históricos y biológicos de los pueblos indígenas, capitales que previamente habían sido marginalizados y despreciados por la cultura criolla castellanohablante y eurocentrista, y por el proyecto de construcción monocultural de una república mestiza. Esta revaloración de los capitales indígenas se ha expresado en las formas del Estado Plurinacional, su ceremonial y simbología, y en varias acciones de afirmación positiva como las jurisdicciones especiales indígenas, las cuotas en ciertos órganos del Estado y los mensajes obligatorios contra el racismo en los medios de comunicación. Es verdad que estas políticas se trancaron en un estadio puramente político y no llegaron a penetrar realmente en la sociedad, por ejemplo, mediante una real exigencia de uso en el Estado de los idiomas nativos o el establecimiento de cuotas indígenas en la educación elitista. Aún así, constituyeron una novedad radical: los gobiernos del MAS han sido los menos racistas que hemos tenido, sin dejar de serlo del todo.

Lo que parece será una consecuencia irreversible y perdurable de esta época es el cambio en la subjetividad del movimiento trabajador e indígena, que ha creado al MAS y lo ha sostenido contra viento y marea porque ha significado para él, como ya dijimos, un mecanismo idóneo para acceder al poder político del país. El MAS, como tal "instrumento político", posiblemente mutará hasta hacerse irreconocible en los próximos años; pero, esta nueva subjetividad no desaparecerá y tendrá que ser representada por el sistema político, por las buenas o por las malas. Esperemos que sea por las buenas y que la élite no se oponga a ello, que así se despoje, empujada por la democracia, de su *ethos* señorial. Esperemos también

que eso dé lugar a nuevos partidos más interculturales e interclasistas que, paulatinamente, vayan sacando a Bolivia del ciclo privatización-nacionalización-privatización y superen así, consistentemente, la polarización política boliviana.

Fernando Molina nació en La Paz en 1965. Atraviesa por una segunda etapa como escritor, en la que ha publicado los siguientes libros: *Modos del privilegio. Alta burguesía y alta gerencia en la Bolivia contemporánea* (OXFAM/CIS, 2019), *Racismo y poder en Bolivia* (OXFAM/FES, 2021), *La revolución permanente en Bolivia. Ayala, Lora, Zavaleta* (Plural Editores, 2021) y *El racismo en Bolivia* (Libros Nómadas, 2022). También es autor *Historia contemporánea de Bolivia*. *De la reinstalación de la democracia al nacimiento del Estado Plurinacional* (segunda edición en Libros Nómadas, 2021). Escribe artículos sobre Bolivia en periódicos, revistas y sitios web nacionales e internacionales.

Los artículos que se publican aquí forman, en conjunto, un análisis del proceso que podemos denominar "crisis del MAS", que comienza en la derrota de este partido en el referendo de 2016 —las causas de la misma— y acaba en la incipiente crisis económica que vive hoy el país. Los dos momentos críticos de este trayecto son la "insurrección de la élite" en 2019 y la división del Movimiento al Socialismo en dos alas en 2021.

Esta no es una colección de notas de prensa, sino una serie de análisis de mayor calado y erudición que conservan su valor pese al transcurso del tiempo. Además, han sido corregidos de modo que su lectura tenga pertinencia y fluidez en cualquier momento posterior a los sucesos que estudian; su propósito es hacer la *historia del presente*.

La actitud que traslucen estas piezas es cognoscitiva (conocer al mundo) y no instrumental (cambiar al mundo). Esto las diferencia radicalmente de la mayor parte de la vasta literatura que la crisis de 2019 ha inspirado. Además, el arco histórico que aquí se aborda es mayor: el de descomposición de la hegemonía del MAS e incluso, en los capítulos finales, todo el periodo del llamado "proceso de cambio".


ISBN: 978-9917-0-2835-2
9 789917 028352